# INTIMIDAD CON LA VIRGEN

He escrito este libro en forma de diario personal con la Madre de Dios.

Pensando en los lectores, he preferido el estilo sencillo y transparente de un alma que se confía plenamente a Dios.

Es una frase introductoria en base a la cual me dirijo a al Virgen María.

No obstante, al principio, he colocado los Sueños de San Juan Bosco que tanto gustan a los amantes de la Virgen María.

En realidad, él lo llamaba sueños pero en realidad eran visiones.

Al final van unas páginas prácticas de la devoción mariana.

María Virgen, me he sentido a gusto hablando cada día contigo con cariño, con amor, con confianza y con toda la ternura que merece el trato contigo.

No cabe duda de que el camino para llegar a tu Hijo Jesús, eres tú.

Felipe Santos Campaña

Málaga- febrero-2005

## Los sueños de Don Bosco sobre la Virgen María

Sus compañeros estudiantes le apodaron "el soñador" y con razón. Pues desde el año nueve de su vida al setenta y uno, Don Bosco contó un número muy grande de sueños. Se comprueba como su vida y sus actividades no se explican sin sus sueños. Si los sueños son un medio para conocer la vida espiritual íntima de Don Bosco, y marcan pautas en la religiosidad de la Familia Salesiana, su función aplicada a sus queridos jóvenes es también evidente. A continuación se expondrán los sueños de Don Bosco en relación a la Santísima Virgen María, cuya devoción propagó durante toda su vida, asegurando que los devotos de María eran objetos de gracias especiales.

### Sueño de los nueve años

Cuando yo tenía unos nueve años, tuve un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. En el sueño me pareció estar junto a mi casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chiquillos en pleno juego. Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, me metí en medio de ellos para hacerlos callar a puñetazos e insultos. En aquel momento apareció un hombre muy respetable, de varonil aspecto, noblemente vestido. Un blanco manto le cubría de arriba a abajo, pero su rostro era luminoso, tanto que no se podía fijar en él la mirada. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiendo estas palabras: No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad, deberás ganarte a estos amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del

pecado y la hermosura de la virtud. Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin saber casi lo que me decía, añadí: ¿Quién sois para mandarme estos imposibles? Precisamente porque esto te parece imposible, deberás convertirlo en posible por la obediencia y la adquisición de la ciencia. ¿En dónde? ¿Cómo podré adquirir la ciencia? Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio y, sin la cual, toda sabiduría se convierte en necedad. Pero, ¿quién sois vos que me habláis de este modo? Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día. Mi madre me dice que no me junte con los que no conozco sin su permiso; decidme, por tanto vuestro nombre. Mi nombre pregúntaselo a mi Madre. En aquel momento vi junto a él una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella refulgente. La cual, viéndome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a ella, y tomándome bondadosamente de la mano, me dijo: Mira. Al mirar me di cuenta de que aquellos muchachos habían escapado, y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales. He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás tú hacer con mis hijos. Volví entonces la mirada y, en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderillos que, haciendo fiestas al Hombre y a la Señora, seguían saltando y bailando a su alrededor. En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar. Pedí que se me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender que quería representar todo aquello. Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo: A su debido tiempo, todo lo comprenderás. Dicho esto, un ruido me despertó y desapareció la visión. Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que había dado y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas; y después, aquel personaje y aquella señora de tal modo llenaron mi mente, por lo dicho y oído, que ya no pude reanudar el sueño aquella noche. Por la mañana conté en seguida aquel sueño; primero a mis hermanos, que se echaron a reír, y luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: Tú serás pastor de cabras, ovejas y otros animales. Mi madre: ¡Quién sabe si un día serás sacerdote! Antonio, con dureza: Tal vez, capitán de bandoleros. Pero la abuela, analfabeta del todo, con ribetes de teólogo, dio la sentencia definitiva: No hay que hacer caso de los sueños. Yo era de la opinión de mi abuela, pero nunca pude echar en olvido aquel sueño. Lo que expondré a continuación dará explicación de ello. Yo no hablé más de esto, y mis parientes no le dieron la menor importancia. Pero cuando en el año 1858 fuí a Roma para tratar con el Papa sobre la Congregación salesiana, él me hizo exponerle con todo detalle todas las cosas que tuvieran alguna apariencia de sobrenatural. Entonces conté, por primera vez, el sueño que tuve de los nueve a los diez años. El Papa mandó que lo escribiera literal y detalladamente y lo dejara para alentar a los hijos de la Congregación; ésta era precisamente la finalidad de aquel viaje a Roma.

## El emparrado

Un día del año 1847, después de haber meditado mucho sobre la manera de hacer el bien a la juventud, se me apareció la Reina del Cielo y me llevó a un jardín encantador. Había un rústico, pero hermosísimo y amplio soportal en forma de vestíbulo. Enredaderas cargadas de hojas y de flores envolvían y adornaban las columnas, trepando hacia arriba, y se entrecruzaban formando un gracioso toldo. Daba este soportal a un camino hermoso sobre el cual, a todo el alcance de la mirada, se extendía una pérgola encantadora, flanqueada y cubierta de maravillosos rosales en plena floración. Todo el suelo estaba cubierto de rosas. La bienaventurada Virgen María me dijo: Quítate los zapatos. Y cuando me los hube quitado agregó: Echate a andar bajo la pérgola: es el camino que debes seguir. Me gustó quitarme los zapatos: me hubiera sabido muy mal ajar aquellas rosas tan hermosas. Empecé a andar y advertí en seguida que las rosas escondían agudísimas espinas que hacían sangrar mis pies. Así que me tuve que parar a los pocos pasos y volverme atrás. Aquí hacen falta los zapatos, dije a mi guía. Ciertamente, me respondió; hacen falta buenos zapatos. Me calcé y me puse de nuevo en camino con cierto número de compañeros que aparecieron en aquel momento, pidiendo caminar conmigo. Ellos me seguían bajo la pérgola, que era de una hermosura increíble. Pero, según avanzábamos, se hacía más estrecha y baja. Colgaban muchas ramas de lo alto

y volvían a levantarse como festones; otras caían perpendicularmente sobre el camino. De los troncos de los rosales salían ramas que, a intervalos, avanzaban horizontalmente de acá para allá; otras, formando un tupido seto, invadían una parte del camino; algunas serpenteaban a poca altura del suelo. Todas estaban cubiertas de rosas y yo no veía más que rosas por todas partes: rosas por encima, rosas a los lados, rosas bajo mis pies. Yo, aunque experimentaba agudos dolores en los pies y hacía contorsiones, tocaba las rosas de una u otra parte y sentí que todavía había espinas más punzantes escondidas por debajo. Pero seguí caminando. Mis piernas se enredaban en los mismos ramos extendidos por el suelo y se llenaban de rasguños; movía un ramo transversal, que me impedía el paso o me agachaba para esquivarlo y me pinchaba, me sangraban las manos y toda mi persona. Todas las rosas escondían una enorme cantidad de espinas. A pesar de todo, animado por la Virgen, proseguí mi camino. De vez en cuando, sin embargo recibía pinchazos más punzantes que me producían dolorosos espasmos. Los que me veían, y eran muchísimos, caminar bajo aquella pérgola, decían: "Don Bosco marcha siempre entre rosas" "Todo le va bien" No veían como las espinas herían mi pobre cuerpo. Muchos clérigos, sacerdotes y seglares, invitados por mí, s e habían puesto a seguirme alegres, por la belleza de las flores; pero al darse cuenta de que había que caminar sobre las espinas y que éstas pinchaban por todas partes, empezaron a gritar: "Nos hemos equivocado". Yo les respondí: El que quiera caminar deliciosamente sobre rosas, vuélvase atrás y síganme los demás. Muchos se volvieron atrás. Después de un buen trecho de camino, me volví para echar un vistazo a mis compañeros. Que pena tuve al ver que unos habían desaparecido y otros me volvían las espaldas y se alejaban. Volví yo también hacia atrás para llamarlos, pero fue inútil; ni siquiera me escuchaban. Entonces me eché a llorar. ¿Es posible que tenga que andar este camino yo solo? Pero pronto hallé consuelo. Vi llegar hacia mí un tropel de sacerdotes, clérigos y seglares, los cuales me dijeron: "Somos tuyos, estamos dispuestos a seguirte". Poniéndome a la cabeza reemprendí el camino. Solamente algunos se descorazonaron y se detuvieron. Una gran parte de ellos, llegó conmigo hasta la meta. Después de pasar la pérgola, me encontré en un hermosísimo jardín. Mis pocos seguidores habían enflaquecido, estaban desgreñados, ensangrentados. Se levantó entonces una brisa ligera y, a su soplo, todos quedaron sanos. Corrió otro viento y, como por encanto, me encontré rodeado de un número inmenso de jóvenes y clérigos, seglares, coadjutores y también sacerdotes que se pusieron a trabajar conmigo guiando a aquellos jóvenes. Conocí a varios por la fisonomía, pero a muchos no. Mientras tanto, habiendo llegado a un lugar elevado del jardín, me encontré frente a un edificio monumental, sorprendente por la magnificencia de su arte. Atravesé el umbral y entré en una sala espaciosísima cuya riqueza no podía igualar ningún palacio del mundo. Toda ella estaba cubierta y adornada por rosas fresquísimas y sin espinas que exhalaban un suavísimo aroma. Entonces la Santísima Virgen que había sido mi guía, me preguntó: ¿Sabes que significa lo que ahora ves y lo que has visto antes? No, le respondí: os ruego que me lo expliquéis. Entonces Ella me dijo: Has de saber, que el camino por tí recorrido, entre rosas y espinas, significa el trabajo que deberás realizar en favor de los jóvenes. Tendrás que andar con los zapatos de la mortificación. Las espinas del suelo significan los afectos sensibles, las simpatías o antipatías humanas que distraen al educador de su verdadero fin, y lo hieren, y lo detienen en su misión, impidiéndole caminar y tejer coronas para la vida eterna. Las rosas son el símbolo de la caridad ardiente que debe ser tu distintivo y el de todos tus colaboradores. Las otras espinas significan los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que os esperan. Pero no perdáis el ánimo. Con la caridad y la mortificación, lo superaréis todo y llegaréis a las rosas sin espinas. Apenas terminó de hablar la Madre de Dios, volví en mí y me encontré en mi habitación.

## El pañuelo de la Virgen

Era la noche del 14 al 15 de junio. Después que me hube acostado, apenas había comenzado a dormirme, sentí un gran golpe en la cabecera, algo así como si alguien diese en ella con un bastón. Me incorporé rápidamente y me acordé en seguida del rayo; miré hacia una y otra parte y nada ví. Por eso, persuadido de que había sido una ilusión y de que nada había de real en todo aquello, volví a acostarme. Pero apenas había comenzado a conciliar el sueño, cuando, he aquí que el ruido de un segundo golpe, hirió mis oídos despertándome de nuevo. Me incorporé otra vez, bajé del lecho, busqué, observé debajo de la cama y de la mesa de trabajo, escudriñé los rincones de la

habitación, pero nada ví. Entonces, me puse en las manos del Señor; tomé agua bendita y me volví a acostar. Fue entonces cuando mi imaginación, yendo de una parte a otra, vio lo que ahora os voy a contar. Me pareció encontrarme en el púlpito de nuestra iglesia dispuesto a comenzar una plática. Los jóvenes estaban todos sentados en sus sitios con la mirada fija en mí, esperando con toda atención que yo les hablase. Más yo no sabía de que tema hablar y cómo comenzar el sermón. Por más esfuerzos de memoria que hacía, ésta permanecía en un estado de completa pasividad. Así estuve por espacio de un poco de tiempo, confundido y angustiado, no habiéndome ocurrido cosas semejante en tantos años de predicación. Más he aquí que poco después veo la iglesia convertida en un gran valle. Yo buscaba con la vista los muros de la misma y no los veía, como tampoco a ningún joven. Estaba fuera de mí por la admiración, sin saberme explicar aquel cambio de escena.Pero ¿qué significa todo esto? me dije a mí mismo. Hace un momento estaba en el púlpito y ahora me encuentro en este valle. ¿es que sueño? ¿qué hago?Entonces me decidí a caminar por aquel valle. Mientras lo recorría busqué a alguien a quien manifestarle mi extrañeza y pedirle al mismo tiempo alguna explicación. Pronto vi ante mí un hermoso palacio con grandes balcones y amplias terrazas o como se quieran llamar, que formaban un conjunto admirable. Delante del palacio se extendía una plaza. En ángulo a ella, a la derecha, descubrí un gran número de jóvenes agrupados, los cuales rodeaban a una Señora que estaba entregando un pañuelo a cada uno de ellos.Aquellos jóvenes, después de recibir el pañuelo, subían y se disponían en fila detrás de otro en la terraza que estaba cercada por una balaustrada.Yo también me acerqué a la Señora y pude oír que, en el momento de entregar los pañuelos, decía a todos y a cada uno de los jóvenes estas palabras:No lo abráis cuando sople el viento y si éste os sorprende, mientras lo estáis extendiendo, volvemos inmediatamente hacia la derecha, nunca a la izquierda.Yo observaba a todos aquellos jóvenes, pero por el momento no conocí a ninguno. Terminada la distribución de los pañuelos, cuando todos los muchachos estuvieron en la terraza, formaron unos detrás de otros una larga fila, permaneciendo derechos sin decir una palabra. Yo continué observando y vi a un joven que comenzaba a sacar su pañuelo extendiéndolo; después comprobé como también los demás jóvenes iban sacando poco a poco los suyos y los desdoblaban, hasta que todos tuvieron el pañuelo extendido. Eran los pañuelos muy anchos, bordados en oro, con unas labores de elevadísimo precio y se leían en ellos estas palabras, también bordadas en oro: Regían virtutum.Cuando he aquí que del septentrión, esto es, de la izquierda, comenzó a soplar nuevamente un poco de aire, que fue arreciando cada vez más hasta convertirse en un viento impetuoso. Apenas comenzó a soplar este viento, vi que algunos jóvenes doblaban el pañuelo y lo guardaban: otros se volvían del lado derecho. Pero una parte permaneció impasible con el pañuelo desplegado. Cuando el viento se hizo más impetuoso comenzó a aparecer y a extenderse una nube que pronto cubrió todo el cielo. Seguidamente se desencadenó un furioso temporal, oyéndose el fragoroso rodar del trueno: después comenzó a caer granizo, a llover y finalmente a nevar.Entretanto muchos jóvenes permanecían con el pañuelo extendido y el granizo cayendo sobre él, lo agujereaba traspasándolo de parte a parte: el mismo efecto producía la lluvia, cuyas gotas parecía que tuviesen punta; el mismo daño causaban los copos de nieve. En un momento todos aquellos pañuelos quedaron estropeados y acribillados, perdieron toda su hermosura. Este hecho despertó en mí tal estupor que no sabía qué explicación dar a lo que había visto. Lo peor fue que, habiéndome acercado a aquellos jóvenes a los cuales no había conocido antes, ahora al mirarlos con mayor atención, los reconocí a todos distintamente. Eran mis jóvenes del Oratorio. Aproximándome aún más, les pregunté: ¿Qué haces tú aquí? ¿eres tú fulano? Sí, aquí estoy. Mire, también está fulano y el otro y el otro. Fui entonces adonde estaba la Señora que distribuía los pañuelos; cerca de Ella había algunos hombres a los cuales dije: ¿Qué significa todo esto? La Señora, volviéndose a mí, me contestó: ¿No leíste lo que estaba escrito en aquellos pañuelos? Sí; Regina virtutum. ¿No sabes po r qué? Si que lo sé. Pues bien, aquellos jóvenes expusieron la virtud de la pureza al viento de las tentaciones. Los primeros, apenas se dieron cuenta del peligro huyeron, son los que guardaron el pañuelo; otros, sorprendidos y no habiendo tenido tiempo de guardarlo, se volvieron a la derecha; son los que en peligro recurren al Señor volviendo la espalda al enemigo. Otros permanecieron con el pañuelo extendido ante el ímpetu de la tentación que les hizo caer en el pecado. Ante semejante espectáculo, me sentí profundamente abatido y estaba para dejarme llevar de la desesperación, al comprobar cuán pocos eran los que habían conservado la bella virtud, cuando prorrumpí en un doloroso llanto. Después de haberme serenado un tanto, proseguí: Pero ¿cómo es que los pañuelos fueron agujereados no sólo por la tempestad sino también por la lluvia y por la nieve? ¿Las gotas de agua y los copos de nieve no indican acaso los pecados pequeños, o sea, las faltas veniales? Con todo, no te aflijas tanto, ven a ver. Uno de aquellos hombres avanzó entonces hacia el balcón, hizo una señal con la mano a los jóvenes y gritó: ¡A la derecha! Casi todos los muchachos se volvieron a la derecha, pero algunos no se movieron de su sitio y su pañuelo terminó por quedar completamente destrozado. Entonces ví el pañuelo de los que se había

vuelto hacia la derecha disminuir de tamaño, con zurcidos y remiendos, pero sin agujero alguno. Con todo, estaban en tan deplorable estado que daba compasión el verlos; habían perdido su forma regular. Unos medían tres palmos, otros dos, otros uno. La Señora añadió: Estos son los que tuvieron la desgracia de perder la bella virtud, pero remedian sus caídas con la confesión. Los que no se movieron son los que continúan en pecado, y tal vez, caminan irremediablemente a su perdición. Al fin dijo: No lo digas a nadie, solamente amonesta.

## La serpiente y el Avemaría

Soñé que me encontraba en compañía de todos los jóvenes en Castelnuovo de Asti, en casa de mi hermano. Mientras todos hacían recreo, vino hacia mí un desconocido y me invitó a acompañarle. Le seguí y me condujo a un prado próximo al patio y allí me señaló entre la hierba una enorme serpiente de siete u ocho metros de longitud y de un grosor extraordinario. Horrorizado al contemplarla, quise huir. No, no, me dijo mi acompañante; no huya; venga conmigo y vea. Y ¿cómo quiere -respondí- que yo me atreva a acercarme a esa bestia? No tenga miedo, no le hará ningún mal; venga conmigo. Ah! exclamé, no soy tan necio como para exponerme a tal peligro. Entonces -continuó mi acompañante- aguarde aquí. Y seguidamente fue en busca de una cuerda y con ella en la mano volvió junto a mí y me dijo: Tome esta cuerda por una punta y sujétela bien; yo agarré el otro extremo y me pondré en la parte opuesta y así la mantendremos suspendida sobre la serpiente. ¿Y después? Después la dejaremos caer sobre su espina dorsal. Ah! No; por favor. ¡Ay de nosotros si lo hacemos! La serpiente saltará enfurecida y nos despedazará. No, no; déjeme a mí -añadió el desconocido- yo sé lo que me hago. No, de ninguna manera; no quiero hacer una experiencia que me pueda costar la vida. Y ya me disponía a huir. Pero él insistió de nuevo, asegurándome que no había nada que temer; que la serpiente no me haría el menor daño. Y tanto me dijo que me quedé donde estaba, dispuesto a hacer lo que me decía. El, entretanto, pasó al otro lado del monstruo, levantó la cuerda y con ella dio un latigazo sobre el lomo del animal. La serpiente dio un salto volviendo la cabeza hacia atrás para morder el objeto que la había herido, pero en lugar de clavar los dientes en la cuerda, quedó enlazada en ella como por un nudo corredizo. Entonces el desconocido me gritó: Sujete bien la cuerda, sujétela bien, que no se le escape. Y corrió a un peral que había allí cerca y ató a su tronco el extremo que tenía en la mano; corrió después hacia mí, tomó la otra punta y fue a amarrarla a la reja de una ventana de la casa. Entretanto la serpiente se agitaba, movía furiosamente sus anillos y daba tales golpes con la cabeza y anillos en el suelo, que sus carnes se rompían saltando a pedazos a gran distancia. Así continuó mientras tuvo vida; y una vez que hubo muerto, no quedó de ella más que el esqueleto descarnado. Entonces, aquel mismo hombre desató la cuerda del árbol y de la ventana, la recogió, formó con ella un ovillo y me dijo: ¡Preste atención! Metió la cuerda en una caja, la cerró y después de unos momentos, la abrió. Los jóvenes habían acudido a mi alrededor. Miramos el interior de la caja y quedamos maravillados. La cuerda estaba dispuesta de tal manera que formaba las palabras: ¡Ave María! Pero ¿cómo es posible? dije. Tú metiste la cuerda en la caja a la buena de Dios y ahora aparece de esa manera. Mira, dijo él; la serpiente representa al demonio y la cuerda el Ave María, o mejor, el Rosario, que es una serie de Avemarías con el cual y con las cuales se puede derribar, vencer, destruir a todos los demonios del infierno. Hasta aquí, concluyó Don Bosco, llega la primera parte del sueño. Hay otra segunda parte más interesante para todos. Pero ya es tarde y por eso la contaremos mañana por la noche.

## El elefante blanco

Mis queridos jóvenes, soñé que era un día festivo, a la hora del recreo después de comer y que os divertíais de mil maneras. Me pareció encontrarme en mi habitación con el caballero Vallauri, profesor de bellas letras. Habíamos hablado de algunos temas literarios y de otras cosas

relacionadas con la religión. De pronto, oí a la puerta el tantán de alguien que llamaba. Corrí a abrir. Era mi madre, muerta hace seis años, que me decía asustada: Ven a ver, ven a ver. ¿Qué hay? le pregunté. Y sin más, me condujo al balcón desde donde ví en el patio en medio de los jóvenes un elefante de tamaño colosal. Pero ¿como puede ser eso? exclamé. Vamos abajo. Y lleno de pavor miraba al caballero Vallauri y él a mí como si nos preguntásemos la causa de la presencia de aquella bestia descomunal en medio de los muchachos. Sin pérdida de tiempo bajamos los tres a los pórticos. Muchos de vosotros, como es natural, os habéis acercado a ver al elefante. Este parecía de índole dócil: se divertía correteando con los jóvenes, los acariciaba con la trompa; era tan inteligente que obedecía los mandatos de sus pequeños amigos, como si hubiese sido amaestrado y domesticado en el Oratorio desde sus primeros años, de forma que numerosos jóvenes le acariciaban con toda confianza y le seguían por doquier. Mas no todos estabais alrededor de él. Pronto ví que la mayor parte huíais asustados de una a otra parte buscando un lugar de refugio y que al fin penetrasteis en la iglesia. Yo también intenté entrar en ella por la puerta que da al patio, pero, al pasar a la estatua de la Virgen, colocada cerca de la fuente, toqué la extremidad de su manto como para invocar su patrocinio, y entonces Ella levantó el brazo derecho. Vallauri quiso imitarme haciendo lo mismo por la otra parte y la Virgen levantó el brazo izquierdo. Yo estaba sorprendido, sin saber explicarme un hecho tan extraño. Llegó entretanto la hora de las funciones sagradas y vosotros os dirigisteis todos a la iglesia. También yo entré en ella y vi al elefante de pie al fondo del templo, cerca de la puerta. Se cantaron las Vísperas y después de una plática me dirigí al altar acompañado de don Víctor Alasonatti y de don Angel Savio para dar la bendición con el Santísimo Sacramento. Pero, en aquel momento solemne en que todos estaban profundamente inclinados para adorar al Santo de los Santos, vi, siempre al fondo de la Iglesia, en el centro del pasillo, entre las dos hileras de los bancos, al elefante arrodillado e inclinado, pero en sentido inverso, esto es, con la trompa y los colmillos vueltos en dirección a la puerta principal. Terminada la función, quise salir inmediatamente al patio para ver que sucedía; pero, como tuviese que atender en la sacristía a alguien que quería hacerme una cons ulta, hube de detenerme un poco. Salí poco después bajo los pórticos, mientras vosotros reanudabais en el patio vuestros juegos. El elefante, al salir de la iglesia, se dirigió al segundo patio, alrededor del cual están los edificios en obra. Tened presente esta circunstancia, pues, en aquel patio, tuvo lugar la escena desagradable que voy a contaros ahora. De pronto vi aparecer al final del patio un estandarte en el que se leía escrito con caracteres cubitales: Santa María, socorre a los desgraciados. Los jóvenes formaban detrás procesionalmente, cuando de repente, y sin que nadie lo esperara, vi al elefante, que al principio parecía tan manso, arrojarse contra los circunstantes dando furiosos bramidos y agarrando con la trompa a los que estaban más próximos a él, los levantaba en alto, los arrojaba al suelo, pisoteándolos y haciendo un estrago horrible. Más a pesar de ello, los que habían sido maltratados de esta manera no morían, sino que quedaban en estado de poder sanar de las heridas espantosas que les produjeran las acometidas de la bestia. La dispersión fue entonces general: unos gritaban, otros lloraban, algunos, al verse heridos, pedían auxilio a los compañeros, mientras cosa verdaderamente incalificable, ciertos jóvenes a los que la bestia no había hecho daño alguno, en lugar de ayudar y socorrer a los heridos, hacían un pacto con el elefante para proporcionarle nuevas víctimas. Mientras sucedían estas cosas aquella estatuilla que veis allá (Don Bosco indicaba la estatua de la Santísima Virgen) se animó y aumentó de tamaño; se convirtió en una persona de elevada estatura, levantó los brazos y abrió el manto, en el cual se veían bordadas con exquisito arte, numerosas inscripciones. El manto alcanzó tales proporciones que llegó a cubrir a todos los que acudían a guarecerse bajo él; allí todos se encontraban seguros. Los primeros en acudir a tal refugio fueron los jóvenes mejores, que formaban un grupo escogido. Pero, al ver la Santísima Virgen que muchos no se apresuraban a acudir a Ella, gritaba en alta voz: ¡Venid todos a mí! Y he aquí que la muchedumbre de los jóvenes seguía afluyendo al amparo de aquel manto, que se extendía cada vez más y más. Algunos en cambio, en vez de refugiarse en él, corrían de una parte a otra, resultando heridos antes de ponerse en seguro. La Santísima Virgen, angustiada, con el rostro encendido, continuaba gritando, pero cada vez eran menos los que acudían a Ella. El elefante proseguía causando estragos, y algunos jóvenes, manejando una y dos espadas, situándose a una y otra parte, dificultaban a los compañeros, que aún se encontraban en el patio, que acudiesen a María, amenazando e hiriendo. A los de las espadas el elefante no les molestaba lo más mínimo. Algunos de los muchachos que se habían refugiado cerca de la Virgen, animados por Ella, comenzaron a hacer frecuentes correrías y, en sus salidas, conseguían arrebatar al elefante alguna presa y transportaban al herido bajo el manto de la estatua misteriosa, quedando los tales inmediatamente sanos. Después, los emisarios de María volvían a emprender nuevas conquistas. Varios de ellos, armados con palos, alejaban a la bestia de sus víctimas, manteniendo a raya a los cómplices de la misma. Y no cesaron en su empeño, aun a costa de la propia vida, consiguiendo

poner a salvo a casi todos. El patio parecía ya desierto. Algunos muchachos estaban tendidos en el suelo, casi muertos. Hacia una parte, junto a los pórticos, se veía una multitud de jóvenes bajo el manto de la Virgen. Por la otra, a cierta distancia, estaba el elefante con diez o doce muchachos que le habían ayudado en su labor destructora, esgrimiendo aún insolemnemente en tono amenazador sus espadas. Cuando he aquí que el animal, irguiéndose sobre las patas posteriores, se convirtió en un horrible fantasma de largos cuernos: y tomando un amplio manto negro o una red, envolvió en ella a los miserables que le habían ayudado, dando al mismo tiempo un tremendo rugido. Seguidamente los envolvió a todos en una espesa humareda y, abriéndose la tierra bajo sus pies, desaparecieron con el monstruo. Al finalizar esta horrible escena, miré a mi alrededor para decir algo a mi madre y al caballero Vallauri, pero no los ví. Me volví entonces a María, deseoso de leer las inscripciones bordadas en su manto y vi que algunas estaban tomadas literalmente de las Sagradas Escrituras y otras un poco modificadas. Leí éstas, entre otras muchas: Los que me honran tendrán la vida eterna, el que me encuentre, encontrará la vida; si uno es niño, venga a mí; refugio de los pecadores; salud de los que creen; toda llena de piedad, de mansedumbre y de misericordia. Dichosos los que guardan mis caminos. Tras la desaparición del elefante, todo quedó tranquilo. La Virgen parecía como cansada de tanto gritar. Después de un breve silencio, dirigió a los jóvenes la palabra, diciéndoles bellas frases de consuelo y de esperanza, repitiendo la misma sentencia que veis bajo aquel nicho, mandada escribir por mí. Después dijo: Vosotros que habéis escuchado mi voz y habéis escapado de los estragos del demonio, habéis visto y podido observar a vuestros compañeros pervertidos. ¿Queréis saber cuál fue la causa de su perdición?: las malas conversaciones contra la pureza, las malas acciones a que se entregaron después de las conversaciones inconvenientes. Visteis también a vuestros compañeros armados de espadas: son los que procuran vuestra ruina alejándoos de mí; los que fueron la causa de la perdición de muchos de sus condiscípulos. Aquellos a los que Dios espera durante más largo tiempo, son después más severamente castigados; y aquel demonio infernal, después de envolverlos en sus redes, los llevó consigo a la perdición eterna. Ahora vosotros marchaos tranquilos, pero no olvidéis mis palabras: huid de los compañeros, amigos de Satanás, evitad las conversaciones malas, especialmente contra la pureza; poned en mí una ilimitada confianza y mi manto os servirá siempre de refugio seguro. Dichas estas y otras palabras semejantes, se esfumó y nada quedó en el lugar que antes ocupara, a excepción de nuestra querida estatuilla. Entonces vi aparecer nuevamente a mi difunta madre; otra vez se alzó el estandarte con la inscripción: Sancta María, succurre miseris. Todos los jóvenes se colocaron en orden detrás de él y, así procesionalmente dispuestos, entonaron la canción: Load a María. Pero pronto el canto comenzó a decaer, después apareció todo aquel espectáculo y yo me desperté completamente bañado de sudor. Esto es lo que soñé. Hijos míos: deducid vosotros mismos el aguinaldo. Los que estaban bajo el manto, los que fueron arrojados a los aires por el elefante, los que manejaban la espada, se darán cuenta de su situación si examinan sus conciencias. Yo solamente os repito las palabras de la Santísima Virgen: Venite ad me, omnes, recurrid todos a Ella, en toda suerte de peligros; invocad a María y os aseguro que seréis escuchados. Por lo demás, los que fueron tan cruelmente maltratados por la bestia, hagan el propósito de huir de las malas conversaciones, de los malos compañeros; y los que pretendían alejar a los demás de María, que cambien de vida o que abandonen esta casa. Quien desee saber el lugar que ocupaba en el sueño, que venga a verme a mi habitación y yo se lo diré. Pero lo repito: los ministros de Satanás, que cambien de vida o que se marchen. ¡Buenas noches!.

## La inundación

Me pareció encontrarme a poca distancia de un pueblo que, por su aspecto, parecía Castelnuovo de Asti, pero que no lo era. Los jóvenes del Oratorio hacían recreo alegremente en un prado inmenso; cuando he aquí que se ven aparecer de repente las aguas en los confines de aquel campo, quedando bien pronto bloqueados por la inundación, que iba creciendo a medida que avanzaba hacia nosotros. El Po se había salido de madre e inmensos y desmandados torrentes fluían de sus orillas. Nosotros, llenos de terror, comenzamos a correr hacia la parte trasera de un molino aislado, distante de otras viviendas y con muros gruesos como los de una fortaleza. Me detuve en el pa tio del mismo, en medio de mis queridos jóvenes, que estaban aterrados. Pero las aguas comenzaron a invadir aquella superficie, viéndonos obligados primeramente a entrar en la casa y después a subir a las

habitaciones superiores. Desde las ventanas se apreciaba la magnitud del desastre. A partir de las colinas de Superga hasta los Alpes, en lugar de los prados, de los campos cultivados, de los bosques, caseríos, aldeas y ciudades, sólo se descubría la superficie de un lago inmenso. A medida que el agua crecía, nosotros subíamos de un piso a otro. Perdida toda humana esperanza de salvación, comencé a animar a mis queridos jóvenes, aconsejándoles que se pusiesen con toda confianza en las manos de Dios y en los brazos de nuestra querida Madre, María. Pero el agua había llegado ya casi a nivel del último piso. Entonces, el espanto fue general, no viendo otro medio de salvación que ocupar una grandísima balsa, en forma de nave, que apareció en aquel preciso momento y que flotaba cerca de nosotros. Cada uno, con la respiración entrecortada por la emoción, quería ser el primero en saltar a ella; pero ninguno se atrevía, porque no la podíamos acercar a la casa, a causa de un muro que emergía un poco sobre el nivel de las aguas. Un solo medio nos podía facilitar el acceso a saber, un tronco de árbol, largo y estrecho, pero la cosa resultaba un tanto difícil, pues un extremo del árbol estaba apoyado en la balsa que no dejaba de moverse al impulso de las olas. Armándome de valor, pasé el primero y para facilitar el transbordo a los jóvenes y darles ánimo, encargué a algunos clérigos y sacerdotes que, desde el molino, sostuviesen a los que partían y desde la barca tendiesen la mano a los que llegaban. Pero ¡cosa singular! Después de estar entregados a aquel trabajo un poco de tiempo, los clérigos y los sacerdotes se sentían tan cansados que unos en una parte, otros en otra, caían exhaustos de fuerzas, y los que los sustituían corrían la misma suerte. Maravillado de lo que ocurría a aquellos mis hijos, yo también quise hacer la prueba y me sentí tan agotado que no me podía tener de pie. Entretanto, numerosos jóvenes dejándose ganar por la impaciencia, ya por miedo a morir, ya por mostrarse animosos, habiendo encontrado un trozo de viga bastante largo y suficientemente ancho, establecieron un segundo puente, y sin esperar la ayuda de los clérigos y de los sacerdotes, se dispusieron precipitadamente a atravesarlo sin escuchar mis gritos. ¡Deteneos, deteneos, que os caeréis!, les decía yo. Y sucedió que muchos, empujados por otros o al perder el equilibrio antes de llegar a la balsa, cayeron y fueron tragados por aquellas pútridas y turbulentas aguas, sin que se les volviese a ver más. También el frágil puente se hundió con cuantos estaban encima de él. Tan grande fue el número de las víctimas que la cuarta parte de nuestros jóvenes sucumbió al secundar sus propios caprichos. Yo, que hasta entonces había tenido sujeta la extremidad del tronco del árbol, mientras los jóvenes pasaban por encima, al darme cuenta de que la inundación había superado la altura del muro, me industrié para impulsar la balsa hacia el molino. Allí estaba don Juan Cagliero, el cual, con un pie en la ventana y con el otro en el borde de la embarcación, hizo saltar a ella los jóvenes que habían permanecido en las habitaciones, ayudándoles con la mano y poniéndoles así en seguro. Pero no todos los muchachos estaban aún a salvo. Cierto número de ellos se habían subido a los desvanes, y desde éstos, a los tejados, donde se agruparon permaneciendo unos arrimados a otros, mientras la inundación seguía creciendo sin cesar cubriendo el agua los aleros y una parte de los bordes del mismo tejado. Al mismo tiempo que las aguas, había subido también la balsa y yo, al ver a aquellos pobrecitos en tan terrible situación, les grité que rezasen de todo corazón, que guardasen silencio, que bajasen unidos, con los brazos entrelazados los unos con los otros para no rodar. Me obedecieron y como el flanco de la nave estaba pegado al alero, con el auxilio de los compañeros pasaron ellos también a bordo. En la balsa había además una buena cantidad de panes colocados en numerosas canastas. Cuando todos estuvieron en la barca, inseguros aún de poder salir de aquel peligro, tomé el mando de la misma y dije a los jóvenes: María es la estrella del mar. Ella no abandona a los que confían en su protección; pongámonos todos bajo su manto. la Virgen nos librará de los peligros y nos guiará a un puerto seguro. Después abandonamos la nave a las olas; la balsa flotaba y se movía serenamente alejándose de aquel lugar. El ímpetu de las aguas, agitadas por el viento, la impulsaba a tal velocidad, que nosotros, abrazándonos los unos a los otros, formamos un todo para no caer. Después de recorrer un gran espacio en brevísimo tiempo, la embarcación se detuvo pronto y se puso a dar vueltas sobre sí misma con extraordinaria rapidez, de manera que parecía que se iba a hundir. Pero un viento violentísimo la sacó de aquella vorágine. Luego comenzó a bogar en forma regular, produciéndose de cuando en cuando algún remolino, hasta que, al soplo del viento salvador, fue a detenerse junto a una playa seca, hermosa y amplia, que parecía emerger como una colina en medio de aquel mar. Muchos jóvenes como encantados, decían que el Señor había puesto al hombre sobre la tierra, no sobre las aguas; y sin pedir permiso a nadie, salieron jubilosos de la balsa e, invitando a otros a que hicieran lo mismo, subieron a aquella tierra emergida. Breve fue su alegría, porque alborotándose de nuevo las aguas a causa de la repentina tempestad que se desencadenó, éstas invadieron la falda de aquella hermosa ladera y, en breve tiempo, lanzando gritos de desesperación, aquellos infelices se vieron sumergidos hasta la cintura y, después de ser derribados por las olas, desaparecieron. Yo exclamé entonces: ¡Cuán cierto es que, el que sigue su

capricho, lo paga caro! La embarcación, entretanto, a merced de aquel turbión amenazaba de nuevo con hundirse. Vi entonces los rostros de mis jóvenes cubiertos de mortal palidez: ¡Animo! les grité, María no nos abandonará. Y todos de consuno rezamos de corazón los actos de fe, esperanza, caridad y contrición; algunos padrenuestros, avemarías y la salve; después de rodillas, agarrados de las manos, continuamos diciendo nuestras oraciones particulares. Pero algunos insensatos, indiferentes ante aquel peligro, como si nada sucediese, se ponían de pie, se movían continuamente, iban de una parte a otra, riéndose y burlándose de la actitud suplicante de sus compañeros. Y he aquí que la nave se detuvo de improviso, giró con gran rapidez sobre sí misma, y un viento impetuoso lanzó al agua a aquellos desventurados. Eran treinta; y como el agua era muy profunda y densa, apenas cayeron a ella no se les volvió a ver más. Nosotros entonamos la Salve y más que nunca invocamos de todo corazón la protección de la Estrella del Mar. Sobrevino la calma. Y la nave, cual pez gigantesco, continuó avanzando sin saber nosotros adónde nos conduciría. A bordo se desarrollaba un continuo y múltiple trabajo de salvamento. Se hacía todo lo posible por impedir que los jóvenes cayesen al agua y se intentaba, por todos los medios, salvar a los que caían en ella. Pues había quienes, asomándose imprudentemente a los bajos bordes de la embarcación, se precipitaban al lago, mientras que algunos muchachos descarados y crueles, invitando a los compañeros a que se asomasen a la borda, los empujaban precipitándolos al agua. Por eso, algunos sacerdotes prepararon unas cañas muy largas, gruesos palangres y anzuelos de varias clases. Otros amarraban los anzuelos a las cañas y entregaban éstas a unos y otros, mientras que algunos ocupaban ya sus puestos con las cañas levantadas, con la vista fija en las aguas y atentos a las llamadas de socorro. Apenas caía un joven bajaban las cañas y el náufrago se agarraba al palangre o bien quedaba prendido en el anzuelo por la cintura, o por los vestidos y así era puesto a salvo. Pero también, entre los dedicados a la pesca, había quienes entorpecían la labor de los demás e impedían su trabajo a los que preparaban y distribuían los anzuelos. Los clérigos vigilaban para que los jóvenes muy numerosos aún, no se acercasen a la borda de la embarcación. Yo estaba al pie de una alta gavia plantada en el centro, rodeado de muchísimos muchachos, sacerdotes y clérigos que ejecutaban mis órdenes. Mientras fueron dóciles y obedientes a mis palabras, todo marchó bien; estábamos tranquilos, contentos, seguros. Pero no pocos comenzaron a encontrar incómoda la vida en aquella balsa; a tener miedo de un viaje tan largo, a quejarse de las molestias y peligros de la travesía, a discutir sobre el lugar en que debíamos atracar, a pensar en la manera de hallar otro refugio, a ilusionarse con la manera de encontrar tierra a poca distancia y, en ella un albergue seguro, a lamentarse de que, en breve, nos faltarían las vituallas, a discutir entre ellos, a negarme su obediencia. En vano intentaba yo persuadirles con razones. Y he aquí que aparecieron ante nuestra vista otras balsas, las cuales, al acercarse, parecían seguir una ruta distinta de la nuestra; entonces aquellos imprudentes determinaron secundar sus caprichos, alejándose de mí y obrando según su propio parecer. Echaron al agua algunas tablas que estaban en nuestra embarcación y, al descubrir otras bastante largas que flotaban no muy lejos, saltaron sobre ellas y se alejaron en compañía de las otras balsas que habían aparecido cerca de la nuestra. Fue una escena indescriptible y dolorosa para mí ver a aquellos infelices que se iban en busca de su ruina. Soplaba el viento; las olas comenzaron a encresparse; y he aquí que algunos quedaron sumergidos bajo ellas; otros, aprisionados entre las espirales de la vorágine y arrastrados a los abismos; otros, chocaban con objetos que había a ras de agua y desaparecían; algunos lograron subir a otras embarcaciones, pero éstas pronto se hundieron también. La noche se hizo negra y oscura; en lontananza se oían los gritos desgarradores de los náufragos. Todos perecieron. Esto es la nave de María. En el mar del mundo se hundirán todos los que no se refugian en esta nave. El número de mis queridos hijos había disminuido notablemente; a pesar de ello, con la confianza puesta en la Virgen, después de una noche tenebrosa, la nave entró finalmente, como a través de una especia de paso estrechísimo, entre dos playas cubiertas de limo, de matorrales, de astillones, cascajo, palos, ramaje, ejes destrozados, antenas, remos. Alrededor de la barca pululaban tarántulas, sapos, serpientes, dragones, cocodrilos, escualos, víboras y mil otros repugnantes animales. Sobre unos sauces llorones, cuyas ramas caían sobre nuestra embarcación, había unos gatazos de forma singular que desgarraban pedazos de miembros humanos y muchos monos de gran tamaño, que columpiándose de las mismas ramas, intentaban tocar y arañar a los jóvenes: pero éstos, atemorizados, se agachaban salvándose de aquellas amenazas. Fue allí, en aquel arenal, donde volvimos a ver con gran sorpresa y horror a los pobres compañeros, que habíamos perdido o que habían desertado de nuestras filas. Después del naufragio, fueron arrojados por las olas a aquella playa. Los miembros de algunos estaban destrozados como consecuencia del choque violento contra los escollos. Otros habían quedado sepultados en el pantano y sólo se les veían los cabellos y la mitad de un brazo. Aquí sobresalía del fango un torso, más allá una cabeza: en otra parte flotaba, a la vista de todos, un cadáver.

De pronto se oyó la voz de un joven de la barca que gritaba: Aquí hay un monstruo que está devorando las carnes de fulano y de zutano. Y repetía los nombres de los desgraciados, señalándolos a los compañeros que contemplaban la escena con horror. Pero otro espectáculo no menos horrible se presentó a nuestros ojos. A poca distancia, se levantaba un horno gigantesco en el cual ardía un fuego devorador. En él se veían formas humanas, pies, brazos, piernas, manos, cabezas que subían y bajaban entre las llamas confusamente, como las legumbres en la olla cuando ésta hierve. Miramos atentamente y vimos allí a muchos de nuestros jóvenes y al reconocerlos quedamos aterrados. Sobre aquel fuego había como una tapadera, encima de la cual estaban escritas con gruesos caracteres estas palabras: El sexto y el séptimo conducen aquí. Cerca de allí había una alta y amplia prominencia de tierra o promontorio con numerosos árboles silvestres desordenadamente dispuestos, entre los que se agitaba gran número de nuestros muchachos de los que habían caído a las aguas o de los que se habían alejado de nosotros durante el viaje. Bajé a tierra, sin hacer caso del peligro a que me exponía, me acerqué y vi que tenían los ojos, las orejas, los cabellos y hasta el corazón llenos de insectos y de asquerosos gusanos que les roían aquellos órganos, causándoles atrocísimos dolores. Uno de ellos sufría más que los demás: quise acercarme a él, pero huía de mí, escondiéndose detrás de los árboles. Vi a otros que, entreabriendo por el dolor sus ropas, mostraban el cuerpo ceñido de serpientes; otros, llevaban víboras en el seno. Señalé a todos ellos una fuente que arrojaba agua fresca y ferruginosa en gran cantidad; todo el que iba a lavarse en ella curaba al instante y podía volver a la barca. La mayor parte de aquellos infelices obedeció mis mandatos; pero algunos se negaron a secundarlos. Entonces yo, decididamente, me volví a los que habían sanado, los cuales, ante mis instancias, me siguieron sin titubear mientras los monstruos desaparecían. Apenas estuvimos en la embarcación, ésta, impulsada por el viento, atravesó aquel estrecho, saliendo por la parte opuesta a la que había entrado, lanzándose de nuevo a un mar sin límites. Nosotros, compadecidos del fin lastimoso y de la triste suerte de nuestros compañeros, abandonados en aquel lugar, comenzamos a cantar: Load a María, en acción de gracias a la Madre celestial, por habernos protegido hasta entonces; y al instante, como obedeciendo a un mandato de la Virgen, cesó la furia del viento y la nave comenzó a deslizarse con rapidez sobre las plácidas olas, con una suavidad imposible de describir. Parecía que avanzase al solo impulso que le daban los jóvenes, al jugar echando el agua hacia atrás con la palma de la mano. He aquí que seguidamente apareció en el cielo un arco iris, más maravilloso y esplendente que la aurora boreal, al pasar el cual leímos escrito con gruesos caracteres de luz, la palabra MEDOUM, sin entender su significado. A mí me pareció que cada letra era la inicial de estas palabras: María es la madre y señora del universo entero. Después de un largo trayecto, he aquí que apareció tierra en el horizonte, al acercarnos a ella, sentíamos renacer poco a poco en el corazón una alegría indecible. Aquella tierra amenísima, cubierta de bosques con toda clase de árboles, ofrecía el panorama más encantador que imaginarse puede, iluminada por la luz del sol naciente tras las colinas que la formaban. Era una luz que brillaba con inefable suavidad, semejante a la de un espléndido atardecer de estío, infundiendo en el ánimo una sensación de tranquilidad y de paz. Finalmente, dando contra las arenas de la playa y deslizándose sobre ella, la balsa se detuvo en un lugar seco al pie de una hermosísima viña. Bien se pudo decir de esta embarcación: Tú, oh Dios, hiciste de ella un puente, por el que atravesando las aguas del mundo lleguemos a tu apacible puerto. Los muchachos estaban con deseos de penetrar en aquella viña y algunos, más curiosos que otros, de un salto se pusieron en la playa. Pero, apenas avanzaron unos pasos, al recordar la suerte desgraciada de los que quedaron fascinados por el islote que se levantaba en medio del mar borrascoso, volvieron apresuradamente a la balsa. Las miradas de todos se habían vuelto hacia mí y en la frente de cada uno se leía esta pregunta: Don Bosco: ¿es hora ya de que bajemos y nos paremos? Primero reflexioné un poco y después dije: ¡Bajemos! Ha llegado el momento: ahora estamos seguros. Hubo un grito general de alegría: los muchachos, frotándose las manos de júbilo, entraron a la viña, en la cual reinaba el orden más perfecto. De las vides pendían racimos de uva semejante a los de la tierra prometida y en los árboles había todas las clases de frutos que se pueden desear en la bella estación y todos de un sabor desconocido. En medio de aquella extensísima viña, se elevaba un gran castillo rodeado de un delicioso y regio jardín y cercado de fuertes murallas. Nos dirigimos a aquel edificio para visitarlo y se nos permitió la entrada. Estábamos cansados y hambrientos y, en una amplia sala adornada toda de oro, había preparada para nosotros una gran mesa abastecida con los más exquisitos manjares, de los que cada uno pudo servirse a su placer. Mientras terminábamos de refocilarnos, entró en la sala un noble joven, ricamente vestido y de una hermosura singular, el cual, con afectuosa y familiar cortesía, nos saludó llamándonos a cada uno por nuestro nombre. Al vernos estupefactos y maravillados ante su belleza y las cosas que habíamos contemplado, nos dijo: Esto no es nada: venid y veréis. Le seguimos y, desde los balcones de las galerías, nos hizo contemplar los

jardines, diciéndonos que éramos dueños de todos ellos, que los podíamos usar para nuestro recreo. Nos llevó después de sala en sala; cada una superaba a la anterior por la riqueza de su arquitectura, por sus columnas y decorado de toda clase. Abrió después una puerta, que comunicaba con una capilla, y nos invitó a entrar. Por fuera parecía pequeña, pero, apenas cruzamos el umbral, comprobamos que era tan amplia que de un extremo a otro apenas si nos podíamos ver. El pavimento, los muros, las bóvedas estaban cubiertas con mármoles artísticamente trabajados, plata, oro y piedras preciosas: por lo que yo, profundamente maravillado, exclamé: Esto es una belleza del cielo. Me apunto para quedarme aquí para siempre. En medio de aquel gran templo, se levantaba sobre un rico basamento, una grande y magnífica estatua de María Auxiliadora. Llamé a muchos de los jóvenes que se habían dispersado por una y otra parte para contemplar la belleza de aquel sagrado edificio y se concentraron todos ante la estatua de Nuestra Señora para darle gracias por tantos favores como nos había otorgado. Entonces me di cuenta de la enorme capacidad de aquella iglesia, pues todos aquellos millares de jóvenes parecían formar un pequeño grupo que ocupase el centro de la misma. Mientras contemplaban aquella estatua, cuyo rostro era de una hermosura verdaderamente celestial, la imagen pareció animarse de pronto y sonreír. Y he aquí que se levantó un murmullo entre los muchachos, apoderándose de sus corazones una emoción indecible. ¡La Virgen mueve los ojos! exclamaron algunos. Y en efecto, María Santísima recorría con su maternal mirada aquel grupo de hijos. Seguidamente se oyó una nueva y general exclamación: ¡La Virgen mueve las manos! Y en efecto, abriendo lentamente los brazos, levantaba el manto como para acogernos a todos debajo de él. Lágrimas de emoción surcaban nuestras mejillas. ¡La Virgen mueve los labios! dijeron algunos. Hízose un profundo silencio: la Virgen abrió la boca y con una voz argentina y suavísima, dijo: Si vosotros sois para mí hijos devotos, yo seré para vosotros una Madre piadosa. Al oír estas palabras, todos caímos de rodillas y entonamos el canto Load a María. Se produjo una armonía tan fuerte y, al mismo, tan suave, que gratamente impresionado me desperté y terminó así la visión.

## La fe, nuestro escudo y nuestro triunfo

Me pareció encontrarme con mis queridos jóvenes en el Oratorio. Era hacia el atardecer, ese momento en que las sombras comienzan a oscurecer el cielo. Aún se veía, pero no con mucha claridad. Yo, saliendo de los pórticos, me dirigí a la portería; pero me rodeaba un número inmenso de muchachos, como soléis hacer vosotros, como prueba de amistad. Yo dirigía una palabra, ya a uno ya a otro. Así llegué al patio muy lentamente, cuando he aquí que oigo unos lamentos prolongados y un ruido grandísimo, unido a las voces de los muchachos y a un griterío que procedía de la portería. Los estudiantes, al escuchar aquel insólito tumulto, se acercaron a ver; pero muy pronto los vi huir precipitadamente en unión de los aprendices, también asustados, gritando y corriendo hacia nosotros. Muchos de éstos se habían salido por la puerta que está al fondo del patio. Pero al crecer cada vez más el griterío y los acentos de dolor y de desesperación, yo preguntaba a todos con ansiedad que era lo que había sucedido y procuraba avanzar para prestar mi auxilio donde hubiera sido necesario. Pero los jóvenes, agrupados a mi alrededor, me lo impedían. Yo entonces les dije: Pero dejadme andar; permitidme que vaya a ver que es lo que produce un espanto tal. No, no, por favor, me decían todos; no siga adelante. quédese, quédese aquí; hay un monstruo que lo devorará, huya, huya con nosotros, no intente seguir adelante. Con todo quise ver que era lo que pasaba, y deshaciéndome de los jóvenes, avancé un poco por el patio de los aprendices, mientras todos los jóvenes gritaban: ¡Mire, mire! ¿Qué hay? ¡Mire allá al fondo! Dirigí la vista hacia la parte indicada y vi a un monstruo que, al primer golpe de vista, me pareció un león gigantesco, tan grande que no creo exista uno igual en la tierra. Lo observé atentamente, era repulsivo, tenía el aspecto de un oso, pero aún más horrible y feroz que éste. La parte de atrás no guardaba relación con los otros miembros, era más bien pequeña, pero las extremidades anteriores, como también el cuerpo, los tenía grandísimos. Su cabeza era enorme y la boca tan desproporcionada y abierta que parecía hecha como para devorar a la gente de un solo bocado; de ella salían dos grandes, agudos y larguísimos colmillos a guisa de tajantes espadas. Yo me retiré inmediatamente donde estaban los jóvenes, los cuales me pedían consejo ansiosamente; pero ni yo mismo me veía libre del espanto y me encontraba sin saber que partido tomar. Con todo les manifesté: Me gustaría deciros que es lo que tenéis que hacer, pero no lo sé. Por lo pronto, concentrémonos debajo de los

pórticos. Mientras decía esto, el oso entraba en el segundo patio y se adelantaba hacia nosotros con paso grave y lento, como quien está seguro de alcanzar la presa. Retrocedimos horrorizados, hasta llegar bajo los pórticos. Los jóvenes se habían estrechado alrededor de mi persona. Todos los ojos estaban fijos en mí: Don Bosco ¿qué es lo que hemos de hacer? me decían. Y yo también miraba a los jóvenes, pero en silencio y sin saber que hacer. Finalmente exclamé: Volvámonos hacia el fondo del pórtico, hacia la imagen de la Virgen, pongámonos de rodillas, invoquémosla con más devoción que nunca, para que Ella nos diga que es lo que tenemos que hacer en estos momentos, para que venga en nuestro auxilio y nos libre de este peligro. Si se trata de un animal feroz, entre todos creo que lograremos matarlo y, si es un demonio, María nos protegerá. ¡No temáis! La Madre celestial se cuidará de nuestra salvación. Entretanto el oso continuaba acercándose lentamente, casi arrastrándose por el suelo en actitud de preparar el salto para arrojarse sobre nosotros. Nos arrodillamos y comenzamos a rezar. Pasaron unos minutos de verdadero espanto. La fiera había llegado ya tan cerca que de un salto podía caer sobre nosotros. Cuando he aquí que, no se como ni cuando, nos vimos trasladados todos al lado allá de la pared, encontrándonos en el comedor de los clérigos. En el centro del mismo estaba la Virgen que se asemejaba, no se si a la estatua que está bajo los pórticos o a la del mismo comedor o a la de la cúpula o también a la que está en la iglesia. Mas, sea como fuese, el hecho es que estaba radiante de una luz vivísima que iluminaba todo el comedor, cuyas dimensiones en todo sentido habían aumentado cien veces más, apareciendo esplendoroso como un sol al mediodía. Estaba rodeado de bienaventurados y de ángeles, de forma que el salón parecía un paraíso. Los labios de la Virgen se movían, como si quisiese hablar para decirnos algo. Los que estábamos en aquel refectorio éramos muchísimos. Al espanto que había invadido nuestros corazones sucedió un sentimiento de estupor. Los ojos de todos estaban fijos en la imagen, la cual con voz suavísima nos tranquilizó diciéndonos: No temáis, tened fe; ésta es solamente una prueba a la cual os quiere someter mi Divino Hijo. Observé entonces a los que, fulgurantes de gloria, hacían corona a la Santísima Virgen y reconocí a don Víctor Alasonatti, a don Domingo Ruffino, a un tal Miguel, Hermano de las Escuelas Cristianas, a quienes algunos de vosotros habréis conocido y a mi hermano José; y a otros que estuvieron en otro tiempo en el Oratorio y que pertenecieron a la Congregación y que ahora están en el Paraíso. En compañía de éstos, vi también a otros que viven actualmente. Cuando he aquí que uno de los que formaban el cortejo de la Virgen dijo en alta voz: ¡Levantémonos! Nosotros estábamos de pie y no entendíamos que era lo que nos quería decir con aquella orden, y nos preguntábamos: Pero ¿cómo levantémonos? Si estamos todos de pie. Levantémonos! repitió fuerte la misma voz. Los jóvenes, de pie y atónitos, se habían vuelto hacia mí, esperando que yo les hiciese alguna señal, sin saber entretanto que hacer. Yo me volví hacia el lugar de donde había salido aquella voz y dije: Pero ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿Qué quiere decir levantémonos, si estamos todos se pie? Y la voz me respondió con mayor fuerza: Levantémonos! Yo no conseguía explicarme este mandato que no entendía. Entonces otro de los que estaban con la Virgen se dirigió a mí, que me había subido a una mesa para poder dominar a aquella multitud, y comenzó a decir con voz robusta y bien timbrada, mientras los jóvenes escuchaban: Tú, que eres sacerdote, debes comprender que quiere decir "levantémonos". Cuando celebras la misa, ¿no dices todos los días sursum corda? Con esto entiendes elevarte materialmente o levantar los afectos del corazón al cielo, a Dios. Yo inmediatamente dije a voz en cuello a los jóvenes: Arriba, arriba, hijos, reavivemos, fortifiquemos nuestra fe, elevemos nuestros corazones a Dios, hagamos un acto de amor y de arrepentimiento: hagamos un esfuerzo de voluntad para orar con vivo fervor, confiemos en Dios. Y, hecha una señal, todos se pusieron de rodillas. Un momento después, mientras rezábamos en voz baja, llenos de confianza, se dejó oír una voz que dijo: Surgite! Y nos pusimos todos de pie y sentimos que una fuerza sobrenatural nos elevaba sensiblemente sobre la tierra y subimos, no sabría precisar cuanto, pero puedo asegurar que todos nos encontrábamos muy en alto. Tampoco sabría decir dónde descansaban nuestros pies. Recuerdo que yo estaba agarrado a la cortina o al repecho de una ventana. Los jóvenes se sujetaban, unos a las puertas, otros a las ventanas; quien se agarraba acá, quien allá; quien a unos garfios de hierro, quien a unos gruesos clavos, quien a la cornisa de la bóveda. Todos estábamos en el aire y yo me sentía maravillado de que no cayésemos al suelo. Y he aquí que el monstruo, que habíamos visto en el patio, penetró en la sala seguido de una innumerable cantidad de fieras de diversas clases, todas dispuestas al ataque. Corrían de acá para allá por el comedor, lanzaban horrible rugidos, parecían deseosas de combatir y que de un momento a otro, se habían de lanzar de un salto sobre nosotros. Pero por entonces nada intentaron. Nos miraban, levantaban el hocico y mostraban sus ojos inyectados en sangre. Nosotros lo contemplábamos todo desde arriba y yo, muy agarradito a aquella ventana, me decía: Si me cayese, ¡qué horrible destrozo harían de mi persona! Mientras continuábamos en aquella extraña postura, salió una voz de la imagen de la Virgen que cantaba las palabras de San Pablo: Embrazad, pues, el escudo de la fe

inexpugnable. Era un canto tan armonioso, tan acorde, de tan sublime melodía, que nosotros estábamos como extáticos. Se percibían todas las notas desde la más grave a la más alta y parecía como si cien voces cantasen al unísono. Nosotros escuchábamos aquel canto de paraíso, cuando vimos partir de los flancos de la Virgen numerosos jovencitos que habían bajado del cielo. Se acercaron a nosotros llevando escudos en sus manos y colocaban uno sobre el corazón de cada uno de nuestros jóvenes. Todos los escudos eran grandes, hermosos, resplandecientes. Reflejábase en ellos la luz que procedía de la Virgen, pareciendo una cosa celestial. Cada escudo en el centro parecía de hierro, teniendo alrededor un círculo de diamantes y su borde era de oro finísimo. Este escudo representaba la fe. Cuando todos estuvimos armados, los que estaban alrededor de la Virgen entonaron un dúo y cantaron de una manera tan armoniosa, que no sabría que palabras emplear para expresar semejante dulzura. Era lo más bello, lo más suave, lo más melodioso que imaginar se puede. Mientras yo contemplaba aquel espectáculo y estaba absorto escuchando aquella música, me sentí estremecido por una voz potente que gritaba: ¡A la pelea! Entonces todas aquellas fieras comenzaron a agitarse furiosamente. En un momento caímos todos, quedando de pie en el suelo y he aquí que cada uno luchaba con las fieras, protegido por el escudo divino. No sabría decir si la batalla se entabló en el comedor o en el patio. El coro celestial continuaba sus armonías. Aquellos monstruos lanzaban contra nosotros, con los vapores que salían de sus fauces, balas de plomo, lanzas, saetas y toda suerte de proyectiles; pero aquellas armas no llegaban hasta nosotros y daban sobre nuestros escudos rebotando hacia atrás. El enemigo quería herirnos a toda costa y matarnos y reanudaba sus asaltos, pero no nos podía producir herida. Todos sus golpes daban con fuerza en los escudos y los monstruos se rompían los dientes y huían. Como las olas, se sucedían aquellas masas asaltantes pero todos hallaban la misma suerte. Larga fue la lucha. Al fin se dejó oír la voz de la Virgen que decía: Esta es vuestra victoria, la que vence al mundo, vuestra fe. Al oír tales palabras, aquella multitud de fieras espantadas se dio una precipitada fuga y desapareció. Nosotros quedamos libres, a salvo, victoriosos en aquella sala inmensa del refectorio, siempre iluminada por la luz viva que emanaba de la Virgen. Entonces me fijé con toda atención en los que llevaban el escudo. Eran muchos millares. Entre otros ví a Don Víctor Alasonatti, a don Domingo Ruffino, a mi hermano José, al Hermano de las Escuelas Cristianas, los cuales habían combatido con nosotros. Pero las miradas de todos los jóvenes no podían apartarse de la Santísima Virgen. Ella entonó un cántico de acción de gracias, que despertaba en nosotros nuevos sentimientos de alegría y nuevos éxtasis indescriptibles. No sé si en el Paraíso se puede oír algo superior. Pero nuestra alegría se vio turbada de improviso por gritos y gemidos desgarradores, mezclados con rugidos de fieras. Parecía como si nuestros jóvenes hubiesen sido asaltados por aquellos animales, que poco antes habíamos visto huir de aquel lugar. Yo quise salir fuera inmediatamente para ver lo que sucedía y prestar auxilio a mis hijos: pero no lo podía hacer porque los jóvenes estaban en la puerta por la que yo tenía que pasar y no me dejaban salir en manera alguna. Yo hacía toda clase de esfuerzos por librarme de ellos, diciéndoles: Pero dejadme ir en auxilio de los que gritan. Quiero ver a mis jóvenes y, si ellos sufren algún daño o están en peligro de muerte, quiero morir con ellos. Quiero ir, aunque me cueste la vida. Y, escapándome de sus manos, me encontré inmediatamente debajo de los pórticos. y ¡qué espectáculo más horrible! El patio estaba cubierto de muertos, de moribundos y de heridos. Los jóvenes, llenos de espanto, intentaban huir hacia una y otra parte perseguidos por aquellos monstruos que les clavaban los dientes en sus cuerpos, dejándoles cubiertos de heridas. A cada momento había jóvenes que caían y morían, lanzando los ayes más dolorosos. Pero quien hacía la más espantosa mortandad era aquel oso que había sido el primero en aparecer en el patio de los aprendices. Con sus colmillos, semejantes a dos tajantes espadas, traspasaba el pecho de los jóvenes de derecha a izquierda y de izquierda a derecha y sus víctimas, con las dos heridas en el corazón, caían inmediatamente muertas. Yo me puse a gritar resueltamente: Animo, mis queridos jóvenes! Muchos se refugiaron junto a mí. Pero el oso, al verme, corrió a mi encuentro. Yo, haciéndome el valiente, avancé unos pasos hacia él. Entretanto algunos jóvenes de los que estaban en el refectorio y que habían vencido ya a las bestias, salieron y se unieron a mí. Aquel príncipe de los demonios se arrojó contra mí y contra ellos, pero no nos pudo herir porque estábamos defendidos por los escudos. Ni siquiera llegó a tocarnos, porque a la vista de los recién llegados, como espantado y lleno de respeto, huía hacia atrás. Entonces fue cuando, mirando con fijeza aquellos sus dos largos colmillos en forma de espada, vi escritas dos palabras en gruesos caracteres. Sobre uno se leía: Otium; y sobre el otro: Gula. Quedé estupefacto y me decía para mí: ¿Es posible que en nuestra casa, donde todos están tan ocupados, donde hay tanto que hacer que no se sabe por donde empezar para librarnos de nuestras ocupaciones, haya quien peque de ocio? Respecto a los jóvenes, me parece que trabajan, que estudian y que en el recreo no pierden el tiempo. Yo no sabía explicarme aquello. Pero me fue respondido: Y con todo, se pierden muchas medias horas. ¿Y de la gula? me decía yo. Parece que

entre nosotros no se pueden cometer pecados de gula aunque uno quiera. No tenemos ocasión de faltar a la templanza. Los alimentos no son regalados, ni tampoco las bebidas. Apenas si se proporciona lo necesario. ¿Cómo pueden darse casos de intemperancia que conduzcan al infierno? De nuevo me fue respondido: ¡Oh sacerdote! Tú crees que tus conocimientos sobre la moral son profundos y que tienes mucha experiencia; pero de esto no sabes nada; todo constituye para tí una novedad. ¿No sabes que se puede faltar contra la templanza incluso bebiendo inmoderadamente agua? Yo, no contento con esto, quise que me diese una explicación más clara y, como estaba en el refectorio aún iluminado por la Virgen, me dirigí lleno de tristeza al Hermano Miguel para que me aclarase mi duda. Miguel me respondió. ¡Ah querido, en esto eres aún novicio! Te explicaré, pues, lo que me preguntas. Respecto de la gula, has de saber que se puede pecar de intemperancia, cuando incluso en la mesa, se come o se bebe más de lo necesario.; se puede cometer intemperancia en el dormir o cuando se hace algo relacionado con el cuerpo, que no sea necesario, que sea superfluo. Respecto al ocio, has de saber que esta palabra no indica solamente no trabajar u ocupar o no el tiempo de recreo en jugar, sino también el dejar libre la imaginación durante este tiempo para que piense en cosas peligrosas. El ocio tiene lugar también cuando en el estudio uno se entretiene con otra cosa, cuando se emplea cierto tiempo en lecturas frívolas o permaneciendo con los brazos cruzados contemplando a los demás; dejándose vencer por la desgana y especialmente cuando en la iglesia no se reza o se siente fastidio en los actos de piedad. El ocio es el padre, el manantial, la causa de muchas malas tentaciones y de múltiples males. Tú, que eres director de estos jóvenes, debes procurar alejar de ellos estos dos pecados, procurando avivar en ellos la fe. Si llegas a conseguir de tus muchachos que sean moderados en las pequeñas cosas que te he indicado, vencerán siempre al demonio y, con esta virtud, alcanzaran la humildad, la castidad y las demás virtudes. Y, si ocupan el tiempo en el cumplimiento de sus deberes, no caerán jamás en la tentación del enemigo infernal y vivirán y morirán como cristianos santos. Después de haber oído todas estas cosas, le di las gracias por una tan bella instrucción, y después para cerciorarme de si era realidad o simple sueño todo aquello, intenté tocarle la mano, pero no lo pude conseguir. Lo intenté por segunda vez y por tercera, pero todo fue inútil. Yo estaba fuera de mí y exclamé: Pero ¿es cierto o no es cierto todo lo que estoy viendo? ¿Acaso éstas no son personas? ¿No los he oído hablar a todos ellos? El Hermano Miguel me respondió: Has de saber, puesto que lo has estudiado, que hasta el alma no se reúna con el cuerpo, es inútil que intentes tocarme. No se puede tocar a los simples espíritus. Sólo para que los mortales nos puedan ver debemos adoptar la forma humana. Pero, cuando todos resucitemos para el Juicio, entonces tomaremos nuevamente nuestros cuerpos inmortales espiritualizados. Entonces quise acercarme a la Virgen, que parecía tener algo que decirme. Estaba casi ya junto a Ella, cuando llegó a mis oídos un nuevo ruido y nuevos y agudos gritos de fuera. Quise salir al momento por segunda vez del comedor, pero al salir me desperté.

## Las ofrendas simbólicas

Contemplé un gran altar dedicado a María y magníficamente adornado. Vi a todos los alumnos del Oratorio avanzando procesionalmente hacia él. Cantaban loas a la Virgen, pero no todos del mismo modo, aunque cantaban la misma canción. Muchos cantaban bien y con precisión de compás, aunque unos fuerte y otros piano. Algunos cantaban con voces malas y muy roncas, éstos desentonaban, ésos caminaban en silencio y se salían de la fila, aquellos bostezaban y parecían aburridos; algunos topaban unos contra otros y se reían entre sí. Todos llevaban regalos para ofrecérselos a María. Tenían todos un ramo de flores, quien más grande, quien más pequeño y distintos los unos de los otros. Unos tenían un manojo de rosas, otros de claveles, otros de violetas, etc. Algunos llevaban a la Virgen regalos muy extraños. Quien llevaba una cabeza de cerdito, quien un gato, quien un plato de sapos, quien un conejo, quien un corderito y otros regalos. Había un hermoso joven delante del altar que, si se le miraba atentamente, se veía que detrás de las espadas tenía alas. Era, tal vez, el Angel de la Guarda del Oratorio, el cual, conforme iban llegando los muchachos recibía sus regalos y los colocaba en el altar. Los primeros ofrecieron magníficos ramos de flores y él, sin decir nada, los colocó al pie del altar. Muchos otros entregaron sus ramos. El los miró; los desató, hizo quitar algunas flores estropeadas, que tiró fuera, y volviendo a arreglar el ramo, lo colocó en el altar. A otros, que tenían en su ramos flores bonitas, pero sin perfume, como las dalias, las camelias, etc., el Angel hizo quitar también éstas porque la Virgen quiere

realidades y no apariencias. Así rehecho el ramo, el Angel lo ofreció a la Virgen. Muchos tenían espinas, pocas o muchas, entre las flores y, otros, clavos. El Angel quitó éstos y aquéllas. Llegó finalmente el que llevaba el cerdito y el Angel le dijo: ¿cómo te atreves a presentar este regalo a María? ¿sabes que significa el cerdo? Significa el feo vicio de la impureza. María, que es toda pureza, no puede soportar este pecado. Retírate, pues; no eres digno de estar ante Ella. Vinieron los que llevaban un gato y el Angel les dijo: ¿También vosotros os atrevéis a ofrecer a María estos dones? El gato es la imagen del robo, ¿y vosotros lo ofrecéis a la Virgen? Son ladrones los que roban dinero, objetos, libros a los compañeros, los que sustraen cosas de comer al Oratorio, los que destrozan los vestidos por rabia, los que malgastan el dinero de sus padres no estudiando, etc. E hizo que también éstos se pusieran aparte. Llegaron los que llevaban platos con sapos y el Angel, mirándoles indignado, les dijo: Los sapos simbolizan el vergonzoso pecado del escándalo, y ¿vosotros venís a ofrecérselos a la Virgen? Retiraos, id con los que no son dignos. Y se retiraron convencidos. Avanzaban otros con un cuchillo clavado en el corazón. El cuchillo significa los sacrilegios. El Angel les dijo: ¿No veis que lleváis la muerte en el alma? ¿Qué estáis con vida por misericordia de Dios y que, de lo contrario, estaríais perdidos para siempre? ¡Por favor! ¡Qué os arranquen ese cuchillo! También éstos fueron echados fuera. Poco a poco se acercaron todos los demás joven es y ofrecían corderos, conejos, pescado, nueces, uvas, etc. El Angel recibió todo y lo puso sobre el altar. Y después de haber separado así los buenos de los malos, hizo formar en filas ante el altar a aquellos cuyos dones habían sido aceptados por María. Con gran dolor vi que los que habían sido puestos aparte eran más numerosos de lo que yo creía. Salieron por ambos lados del altar otros dos ángeles que sostenían dos riquísimas cestas llenas de magníficas coronas hechas con rosas estupendas. No eran rosas terrenales, sino como artificiales, símbolo de la inmortalidad. Y el Angel de la Guarda fue tomando una a una aquellas coronas y coronó a todos los jóvenes formados ante el altar. Las había grandes y pequeñas, pero todas de una belleza incomparable. Os he de advertir que no solamente se hallaban allí los actuales alumnos de la casa, sino también muchos más que yo no había visto nunca. En esto sucedió algo admirable. Había muchachos de cara tan fea que casi daban asco y repulsión; a éstos les tocaron las coronas más hermosas, señal de que a un exterior tan feo suplía el regalo de la virtud de la castidad, en grado eminente. Muchos otros tenían la misma virtud, pero en grado menos elevado. Muchos se distinguían por otras virtudes, como la obediencia, la humildad, el amor de Dios y todos tenían coronas proporcionadas al grado de sus virtudes. El Angel les dijo: María ha querido que hoy fueseis coronados con hermosas flores. Procurad, sin embargo, seguir de modo que no os sean arrebatadas. Hay tres medios para conservarlas: 1. humildad, 2. obediencia y 3. castidad; son tres virtudes que siempre os harán gratos a María y un día os harán dignos de recibir una corona infinitamente más hermosa que ésta. Entonces los jóvenes empezaron a cantar ante el altar el Ave maris Stella. Terminada la primera estrofa, y procesionalmente como habían llegado, iniciaron la marcha cantando: Load a María, pero con voces tan fuertes que yo quedé estupefacto, maravillado. Les seguí durante un rato y luego volví atrás para ver a los muchachos que el Angel había puesto aparte: pero no los ví más. Amigos míos: yo sé quienes fueron coronados y quienes fueron rechazados por el Angel. Se lo diré a cada uno en particular para que todos procuréis ofrecer a María obsequios que Ella se digne aceptar. Mientras tanto he aquí algunas observaciones. La primera. Todos llevaban flores a la Virgen, y entre ellas, las había de muchas clases, pero observé que todos, unos más otros menos, tenían espinas en medio de las flores. Pensé y volví a pensar que significaban aquellas espinas y descubrí que significaban la desobediencia. Tener dinero sin licencia y sin querer entregarlo al administrador, pedir permiso para ir a un sitio y después ir a otro; llegar tarde a clase cuando ya hace tiempo que están los demás en ella, hacer merendolas clandestinas; entrar en los dormitorios de otros, lo que está severamente prohibido, no importa el motivo o pretexto que tengáis; levantarse tarde por la mañana; abandonar las prácticas reglamentarias; hablar en horas de silencio; comprar libros sin hacerlos revisar; enviar cartas por medio de terceros para que no sean vistas y recibirlas por el mismo medio; hacer tratos, comprar y vender cosas entre vosotros; esto es lo que significan las espinas. Muchos de vosotros preguntaréis si es pecado transgredir los reglamentos de la casa. Lo he pensado seriamente y os respondo que sí. No digo si ello es grave o leve; hay que regularse por las circunstancias, pero pecado lo es. Alguno me dirá que en la ley de Dios no se habla de que debamos obedecer los reglamentos de la casa. Escuchad: está en los mandamientos. ¡Honrar padre y madre! ¿Sabéis que quieren decir las palabras padre y madre? Comprenden también a los que hacen sus veces. Además ¿no está escrito en la Escritura: Obedeced a vuestros Superiores? Si a vosotros os toca obedecer, es lógico que a ellos toca mandar. Este es el origen de los reglamentos del Oratorio y ésta es la razón de si deben cumplir o no. Segunda observación. Algunos llevaban entre sus flores unos clavos, clavos que habían servido para enclavar al buen Jesús. ¿Cómo? Siempre se empieza por las

cosas pequeñas y luego se llega a las grandes. Aquel tal quería tener dinero para satisfacer sus caprichos y gastarlo a su antojo y, por eso, no quiso entregarlo; vendió pues sus libros de clase y terminó por robar dinero y prendas a sus compañeros. Aquel otro quería estimular el garguero y llegaron botellas, etc.; después se permitió otras licencias hasta caer en pecado mortal. Así se explican los clavos de aquellos ramos, así es como se crucifica al buen Jesús. Ya dice el apóstol que los pecados vuelven a crucificar al Salvador. Tercera observación. Muchos jóvenes tenían, entre las flores frescas y olorosas de sus ramos, flores secas y marchitas o sin perfume alguno. Estas significaban las buenas obras hechas en pecado mortal, las cuales no sirven para acrecentar sus méritos; las flores sin perfume son las obras buenas hechas por fines humanos, por ambición o solamente por agradar a superiores y maestros. Por esto el Angel les reprochaba que se atreviesen a presentar a María tales obsequios y les mandaba atrás para que arreglasen su ramo. Ellos se retiraban, lo deshacían, quitaban las flores secas y después, arregladas las flores, las ataban como antes y las llevaban de nuevo al Angel, el cual las aceptaba y ponía sobre la mesa. Una vez terminada su ofrenda, sin ningún orden, se juntaban con los otros que debían recibir la corona. Yo vi en este sueño todo lo que sucedió y sucederá a mis muchachos. A muchos ya se lo he dicho, a otros se lo diré. Por vuestra parte, procurad que la Santísima Virgen reciba de vosotros dones que no tengan que ser rechazados.

Santa María, Madre de Dios. Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte” (Avemaría)

Comentario: Tras los sueños de san Juan Bosco sobre la Virgen María, comienzo esta intimidad con la Virgen mediante las palabras que cada día rezas al final del Avemaría.

Te habrás persuadido de que es una plegaria que sale del corazón. Quien más quien menos- aunque piense poco en la muerte- sabe de antemano que ha nacido, ha vivido y terminará con el paso de la muerte para otra nueva vida. Es en estos momentos claves en tu historia personal, cuando la invocas para que te proteja.

Todos, a lo largo de nuestra peregrinación por este mundo, hemos sentido el zarpazo del pecado, de las malas acciones que hemos cometido. Somos débiles. Y desde nuestra debilidad le rogamos a la Madre de Dios que interceda por nosotros en los últimos instantes de nuestra vida.

Un joven, poco antes de expirar tras un accidente de moto, decía a cuantos le rodeaban: Dejadme tranquilo con mi madre del cielo. En estos instantes es a ella a quien busco con mayor interés. Es ella la que , de verdad, me puede ayudar en mi destino final: el encuentro con el Padre.

Y recogido en su lecho, y sólo- a petición personal- oraba con insistencia estas palabras aprendidas desde pequeño. Los familiares lo dejaron en paz. Y poco antes de dar el último aliento, los llamó, los besó y les dijo a cada uno: Haced siempre el bien en la vida. En este momento, sólo cuenta haber hecho buenas obras. Va a ser la materia del examen de toda mi vida. Y quiero que sea la Virgen la que me presente al Padre para, con su amor, interceda por mí.

Los amigos y familiares, conmovidos, entrecortaban sus lloros. El los sintió. Y, sin dudar lo más mínimo, les dijo: Sé que me queréis, pero ella me quiere ahora mucho más. Adiós. No me pongáis flores en la tumba, sino decid por mi esta oración:

Oración: Señor, por medio de tu Madre la Virgen, te rogamos que nuestro hijo sea recibido en tu vida nueva y eterna. Haz que pensemos más en ella y que este pensamiento nos haga vivir mucho más unidos a ti y a cuantos necesitan de una humanidad mejor, empezando por nuestra propia familia. Amén.

"Y Bernardo muestra a partir de Eva todo el paraíso como una inmensa rosa en cuyo centro está María...Y Dante siente que su propia mirada se vuelve cada vez más pura, y el poema se resuelve en un éxtasis de luz" (Dante).

Comentario: Bernardo y Dante, escritores, van a porfía para ver quién de los dos siente más admiración e intimidad con la Virgen María. El de Claraval ve el paraíso como una rosa en cuyo centro está María. Es la pura y bella feminidad la que adorna el paraíso, el cielo al que estamos llamados. No sé- comentan muchos santos- cómo en nuestra vida mortal no caemos en la cuenta de que tenemos que hacer cosas lindas para que la misericordia de Dios nos traiga a este lugar que no tiene comparación con los mejores jardines y palacios de la tierra.

Pero somos tercos. Nos empecinamos en hacer nuestros caprichos y éstos, desgraciadamente, no valen nada en el pasaporte que presentamos en las puertas del paraíso. Recuerda tus últimos instantes, y no pecarás.

Dante, el gran poeta, ve que su misma poesía no vale nada comparándola con los versos celestiales que sus oídos escuchan. Contempla una armonía tan bella que se queda extasiado y no sabe ni pronunciar palabra, él que, en la vida terrena, era admirado por mucha gente.

El éxtasis es el instante perpetuado eternamente mediante el cual la persona en la mueva dimensión de su existencia se encuentra tan feliz que ya no echa de menos ninguna gloria humana.

La presencia de María los deja embelesados de amor, ternura y acogida.

Oración: Haz que mi vida en la tierra tenga como punto de referencia la excelsitud de María, para que, luchando contra viento y marea, sea ella la que me presente al Padre en la eternidad dichosa y bendita. Aprecia y ama lo que vale en la tierra y en el cielo.

"Los ojos amados y venerados por Dios, fijos en el que oraba, mostraron cuán gratos le son los piadosos ruegos; y después se enderezaron a la eterna luz" (San Bernardo).

Comentario: El gran santo de la Edad Media se fija en algo muy importante a lo que tú- al menos muchos, hoy día- no le das importancia. Ya sabes lo que es: los ruegos, las oraciones.

Aunque arrastrado por el torbellino del tiempo y de tu diversión, no dediques muchos ratos a ponerte en contacto con Dios, sin embargo, fíjate bien que la plegaria y los ruegos son gratos a los ojos de Dios.

Estas palabras te suenan a raro, a ultratumba y a cosas que piensas que no te van a ocurrir nunca en la flor de tus años. No obstante, no te viene mal que te plantees este tema de vez en cuando. ¿Para qué,?, me dirás. Para que toda tu existencia camine por la senda de la rectitud, de las buenas obras y de la vivencia y testimonio de tu fe, si eres creyente.

Quien habla con Dios amándole es una persona que se siente siempre dichosa, feliz, contenta y contagia su alegría a todos. Pues aunque vive al lado de su gente y de sus colegas, tiene, sin embargo, otra forma distinta de enfocar los acontecimientos de cada día y sabe afrontar los goces y problemas personales con una mirada que trasciende lo simplemente material.

Un colega tuyo me comentaba: Oye, desde que me habitué a estar un rato cada día conmigo mismo y con Dios, mi vida de cada jornada tenía un ambiente más refrescante, más alegre. Todo me salía mejor. Y notaba que salía de mí una fuerza extraña que me hacía superar todas las dificultades mucho mejor que antes.

Oración: María, soy joven. No quiero que mi vida se pierda por el simple sendero de hacer lo que me plazca sin orden ni concierto. Anhelo y deseo vivamente que mi mirada, unida a mis oraciones, me hagan verte a ti, Señor, en todo cuanto piense, sienta y haga. Gracias, haz que no me pierda en naderías sin importancia. María Virgen, haz que me sienta tan tuyo que esta oración de gratitud se la presentes al Padre con todo mi amor.

"Mujer, eres tan grande y tanto vales, que quien desea una gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas". (San Bernardo).

Comentario: María, esta mañana toda la creación me parece nueva. La estrella de tu presencia brilla en mi existencia con todo su fulgor. Tu valía personal, por ser madre Dios, me atrae y me fascina de tal modo, que todo lo miro bajo tus ojos de amable y tierna madre.

Tengo la experiencia personal deque cada vez que acudo a ti, siempre me ayudas y me consuelas en los baches por los que suele atravesar mi vida, no tan madura como debiera para mis años jóvenes.

Le suele ocurrir a mis colegas, a algunos al menos, que andan sin brújula por este mundo competitivo. Para mí, María, que lucho por mantenerme fiel, el hecho de acudir a ti de forma continuada. Y lo hago no sólo para pedirte auxilio, sino también y sobre todo para sentir el gozo

de ir en tus alas. Noto que en tu corazón, vuelo por encima de la mediocridad. La veo desde tu alta perspectiva y, ante tu belleza, la considero como algo que anhelo que esté lejos de mi conciencia.

Sabes que me llamo Miguel. Y sé que mi nombre significa “¿quién como Dios?”. Mi experiencia en intimidad contigo es que marcho bien. Tu presencia en mi vida me está convirtiendo en alguien que se encuentra jubiloso a tu lado. Sé que sufro el ataque de mis enemigos e incluso de algunos amigos que “pasan de ti”. Me siento con ganas de vivir con la ilusión que transforma mi vida.

Junto a tu corazón de madre y amiga experimento que la cadena de luz que me une a ti y a los demás, no tiene sombras. Mi conducta es un pequeño sol que da luz a todo el que se me acerca.

Oración: Gracias, María Virgen, por llevarme en tus alas pues desde ellas tengo la suerte de contemplar el mundo tal y como es. A tu lado aprendo a vivir de tal forma que todo me parece una bella canción, en estos días, Madre, en que se respira tanto estrés y tanta separación de los valores esenciales, entre ellos, el religioso. María, gracias, porque soy un ser afortunado.

“ Verdaderamente, ella fue fuerte y tierna, dulce y firme a la vez, olvidada de sí misma y generosa con nosotros. A Ella es a quien conviene amar y reverenciar por encima de todas las cosas, después de la Trinidad Suprema” (San Buenaventura).

Comentario: Madre, soy tu amiga Jess. Siempre deseé en mi vida joven contar con una amiga íntima que llenara todo el cúmulo de ilusiones que se esconden y afloran al mismo tiempo en mi corazón. Y en contacto diario y permanente contigo, he notado que todo mi ser se siente invadido por un carácter dulce fuerte y firme a la vez.

A la hora de analizarme, constato que te lo debo a ti. Lentamente has ido transformando y perfeccionando mi vida porque, en la medida que he dejado atrás el lastre y la ganga que nos rodean, he percibido que tiene un sentido auténtico ser fuerte para luchar contra quien atenta contra mi dignidad de creyente; he percibido también que, en la medida en que me dejo penetrar por los dones de tu ternura, me siento más relajada y entregada a los demás.

Cuando mi amor floreciente como la nueva primavera se enciende en mi colores, me doy cuenta de que centrando mi amor en ti es como adquiere sentido el amor que siento en mi interior por los seres queridos y por mi amigo Pedro.

Los dos juntos, al terminar nuestras clases, nos dirigimos día tras día a la capilla de

la Facultad para darte las gracias del día. Sabemos que eres nuestra amiga íntima y que, con nuestra reverencia y contacto diario, nos colocas a los dos en tal situación que lo vemos todo claro y diáfano.

Oración: María, haz que me sienta dulce como la miel para atraer a la gente de mi Facultad a tu amor de Madre. Haz que, olvidándome de mis egoísmo, palpe y sienta que me convierto en fuerte, tierna y valiente frente a quienes me atacan porque no actúo como ellos/as. Gracias, María Virgen, porque con tu "fiat" estás logrando que me haga tan fuerte que mi timidez va cediendo paso a la alegría de sentirme hoy creyente, pura alegría e imagen de tu perfección.

"Mirto de templanza, rosa de paciencia, nardo fragante. Valle de humildad, tierra respetada por el arado y abundante en cosechas. Cristo, flor de los campos, el bello lirio de las cañadas, ha nacido de Vos" ((Salve Mater Salvatoris, obra de Adam de san Víctor, cantada en París en la fiesta de la Asunción).

Comentario: Madre mía, los regalos que me das son tan bellos e inocentes que mis ojos se detienen en cada uno, y con mi corazón, decía Silvestre, te ensalzo por cada uno de ellos. Tengo la suerte de haber participado una vez en esta fiesta parisina en tu honor. La belleza de la ciudad, sus monumentos y sus gentes me encaminaban a ti, atraído por tu protección constante en mi vida.

La letra de ese canto me enseña las virtudes que adornan mi existencia. Con estos adornos, me doy cuenta, que puedo acercarme a cualquiera sin sentirme rechazado nunca, salvo por algunos brutos que ni sienten ni padecen.

Constato que en mi vida la humildad es la clave de mi apretura a ti, a tu Hijo Jesús ay a todos cuantos me rodean. El es la flor del campo que, levantada en plena llanura, lo engalana todo de hermosura.

Mi vida joven, de este modo, es un racimo de flores que expanden el perfume de sus olores en mis estudios, trabajos y en mis relaciones humanas. ¿Cómo eres así?, me suelen preguntar. Y mi respuesta es nítida y bella como la luz que en esta tarde embellece la ciudad de París. Soy así, les contesto, porque mi vida tiene sentido en tanto en cuanto estoy en intimidad con la Madre Virgen que me lanza al apostolado mediante las armas exquisitas de las flores.

Hoy día, frente a tanta brutalidad, guerra e injusticia, mi trabajo consiste en aportar al mundo las palabras de este himno, convertidas en mi vida como la esencia misma que la sostiene.

Oración: Virgen, flor de las flores. ¡Qué bella eres en tu fiesta de la Asunción! Tranquila en tu dormición fuiste elevada a los cielos por los ángeles. Habías sido pulcra y hermosa, no tenías la corrupción del pecado. Por eso, tu Hijo te llevó a los cielos para que, desde allí, nos inundes a todos con tu gracia y tu protección. Haz que cada día sea el perfume que

alegre a la gente con las flores de la paciencia, la templanza y el olor penetrante del nardo.

“Paraíso celeste, cedro no tocado por el hierro y que esparce su dulce hálito. En Vos está la plenitud del esplendor y de la belleza, de la dulzura y el perfume” ( Igual que el anterior).

Comentario: María, en esta intimidad y trato diario contigo, el esplendor de mi vida joven adquiere toda su dimensión. Reconozco que tu invitación a que vaya cada día a la fuente de la vida, la comunión en la Eucaristía, va haciendo mella en mi existencia. Me noto mucho más entregado a mi trabajo. No quiero perder ni instante de esa vida abundante que me da tu Hijo en la participación en su Cuerpo, Sangre y en su Palabra, siempre clara e iluminadora.

Cuando me vienen crisis, María, no me hundo. ;e las sacudo rápidamente acudiendo a tu presencia estimulante. Sí. Esta es la palabra. Un amigo o amiga te pueden ayudar- de hecho lo hacen- pero nunca te quedas plenamente satisfecho.

El ímpetu para llegar a la plenitud me lo das tú y tu Jesús. Es una gozada vivir la vida de forma desbordante. Me estoy dando cuenta deque en la medida en que más intensamente vivo mis días, más cortos se me hacen. Esto significa estar en tu onda de Madre alentadora en las crisis y en la alegrías. La crisis es el radar que me indica que algo no funciona en mí tal y como tú quieres. Por eso, hago un examen de mis valores para reforzarlos y para ponerme en tu senda.

El hálito, el impulso vital me vienen de mi toma de conciencia de que estás en mí y yo en ti. Así, me dicen, soy como la flor que endulza el aire con el aroma de mi buena conducta. Todo mi ser corre hacia ti porque sabes amarme y orientarme en cada instante.

Oración: María, haz que como tú, sepa esparcir el dulce hálito de tu presencia en todos cuantos hoy trate. No quiero desaprovechar ni un momento del día para que, aunque sea con mi única presencia, dé testimonio de que eres tú l Madre celeste que me impulsa a llevar una vida anclada en tus valores. Que sea esplendor, luz y nunca tiniebla u oscuridad para cuantos encuentre hoy en mi camino.

“Di todos los días, alma mía, alabanzas a la Virgen; honra sus fiestas y sus acciones maravillosas- Contempla y admira su grandeza, cuenta la felicidad de la Madre, di la felicidad a la Virgen” (San Anselmo).

Comentario: Me encantan estas palabras de un himno del siglo XII, “Omni Die” porque encierran la verdad sublime con la que me levanto y me acuesto. Sí, es verdad, comenta Carmen,

Cuando el día amanece o por la tarde la sombra anega la tierra, me dirijo a mi Virgen querida con cantos y piropos que salen de mi corazón con toda espontaneidad. Me extraña un montón de que la gente me diga: “Chica, yo no sé rezar o se me han olvidado las oraciones”. Bah!, le suelo decir: ¿se os ha agotado el amor del corazón? No, ni hablar, me contestan.

Pues ahí está la fuente de la oración. Imagino que toda joven siente un inmenso placer cuando ve a su amigo. Naturalmente. Pues ese mismo sentimiento más acentuado aún es el que siente la Virgen cuando cada día, al principio y al final, te diriges a ella con cánticos y alabanzas por las maravillas que hace en ti, aunque no te des ni cuenta.

Más gozo experimenta su corazón y el tuyo en contacto con el suyo cuando la alabas, bendices y le dices cosas bellas que cuando piensas en ella tan sólo para pedirle favores.

Muchos días me quedo simplemente mirándola una y otra vez hasta tanto me dejo cautivar por su mirada en mi. Y, aunque no me sienta muy inspirada, termino- al cabo de un rato- por verla y decirle lo que más me gusta. Sé que siempre me oye. Es la misma intimidad personificada. Y si no, me quedo absorta ante ella meditando la palabra “fe-li-ci-dad”.

Oración: María, mi gloria y mi alabanza. Gracias por este nuevo día o esta noche. Por todo me siento agradecida contigo. Bajo este inmenso cielo, en el silencio y en la soledad, te digo con toda mi alma las palabras del himno. Haz que te honre cada día y, de esta manera, el pecado no haga presa de mí, sino que camine durante la jornada envuelta en el esplendor de tus maravillas. Quiero abrazarte con mi corazón y tratarte como mi madre, amiga y confidente. Gracias.

“Joya deslumbrante, rosa naciente, lirio de castidad que conducís a los puros hacia la dicha del cielo. Totalmente bella, sin vestigio de mancha, haced que, casto y alegre, os alabe cada día. Que yo viva la pureza y la modestia, que sea amable, sobrio, piadoso, recto, sereno y pacífico” (Del canto Omni die, siglo XII).

Comentario: María Virgen: Vengo esta mañana a tu presencia, el mejor tiempo infinito que está en tus manos. ¿Quién podrá contar hoy los minutos que dedique a amarte? Nadie. Sólo tú y yo.

Formamos una intimidad tan estrecha que yo, Adelia, no puedo pasar sin ti ni tú, madre, sin mí.

Hoy vengo a suplicarte que me mantengas en pureza de costumbres. Sabes que es la gran lucha de nuestros días. Nadie aprecia el júbilo de ser casto en esta sociedad de consumo. Al contrario: parece una tontería mantener la bella virtud en medio de tantas tentaciones e imágenes que inculcan lo contrario.

Sin embargo, Madre, percibo que en mi vida esta cualidad de tu pureza es para mí un arma extraordinaria para apartarme de lo vulgar y lo corriente, lo que se estila en mis días. Me fascina que estés sin mancha. Quiero cultivar esta perla en el océano de tu castidad. Hay una enfermedad que mata a mucha gente: el SIDA. Y la razón profunda de tanta muerte es la falta de castidad y de fidelidad.

Todos buscan como remedio humano la ciencia. Y sin embargo, la abstinencia no se tiene en cuenta ni se valora. Pasan los ratos y los minutos entregados al sexo. Y el resultado es esta enfermedad en millones, y en otros la frustración. Porque no tiene sentido que, al practicarlo tanto, una vez que se han unido en pareja o matrimonio, se separan pronto. No hay aprecio ni valor por esta virtud.

Ortación: Virgen Santísima, la casta y alegre, haz que mi vida transcurra toda ella por los cauces de la pureza. Sé que el valor supremo que en mi vida cultivo es el amor, y como fruto de tanto amor, surge espontánea en mí la castidad. Que aunque tenga muchos peligros, sepa, Virgen pura, mantenerme en intimidad contigo, y que por todos sitios irradie tu amabilidad, serenidad, rectitud y paz que sólo, Virgen, se viven contigo.

“Abrid vuestro corazón a la fe. Se encuentra aquí el pensamiento profundo de san Agustín: la Virgen concibió por la fe antes de concebir en sus entrañas. Pero el pensamiento progresa. Encuentra un complemento, un desarrollo en esta idea: la Palabra divina espera la palabra de la Virgen para ser concebida en la humanidad. Aquí hay mucho más que un juego de palabras” (San Agustín).

Comentario: Virgen María, aquí tienes a Sergio. Lo conoces demasiado bien. Más de una vez acudo a tus plantas para que me ilumines por el sendero de la fe que, últimamente, se me torna tortuoso. Estoy atravesando una mala racha en mi vida de creyente.

Tus palabras del ”fiat” resuenan en mis oídos como una invitación a que ponga mi confianza en ti y en tu Hijo. Poco a poco, sin darme cuenta y llevado por compañeros incrédulos, he dejado de vivir y practicar mi fe.

Sé que ahora vengo de nuevo ante ti para implorar de tu fe recia, profunda y centrada en

Dios, que me ayudes a recuperarla. La fe en ti fue lo fundamental para que Dios te eligiera como madre de Jesús y madre mía. Concebiste antes a tu Hijo en la fe de voluntad puesta en la manos y designios de Dios, antes que en el hecho de que el Espíritu Santo te fecundara.

Por eso, dentro de mi crisis, quiero volver a contemplar el valor indispensable de mi fe que es, al fin y al cabo, la que me hace caminar por sendas de justicia y rectitud en todos mis quehaceres.

Quiero que mi fe sea una plena adhesión a tu Hijo y ti María, como intercesora, ayúdame para que me ponga en marcha a la conquista de este don inapreciable, tan fácil de perder hoy en esta sociedad de consumo.

Oración: Madre, por más fuertes que sean mis luchas, que nunca caiga en la batalla. Haz de mí un instrumento fiel, un joven que lucha a brazo partido por conservar este regalo del cielo. Con la fe sé que todo adquiere un nuevo valor en mi vida; con ella todo lo enfoco y encuadro por las angulaciones de la belleza que provienen directamente de tu corazón de Madre y desde ti me conduces a tu Hijo. Quiero que mi vida sea una realidad asentada en la fe, y no un simple juego de palabras conceptuales.

"La Virgen María indicó a D. Bosco su campo de acción entre los jóvenes, y lo guió y sostuvo constantemente, sobre todo en la fundación de nuestra Sociedad. Creemos que María está presente entre nosotros y continúa su misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos. Nos confiamos a ella, humilde sierva en la que el Señor hizo obras grandes, para ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo" (Constituciones Salesianas, artículo 8).

Comentario: Este artículo presenta a la Virgen María íntimamente vinculada a la fundación de la Sociedad Salesiana y a la vocación salesiana. La dimensión mariana es esencial en la historia y en la vida de la Familia Salesiana. Cualquiera que conozca la Obra Salesiana, sabe que la Virgen participó en el nacimiento y desarrollo de los diversos Institutos religiosos. "Puede decirse que María Santísima es fundadora y madre de todas las congregaciones desde el cenáculo hasta nuestros días, decía D. Bosco.

En particular, María es madre y sostén de la Congregación. Este artículo demuestra la presencia eficaz de María en la actividad de la Iglesia. Como dice el Concilio, María, "asunta a los cielos...,continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad, hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada.

Me comentaba un joven educado en los salesianos: "Podré haber olvidado a los profesores, compañeros, aulas..., pero la imagen de María Auxiliadora están tan impresa en mi corazón, que no la olvido ni un solo día".

Oración: María, esta mañana me siento tan radiante de felicidad que hasta me he emocionado al recordar mis años pasados en la escuela de D. Bosco. ¡Cuántos recuerdos de infancia y de joven se agolpan en mi mente! Nombres de compañeros, de profesores, de teatro, clases, suspensos y sobresalientes...Una maravilla! Pero, María, tú bien sabes que lo más destacado de aquellos años fue la intensa devoción que te tenía y que, desde entonces, nunca jamás la he olvidado. Puede que existan días en que me despiste, pero, en general, tú formas parte de mi vida, estás en ella vivificándola con tu auxilio.

“María, presente en la fundación de la Sociedad Salesiana” (Artículo 8).

Comentario: El artículo comienza afirmando solemnemente la presencia y el papel de María en la vocación de D. Bosco y en los comienzos de su obra. María, Madre de Dios, Madre también de los jóvenes, ha demostrado por ellos una solicitud especial: en el sueño de Juanito Bosco a los 9 años, repetido otras veces, le indicó personalmente los jóvenes como campo de acción y la bondad como método pastoral.

D. Bosco, pensando en el nacimiento y desarrollo de su obra, dirá:” No podemos equivocarnos: es María quien nos conduce.

El texto de las Constituciones alude a los variados modos con que la Virgen guió y sostuvo constantemente a D. Bosco.

Como inspiradora y guía lo acompañó, con signos visibles de amor y protección, en la fundación y en el desarrollo de la Congregación y de toda la familia salesiana. “Todo es obra de María”, exclamaba; es “fundadora y sostenedora de nuestras obras”, nuestra “guía” segura. Como madre y maestra, sostuvo a D. Bosco con la bondad solícita demostrada en Caná y con la claridad de un proyecto educativo universalmente válido para formar a la juventud: el sistema preventivo.

Desde que entré en el colegio salesiano, me enseñaron que la Virgen Auxiliadora era la madre de todos. Esta frase me impactó mucho. Recuerdo que todos los días iba a la entrada al colegio a hacerle una visita. Era tal mi intimidad con ella, que desde entonces no la olvido. Es más, tengo su imagen en casa presidiendo el salón principal.

Oración: María, gracias por haber ayudado tanto a D. Bosco a fundar la Congregación Salesiana que tanto bien hace en el mundo de la juventud pobre y abandonada y en la gente popular. Quiero que seas mi Auxiliadora en este día que ahora comienzo en tu amada presencia.

Haz que tu amor se extienda sobre mi vida para que me protejas de todo mal. Gracias.

“La Congregación es guiada por Dios y protegida por María Santísima” (Artículo 8).

Comentario: Haciendo la Familia Salesiana el comentario a este artículo sigue diciendo: De verdad que podemos afirmar que “el crecer, el multiplicarse y difundirse de la familia salesiana puede decirse que es obra de María Santísima. Nuestro Fundador repetía:” La Congregación es guiada por Dios y protegida por María Santísima”.

Hablando del porvenir de la incipiente Congregación en 1867, D. Bosco narró a sus primeros discípulos el sueño de la pérgola de rosas. Pero antes les dijo:”Os he contado ya diversas cosas, en forma de sueños, de las que podemos concluir lo mucho que nos quiere y ayuda Nuestra Señora. Pero... para que cada uno de nosotros esté completamente seguro deque la Virgen María quiere nuestra Congregación, y para que nos animemos cada vez más a trabajar por la mayor gloria de Dios, no os voy a contar un sueño, sino que la misma bienaventurada Virgen quiso mostrarme. Quiere que pongamos en su protección toda nuestra esperanza.

Desde esta perspectiva comprendemos las palabras del Rector Mayor al clausurar el XXI Capítulo General:” La Congregación nació y ha crecido gracias a la intervención de María; se renueva en la medida en que la Virgen vuelva a tener el puesto que le corresponde en nuestro carisma”.

Es una maravilla que a cualquier país que llega la Familia Salesiana, al poco tiempo entra la devoción a la Virgen con el título de Auxiliadora, de una forma rápida. Sé de un barrio que, al cabo de 25 años, la gente ha pedido a la autoridad eclesiástica que proclamen a la Virgen de D. Bosco como patrona de la barriada. Miles de personas participan en el culto y en la extensión de la devoción a María Auxiliadora.

Oración: María Virgen, sea la Auxiliadora u otra imagen con otro título distinto, sé que eres la misma. Y en mi intimidad diaria contigo, deposito en ti todas mis ilusiones de joven que lucha por vivir el valor de la feminidad auténtico frente a la moda extendida de ver a la mujer como un objeto. De ti Madre, aprendo a respetar y admirar a la joven.

“María, presente en nuestra vocación” (Artículo 8).

Comentario: La confianza en la presencia activa de María entre nosotros para confirmar

su misión no puede menguar. Con D. Bosco creemos que sigue siendo la madre y maestra y de algún modo, la “pedagoga” para llevar el Evangelio a los jóvenes de hoy.

Observemos cómo el segundo párrafo destaca de modo especial la apertura eclesial y católica de la devoción de D. Bosco a la Virgen.”Quiere- decía- que la honremos con el título de María Auxiliadora”, título oportunísimo, sobre todo en los años difíciles y esperanzadores que estamos viviendo.

Ella prosigue desde el cielo, y con los mejores resultados, la misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos que había comenzado en la tierra.

La cita de D. Bosco, que une los dos títulos de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos, adquiere en nuestros días un valor particular, pues el Papa Pablo VI la proclamó oficialmente “Madre de la Iglesia” al clausurar la tercera sesión del Vaticano II.

María es un bien de toda la Iglesia. La Constitución “Lumen Gentium” y en la exhortación “Marialis cultus” describen su papel profético y su función en la Iglesia. Se ha considerado su figura con una reflexión más atenta a su modo de servir a Dios, a los hermanos y a la comunidad, más sensible a las diversas exigencias ecuménicas, más íntimamente vinculada a la cristología y a la eclesiología.

María no es sólo Madre de la Iglesia; es también su imagen. Para reanudar el difícil diálogo entre los jóvenes y la Iglesia, es preciso volver a encontrar a esta Madre: “Si queremos volver a la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, hay que volver a María”. María quiere una Iglesia que en cuerpo y alma se ponga al servicio del mundo, de los jóvenes, de los pobres, de los ambientes populares, de las exigencias culturales, pero también una Iglesia que sea materna y bondadosa.

Oración: María, en mi condición de joven, te digo que trabajo con todo mi coraje juvenil, en contra de muchos de mis colegas, por amar a la Iglesia, tan desprestigiada hoy por los políticos y el ambiente enrarecido contra ella. Dame fuerza para que, al estilo de D. Bosco trabaje por dar y ser su verdadera imagen.

“Deberíamos unir siempre los títulos de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos” (Artículo 8)

Comentario: Como discípulos del Señor, somos Iglesia: sus dificultades, sus inquietudes, sus proyectos son los nuestros; como seguidores de Cristo, sentimos que participamos dela misión mariana de Auxiliadora y Madre de la Iglesia.

Como educadores, comprendemos de modo especial el papel de María en la educación de los cristianos. “La figura de María- leemos en la Marialis cultus- ofrece a los hombres de nuestro

tiempo el modelo más acabado del discípulo del Señor: artífice dela ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celestial y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo eficaz del amor que edifica a Cristo en los corazones”.

Creemos de verdad que María es auxiliadora en el formar cristianos así; auxiliadora en la lucha titánica entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre la luz y el pecado; auxiliadora de los jóvenes en superar los pequeños temores personales y los amenazadores pánicos cósmicos.

Don Bosco nos repite:” Llamadla Auxiliadora. Se complace en echarnos una mano”. Es auxiliadora de los hijos, auxiliadora de los amigos.

Al sentirse partícipes de las vicisitudes de la Iglesia y al tener responsabilidades frente a los jóvenes, los salesianos, en sus empresas apostólicas, se encomiendan a María:” Confiados en su protección, acometemos cosas grandes”.

Es el solemne acto que renovó la Congregación el 14 de enero de 1984 al comienzo del XXII Capítulo General; es el gesto que a diario repite cada salesiano en su trabajo.

Oración: Madre Auxiliadora, al empezar este día, como salesiano e hijo tuyo, todo lo pongo en tus manos. Haz que cuanta haga con los jóvenes hoy día, sea para propagar tu devoción y para sentirme protegido por tu amor. Gracias, María.

“Ponerse en manos de María es un gesto filial que revela confianza, plenitud de amor y pertenencia total” (Artículo 8)

Comentario: lo sugería D. Bosco en 1869, al proponer un acto de filiación por el que se toma por madre a la Virgen María.

Ponerse en manos de María es iniciar es iniciar una relación de afecto, de donación, de disponibilidad, de pertenencia, de apoyo en al patrocinio de María, colaboradora de Cristo.

Las Constituciones afirman que los Salesianos nos ponemos en manos de María para ser portadores de una espiritualidad juvenil, para construir pedagógicamente el testimonio vivo de la santidad juvenil, es decir, para ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo. Es la misión que desde el principio nos indica la Regla (Const.2).

Nos encomendamos a la Madre de la Iglesia, es decir, a una madre laboriosa y constantemente solícita por su suerte en las vicisitudes de cada siglo. María es madre de los

jóvenes y de las vocaciones.

Nos encomendamos a la Auxiliadora del Papa, de los obispos y del pueblo cristiano. Nos encomendamos a la humilde sierva en la que el Señor hizo obras grandes. Esta alusión al magnificat abre un horizonte amplísimo, donde aparece en rápida secuencia la historia dolorosa del hombre y de la intervención paterna de Dios, que de su humilde sierva hace punto de apoyo para comenzar a renovar la humanidad: es historia de salvación e invitación a confiar en María.

Los salesianos tenemos la responsabilidad de saber custodiar y promover la devoción de los ambientes populares a María y de favorecer entre los jóvenes un conocimiento más profundo de su Madre Auxiliadora, que desemboque en amor y en imitación.

Oración: Señor Jesucristo, que diste a san Juan Bosco como Madre, Maestra y Auxiliadora a tu Madre Santísima, y por su medio le indicaste el campo de su misión y le inspiraste la fundación de nuestra Sociedad, sigue mirando con benevolencia esta familia tuya, y haz que sintamos siempre viva entre nosotros la presencia y la obra de María: Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos. Concédenos ser entre los jóvenes testigos de su inagotable amor.

“Detente, detente, Sulamita, detente, detente, para que te admiremos” San Pedro Damián, siglo XI).

Comentario: Me siento impelido, Virgen María, esta mañana a que te detengas en nuestras infidelidades. Ya sabes de qué estamos hechos. Tu gloria misma nos pide acudir a ti para implorar, mediante tu intercesión, la misericordia de Dios.

También acudo a ti esta mañana porque sé haces grandes cosas continuamente porque el Poderoso está en ti. Ante tu grandeza, me estimulo en el día de hoy a depositar mi confianza, mi infidelidad y tantas otras cosas en tu corazón de madre.

Detente junto a mí y junto a tantos otros que necesitamos de tu ayuda y auxilio. Quiero ser como tu amigo Damián un propagador de la confianza en ti. Nunca me defraudas. Y ante esta certeza, acudo a ti con mis faltas para que, a tu luz, comience a darme cuenta de que sólo mirando el espejo de tu integridad, me lance a ser cada día un apóstol que te admira y te hace admirar por parte de quienes estén más apartados de ti.

Me consuela esta mañana, en intimidad contigo, el hecho deque no pusieras dificultades a la acción de Dios en tu vida. Tenías el don de la admiración, del asombro ante las cosas de Dios. Falta me hacen a mí estas dos cualidades tuyas. Muchas veces, en el trayecto de la jornada, me dejo admirar por las criaturas. Y mientras en ellas veo la imagen de Dios, ¡magnífico!, pero otras veces no las contemplo de esta manera y falto a mi fidelidad al Señor y al amor que te mereces como mi madre celestial.

Un amigo mío me decía: Cada día lo paso divinamente porque sé que la Virgen se detiene ante mí para estimularme a que la mire con ojos de pulcritud.

Oración: Virgen admirable. Haz que mi día, con su trabajo y entrega a mis obligaciones, tenga siempre el perfume de tu admiración. Que no me pierda por sendas que no son dignas de la admiración que ejerces sobre mí, sino que, detenida en mi vida, la conviertas en un jardín bello para tus ojos. Gracias, madre del amor hermoso.

"¿Por qué, oh alma mía, no has sufrido con la Virgen casta, su Madre tan digna, mi Madre tan bondadosa?" (San Anselmo, siglo XIII).

Comentario: María, hoy te traigo a tus plantas mi sufrimiento. Y cuando te veo tan cercana, me pregunto: ¿Qué es el mío en comparación con el tuyo? Pienso que eres Madre de todos los hombres. Y ya ves lo que hay en la tierra: guerras, desobediencia, orgullo, abandono de los pobres, matanza de niños, abuso de su inocencia...

Todos estos dolores sacuden el alma de estremecimiento. No se siente uno a gusto con estas injusticias y padecimientos de los inocentes y desfavorecidos, es decir, de los preferidos de tu Hijo. Por más que luchamos por implantar el reino de Jesús, la gente que abusa de su libertad, se convierte- en muchas ocasiones- en la todopoderosa de este mundo sacudido por los estragos del mal.

Quisiera, como me comenta un amigo misionero, ser entre la gente una ser que repartiera a manos llenas no solamente el dinero y el bienestar, sino y sobre todo, el bien espiritual cuya enfermedad es, sin duda, el causante de los muchos males que asolan la faz de la tierra.

Madre, ¡claro que sufriste en tu alma y espíritu, la injusticia llevada a cabo con tu Hijo! No me cabe la menor duda. Por eso, al contemplar tu dulce mirada y tu aspecto de paz, se me enciende el alma de coraje para hacer el bien que esté en mis manos, unidas siempre a las tuyas.

Pero, como siempre, quiero que mi presencia ante ti no sea una retahíla de lamentos, sino un ramillete de buenos deseos que, ante tu bondad de Madre, sabes llenarlos de entusiasmo y de una nueva alegría.

Oración: María del buen dolor. Quisiera que toda mi jornada fuera una ofrenda por los que sufren la injusticia en este mundo; una ofrenda en tu presencia amada, en tu presencia transformadora, en tu presencia que me estimula a vivir estos años tan unido a ti que, desde tu mirada, comprenda y esté muy cerca del que sufre. Gracias, María.

"He aquí a plena luz la idea de la maternidad de gracia: María debe obtener del Espíritu Santo que Ella forme en nosotros el Cristo espiritual, como Ella lo ha formado según la carne, por obra del Espíritu Santo. Y ahora el servicio a la Virgen, para servir mejor al Señor" (San Ildefonso, siglo VII).

Comentario:  María, pasé sin darme cuenta, el umbral de tu capilla. ¿Qué poder fue el que me sedujo para estar un rato contigo tranquilo y sosegado?

Pienso que fue la luz que esparcías por mi corazón. Necesitaba en ese momento concreto estar contigo. Tan sólo para mirarte, tan sólo para repetir en mis labios esta palabra. Luz.

Sí, María, a estilo de los orientales, he aprendido a orar así: repetir muchas veces una palabra o dos o tres o multitud de veces hasta que haya calado en mí como el agua fina que cae sobre la tierra.

Y esta luz me ha iluminado tan profundamente esta mañana que he salido de tu presencia con el ánimo alentado por el hecho de tomar conciencia de que mi vida debe ser una transformación progresiva de Cristo en ella.

Este Cristo espiritual, misión de todo creyente, es el fundamento de mi inserción en las coordenadas que dan valor y consistencia a mi vida. María, ¡qué gran favor nos hiciste a todos al formar físicamente a Cristo en tu seno y en tu espíritu!

No sabe uno cómo agradecerte tu disponibilidad para esta misión que se repite continuamente a lo largo y ancho de la historia de todo ser humano.

Entré en tu capilla. Y me di cuenta de que esta mañana aparecías bañada de luz; sí, María, de esa luz que tanta falta me hace en a brega de cada día.

Oración: Gracias, Espíritu Santo por depositarte en el seno de la Virgen sin mancharla porque iba a ser la madre del Salvador. Gracias, María, porque, aún sin comprender nada de cuanto

te decía el ángel, dijiste la palabra más bella que resuena en la vida: “Fiat”= hágase tu voluntad.

“¡El más bello honor a mi libertad! ¡El más magnífico título de nobleza! ¡La gloriosa y segura garantía de mi grandeza, que acabará en la gloria eterna! ¡En mi pobre tristeza, yo desearía llegar a ser, para mi reparación, el servidor de la Madre de mi Señor!” (San Ildefonso de Toledo, siglo VII).

Comentario: María, buenos días. Mira, vengo a ti esta mañana, para alabarte y bendecirte por varios motivos. El primero de ellos es que, a tu lado, he comprendido y vivido la libertad en su genuino significado: tomarla y considerarla como el mayor de mis honores. Dios Padre me la dio para que fructificase en buenas obras. Tan sólo cuando la persona hace el bien a sí misma y los demás, vive la libertad como un honor. Y al revés, cuando la emplea para otros fines indignos, la desprestigia y la convierte en una deshonra.

Encuentro en ti la nobleza que supera a todos los títulos humanos. Sí, porque, ¿de qué sirven tantas medallas y halagos cuando no tienen su raíz en la rectitud? De nada. Es pura y simplemente una vanagloria. Y ésta, en lugar de engrandecer al ser humano, lo desprestigia.

Quisiera ser como tú María, un servidor de la humanidad. No con grandes acciones que me ofusquen, sino con mi vida diaria convertida en pura alabanza. Esa es mi mayor grandeza. Y la uno a la tuya para que la purifiques de todo dolo.

Lejos de mí otros sueños distintos de los que te he expresado. Quiero pasar mis días anclado, en mis sentimientos, afectos y deseos, en tu corazón de Madre que me quiere siempre. Esta es mi gloria, mi orgullo y mi grandeza: mantenerme unido a ti y a cuantos me rodean para llevarles el honor de ser creyente, gracias a tu Hijo que me ha dado gratuitamente la fe.

Oración: María, las palabras de tu hijo san Ildefonso, me han traído esta mañana los ideales por los cuales quiero que se rija mi vida. Con estas estrellas que me iluminan, no habrá noches insoportables en mi existencia, sino que todos los días transcurrirán como una aurora boreal en tu presencia. Haz que sepa usar bien de los dones de mi libertad y de todo cuanto recibo de ti, madre querida.

“Comprended, sabios de este mundo, que hace insensatos a los ojos de la sabiduría divina lo que os hace sabios a los ojos de vuestra necedad...,vosotros que no aceptáis que María sea

siempre virgen” (San Ildefonso de Toledo, siglo VII).

Comentario: María, nunca como hoy, me he dado cuenta de que la sabiduría perfecta- en lo humano- reside en ser sensato a los ojos de Dios y de los hombres.

Pero esto es muy difícil en la tierra. A veces hay la tendencia de halagar al que tiene dinero y sabe algo. Los aduladores están a la orden del día. Con sus mojigangas buscan medrar, alcanzar más poder del que merecen sus cualidades.

Estos seres no se parecen en nada a ti, la sencilla y humilde. Hoy, precisamente, al ver tu mirada tranquila y apacible fijada en todo el que viene a verte y a orarte, me has sorprendido mucho. No te pavoneas de lo que sabes. Y eso que lo que sabes es la plena seguridad.

Pero algunos sabios de este mundo, para darse de más sabihondos, atacan a tu Hijo y tienen la estupidez de decir que no tú no fuiste virgen. Claro, llevado de su orgullo y de su ciencia vana, se permiten negar lo que sus ojos no contemplan directamente. Es el misterio de la fe, el don que nos entrega tu Hijo para que lo aceptemos o rechacemos. Quienes lo rechazan, se rechazan a sí mismos en su estulticia. No hay mayor ignorancia que negar una verdad revelada por Dios.

María, ante tu presencia querida, considero una necedad todo aquello que no contribuya a darte gloria, a felicitarte de día en día, de generación en generación porque supiste aceptar aquello que tus ojos no veían, pero sí que lo veía tu fe brillante y veraz.

Decía un científico y rico: “Sólo sé que estoy en manos de Dios y de su Madre. Ellos saben todo. Yo no sé nada más que sentir admiración y amor por su obra creadora.

Oración: María, haz que me mantenga siempre sensato ante ti. Que tu luz se torne un sol en mi inteligencia para llegar más humilde a ti, y para que no me apegue a los necios.

“Ella es la rama del árbol de Jesé, la Virgen que debía ser Madre, el jardín que recibirá el germen celeste, la fuente sagrada sobre la que el cielo ha puesto su sello, esa Mujer cuya virginidad ha producido la alegría del mundo” (Himno de Pablo Diácono, siglo VIII).

Comentario: María, esta mañana vienen los frutos de mi devoción a ti como tropeles a mi jardín, pobre y sencillo, pero en el que intento plantar flores bellas que hagan honor y gloria a

la flor más bella que ha producido el universo.

Me surge una claridad especial esta mañana al verte celeste, al beber de la fuente sagrada de tu manantial de virginidad y, al contemplarte despacio, noto que los pocos frutos maduros que hay en mi ser, te los debo a ti, mi madre y amiga protectora en cada circunstancia de mi vida.

Todo revolotea alborozado por mi corazón y por mi mente en torno a tu altar. Mis ansiedades se calman ante ti. Me cobijo a la sombra de tu árbol para sentir la frescura y la brisa que se desprenden de tu amor y de tu entrega fiel a Dios y a la humanidad,

Quiero que seas mi germen celeste. Y de tal modo, María, que me apegue y me deleite en tus cosas santas, y deje que huyan de mí las sombras de las tinieblas del pecado y del mal.

Y me siento feliz porque eres la alegría viva que da sentido a cuanto hago, en nombre de tu Hijo Jesús. Pero, al ser mi madre, me acerco a ti con mayor confianza de hijo. Y te lo agradezco mucho, María, el árbol de la nueva creación.

Oración: María estás dentro de mi corazón, como la flor de un prado lo está en la tierra; me es dulce estar contigo este rato de este día, tan especial para mí. ¿Y sabes por qué? Porque hoy he visto tu faceta de madre alegre que engendra alegría en todo aquel que va en tus búsqueda.

Haz que nunca me apegue a otros placeres que me aparten de ti. Gracias, María, mi alegría y mi gracia.

“La bienaventurada Virgen es el cielo que muestra el sol de la justicia, la tierra que produce la espiga de vida, el mar que da la perla espiritual...¡Qué maravilloso es este mundo! ¡Qué maravillosa es esta creación con su hermoso jardín de virtudes, con las flores olorosas de la virginidad!” ( San Teodoro, siglo IX)

Comentario: María, al leer y meditar las palabras de tu hijo y amigo Teodoro, me quedo absorto de la intensidad de su devoción para contigo. Me gusta que te llame el cielo que muestra el sol. Los que somos amantes de la naturaleza, encontramos en ella un medio para elevar nuestra mente y nuestro cariño a Dios y a ti. Ella, la creación nueva, es una imagen de vuestra presencia en nuestra vida.

Cuando tengo días tontos, me refugio en las nubes que adornan el azulado firmamento; en la variedad de colores cromáticos que presentan las flores que dan belleza y realce al universo; en el jardín rico y variado de los seres humanos que poblamos esta tierra. En unos más que en otros crecen las flores de las virtudes que son, al fin y al cabo, las que dan claridad y riqueza a nuestras almas.

Todo es un cántico a las maravillas que nos rodean. Y a veces, llevados por otros afanes distintos, no cultivamos las esencial y columnas que embellecen nuestra persona.

Quiero, como Teodoro, ser en el día de hoy un hijo y amigo tuyo que se deleita en todo los que mis ojos contemplen. No me faltará el mejor espacio del día: los minutos que paso en tu presencia, momentos en los que me relajo plenamente de todas mis actividades, encaminadas- como sabes- a hacer de mi vida una parte de esta creación hermosa. ¡Lástima que haya gente desagradable e insensible que la estropea!

Oración: María, ¡qué guapa eres! Esta mañana te veo engalanada con las flores más lindas del universo. Y me siento feliz en decírtelo con la espontaneidad que me caracteriza. Quiero en estas horas que paso en la creación, sentirla en mi interior y, al sentirla, vivir la presencia envolvente de tu corazón en mi corazón; la imagen de Dios Creador que nos llama a completar esta obra que él iniciara al principio de la creación universal. Gracias, María, sol, gozo, virtud y mi todo.

“María es una tierra en la que no se ha introducido la espina del pecado. Al contrario, ha producido el retoño por el que el pecado ha sido arrancado de raíz. Es una tierra que no ha sido maldita como la primera, fecunda en espinas y cardos, sino que es una tierra sobre la que ha descendido la bendición del Señor, y su fruto es bendito, como dice el oráculo de Dios” (San Teodoro, siglo IX).

Comentario: María, me causas admiración por el hecho de que, al menos tú que ibas a ser la madre de Jesús, no tuvieses la espina del pecado. No sabes la gracia inestimable que te concedió Dios. Ya me ves aquí, junto a ti, percibiendo el aroma de tu virtud, el cálido amor que me profesas y al que intento corresponder lo mejor que puedo.

Pero, como me conoces bien, ya ves las dificultades con que me encuentro cada día. La espina del pecado me pincha en mis carnes doloridas. Incluso manteniendo el don de tu gracia en mi existencia y vigilando lo mejor que puedo en todo cuanto pienso, digo y hago, no me veo libre- por mi fragilidad- del pinchazo del pecado que me acecha en cualquier momento del día.

Pero te confieso, María, que me siento contento y feliz contigo. Eres el modelo al que imito dentro de mis debilidades. No quiero que mi tierra sea fecunda en cardos y espinas sino en flores que den sentido a mi bella existencia, la única que tengo. Quiero hacer de ella un prado en el que todo el mundo que me trata se sienta a gusto con el frescor de mis cualidades o virtudes, puestas a disposición de todos.

Esta tierra es bendita porque, gracias a ti, descendió sobre ella la gracia en lugar del pecado que tenía al hombre apartado de Dios. Eres, María, genial.

Oración: María, en mi corazón hay siempre sitio para ti. Mi barca es frágil y puede naufragar ante las olas impetuosas de este mundo. Mas sé que, estando siempre a tu lado, me ayudas a evitar los peligros. Tú vas siempre en mi barca, eres la capitana, me guías a buenos puertos en los que luce el faro de la esperanza, la luz de tu Hijo amado, al que me dirijo en todas mis acciones. Perdona si alguna vez quiero ir a mi aire y se me olvida contar contigo.

"En ti, como en un palacio espléndido, el Arquitecto del mundo ha establecido su morada. Y tú, porque eres la Madre de Dios Salvador, has establecido sobre su base el tabernáculo de Adán, derribado por el infierno. ¿Quién ha recurrido a tu protección sin ser prontamente liberado por ti? ¿Quién os implora sin encontrar en ti una auxiliadora. Nadie que recurra a ti se siente defraudado" (El "Acordaos de los griegos")

Comentario: María, ¡qué suerte has tenido! Nada menos que el Arquitecto del mundo ha pensado en ti para hacer de tu vida la mejor morada. No tiene parangón con ninguna otra. En ella habitará nada menos que su Hijo amado, Jesús. Gracias a tu sí el mundo ha cambiado totalmente. Si antes el infierno era la morada de cuantos morían, ahora- desde que tu Hijo resucitó- todo ha cambiado.

Me gusta mucho que la primera visita que hizo tu Hijo al resucitar, fue ir a los infiernos para sacar de allí a todos los que habían muerto antes del mejor y supremo acontecimiento de la historia: la Resurrección.

Por experiencia te digo, Virgen María, que nadie que acuda a ti con fe y confianza, se siente defraudado. Al contrario, eres tan linda y buena que a todos nos ayudas con amor sensacional, en nada parecido al amor humano que, algunas veces, se torna egoísta.

Te doy mi vida. Te hago sitio en ella para que sea una morada lo más digna posible de tu persona de madre auxiliadora. Gracias por librarme- como ayer- de aquella tentación que me llevó casi al principio de caer en ella. Pero, María, ¿quién puede cometer pecado si nuestra vida es la morada en la que habita Dios?

Oración: María, esta mañana, ante tu presencia en la capilla, me he dado cuenta de la grandeza que Dios me ha dado. También soy su morada en la que él habita. Si en cada momento viviera esta realidad, jamás sería indigno de este Huésped que me habita, me protege y me relanza por los caminos impresionantes de la virtud. Haz que siempre me acuerde de ti como esta oración de los griegos “Memorare”. Gracias.

“Ella es una arcilla divinamente moldeada por el artista divino, la materia perfectamente proporcionada para una encarnación divina, la levadura con la cual toda la masa del género humano ha entrado en fermentación” (Andrés de Creta, siglo VIII).

Comentario: María, aunque tuviera yo el cielo con todas sus estrellas y el mundo con sus tesoros sin fin, pediría más; pero yo me contentaría con estar siempre a tu lado, en la luz de tu floreciente y eterna primavera.

Sé que has sido la predilecta de Dios con vistas a que en ti naciera, habitara y estuviera su Hijo amado. Esto, sin embargo, no resta mérito a que tu arcilla se dejara moldear por quien todo lo hace bien.

No le costó mucho trabajo al Creador trabajar contigo. Fuiste una masa en la que fermentó el que ahora es el “pan de los ángeles”; fuiste la masa, que bien fermentada, dio como fruto a Jesús. Gracias a ti me siento hoy, Madre Virgen, como una pequeña levadura que, movida por el Espíritu, trabaja para que fermente en obras buenas, en actitudes nuevas frente al enemigo que pretende derrumbarme de los principios fundamentales que dan consistencia al edificio de mi persona cristiana.

Te felicito por haber permitido que en tu seno Dios trabajara a su aire, siempre divino y bienhechor para la humanidad. Tú eres el ejemplo vivo. Por eso los creyentes te quieren, te aman, te buscan y se sienten seguros a tu lado.

Desde que conocí a la Virgen y tuve la experiencia deque ella me amaba gratis, cambié de estilo de vida. Me entregué por completo a servirla con toda mi vida a ella entregada. Y me siento feliz.

Oración: Virgen María, al estar esta mañana a tu lado, y meditando estas palabras de Andrés de Creta, experimento en todo mi ser una alegría indescriptible. Tal y como te lo digo. El divino artista me ha dado un alma inmortal para que, pasados los tragos de las pruebas de este valle de gozos y de lágrimas, puede , por su bondad, entrar un día en tu compañía y ante su presencia divina, irradiante de felicidad para siempre. Gracias, María.

"El nacimiento de la Inmaculada" (Andrés de Creta, siglo VIII).

Comentario: María, hoy dejo a Andrés de Creta que haga el comentario a tu nacimiento inmaculado. Mis palabras no son tan bellas como las suyas. ¿Las recuerdas? ¡Claro que sí!

"Hoy Adán ofrece María a Dios en nuestro nombre como las primicias de nuestra naturaleza, y estas primicias, que no han sido puesta en el resto de la masa, son transformadas en pan para la reparación del género humano. Hoy se pone de manifiesto la riqueza de la virginidad, y la Iglesia, como para las bodas, se embellece con la perla inviolada de la verdadera pureza. Hoy la humanidad, en todo el esplendor de su nobleza inmaculada, recibe el don de su primera formación por las manos divinas y reencuentra su antigua belleza.

Las vergüenzas del pecado habían oscurecido el esplendor y los encantos de la naturaleza humana; pero nace la madre del Hermoso por excelencia, y esa naturaleza recobra en Ella sus antiguos privilegios y es modelada siguiendo su modelo perfecto y verdaderamente digno de Dios. Y esta formación es una perfecta restauración, y esta restauración, una divinización, y ésta una asimilación al estado primitivo. Hoy, la mujer estéril se convierte en madre contra toda esperanza; y es una madre que engendra una descendencia que no tiene madre, y nacida ella misma de la infecundidad, consagró todos los alumbramiento de la naturaleza...Por decirlo en una sola palabra: hoy la reforma de nuestra naturaleza comienza, y el mundo envejecido, sometido ahora a una transformación totalmente divina, recibe las primicias de la segunda creación".

Oración: María, me siento hoy un ser nuevo gracias a los encantos de tu virginidad, gracias a que Dios te eligió para ser la madre de Jesús y, mediante él, hemos sido injertados de nuevo en el árbol de la vida, y el árbol del pecado ha quedado abolido. Gracias, María: haz que mi obra de transformación sea cada día más vistosa y alegre de cara a mí mismo, a ti y a los demás.

“Hoy, el Creador de todas las cosas, el Verbo de Dios, compone un libro nuevo brotado del corazón de su Padre, y que escribe por el Espíritu Santo, que es la lengua de Dios” ( San Juan Damasceno, siglo VIII).

Comentario:  María, hoy, como ayer, dejo a tu hijo Juan que haga el comentario con su palabra y sentimientos cálidos.

“...Oh Hija de del rey David y Madre de Dios, Rey Universal. Oh divino y viviente objeto, cuya belleza ha encantado al Dios creador, Vos cuya alma está completamente sometida a la acción divina y atenta al único Dios; todos vuestros deseos tendieron a Aquel que es el único que merece que se le busque y que es digno de amor; Vos no tenéis cólera más que para el pecado y para su autor.

Vos tendréis una vida superior a la naturaleza, pero no la tendréis para Vos; Vos no habéis sido creada para Vos, Vos os habéis consagrado por entero a Dios que os ha introducido en el mundo, a fin de servir a la salvación del género humano, con el fin de cumplir el designio de Dios, la Encarnación de su Hijo y la edificación del género humano.

Vuestro corazón se alimentará de las palabras de Dios: ellas os fecundarán, como el olivo fértil en la casa de Dios, como el árbol plantado al borde de las aguas vivas del Espíritu, como el árbol de la vida, que ha dado su fruto en el tiempo fijado: el Dios encarnado, la vida de todas las cosas. Vuestros pensamientos no tendrán otro objeto que lo que aprovecha al alma, y toda idea no solamente perniciosa, sino inútil, Vos la echaréis incluso antes de sentir su sabor”

Oración: María, al igual que tu gloria te vino por cumplir los designios de Dios, haz que mi vida siempre esté disponible para hacer la voluntad divina y no me deje llevar de mis antojos.

Permíteme, María Virgen, que me sienta unido a ti en esta alabanza que te ha tributado tu hijo amado Juan. Entra, María, en el jardín de mi vida, y siembra en él las flores de la alabanza. Que tu maternidad revolotee, hoy, en cuanto haga.

“Retírense los vanidosos que tienen miedo de que hagamos demasiado honor a la Virgen. Ella es digna de todo el honor que pertenece a la pura criatura, tanto espiritual como corporal.

Los que no son abortos del cristianismo, sino que pertenecen a la verdadera generación de Jesucristo, aman a esta Señota, la honran y la alaban en todo y por todo: Todas las generaciones la llamarán bienaventurada” San Francisco de Sales, Sermón de Pentecostés).

Comentario: La vanidad de alguna gente es tan grande que no tienen recto juicio a la hora de honrar a la Virgen. Muchas veces es por simple soberbia: no admiten que una criatura tan especial como la Virgen sea la madre de Jesús. Otros, sumidos en el mundo de los desórdenes, no se sienten cómodos ante el espejo intachable de alguien que les recrimina con su sola, presencia, sus acciones indignas.

Algunos más, llevados por la alta consideración de sus ponderaciones ante la opinión pública, se confiesan agnósticos para, de este modo, seguir la moda reinante.

Me gustaría, Virgen María, que leyeran despacio las palabras de tu hijo Bernardo de Claraval, para que se dieran cuenta que él, sin ser menos inteligente que ellos, supo amarte y tributarte todos los honores y alabanzas que te son debidas por ser la madre de Jesús.

Son, cuesta decirlo, abortos que no han tenido la suerte de ver la luz de la fe. Y sin ella, no se puede llegar a la alabanza que nace en el corazón alumbrado por el firmamento de tu actitud ante las cosas de Dios.

María, soy de esta generación de comienzos del siglo XXI, y como dijiste en tu cántico, me considero- dentro de mi humildad- uno más de esa cadena infinita que te llamo bienaventurada.

Ante tu mundo, ahora que estoy solo en la capilla orando y meditando ante tu figura, no pintan nada los orgullosos y soberbios. Su único “dios” es el vientre y los halagos que le tributan aquellos que pueden sacar algún fruto monetario de sus relaciones.

Oración: María, te alabo, te bendigo, te canto y te digo que el gozo me llega muy hondo al saber que soy sólo una pequeña parte de la humanidad que te honra con todo su corazón.

“María es nuestra mediadora, por ella recibimos, ¡oh Dios mío! tu misericordia, por ella recibimos al Señor en nuestras casas. Porque cada uno de nosotros tiene su casa y su castillo, y la Sabiduría llama a las puertas de cada uno; si alguna la abre, entrará y cenará con él” (San Bernardo, Homilía en la Asunción de la Virgen María, 2,2).

Comentario: María, estas palabra de tu hijo san Bernardo me llenen de entusiasmo auténticamente cristiano. El hecho de saber que tú eres mi mediadora ante el Señor, es toda una garantía para sentir en todo mi ser que la misericordia del Padre está cerca de mí en mis momentos de aflicción y en los instantes en que me aparto de su senda santa.

Contar contigo como la intercesora, es para todo creyente un signo de que la devoción a tu persona es una realidad tan importante en la vida, que no duda nunca en ir a Dios mediante tu mediación.

Gracias a ti, Madre, recibo a Jesús en mi casa, está presente en mi trabajo y en todas las preocupaciones que anidan en mi corazón durante el día y la noche. Llama cuantas veces quieras. Estaré con las puertas abiertas para dar entrada a tu presencia misteriosa pero real.

Quedas invitada a todas las acciones de mi vida. A todas, porque estando conmigo, pienso que todas serán dignas de tu amor y de tu mirada de Madre sobre tu hijo que, aunque débil, se siente animado por ti para recorrer con valor todas las luchas que se me presenten en este día.

Si la gente se diera cuenta de tu mediación, acudiría más frecuentemente a ti en sus necesidades. Pero, por desgracia, María, hay gente que, hoy, prefiere pasar de todo lo que atañe a su realidad religiosa y espiritual. Se refugian en la ciencia o en el bienestar. Y basta. Para ellos sólo existe y cuenta lo que hay de tejas para abajo. Lo demás cuenta poco, todo lo más para actos luctuosos.

Oración: María, gracias por haberte prestado a ser la Medianera ante Dios de todas nuestras necesidades. Esta mañana, aquí ante tu presencia, noto que brota de mi interior una fuerza enorme que brota de tu intervención y de tu inspiración en mi vida. Media por mi y por cuantos te necesiten. Gracias, María.

“ Dispensadora universal de todas las gracias. La consecuencia de esta comunidad de sentimientos y dolores entre María y Jesús es que María mereció ser reparadora dignísima del orbe perdido y, por tanto, dispensadora de todos los tesoros que Jesús nos conquistó con su muerte y con su sangre” (San Pío X, Encíclica “En aquel día, 2-11-1904).

Comentario: María, por los caminos, me pierdo. Estaba hundido en estos últimos días por acontecimientos políticos horribles que manchan la fe de mi país. Este dolor lo h unido al tuyo y al de tu Hijo Jesús.

Y estando sumido en estas circunstancias, me vienen a la mano la mano las palabra del papa Pío X. Te advierto, María, que me han llenado de un consuelo intenso y profundo. He comprendido que tú eres la dispensadora de todos los tesoros que Jesús nos conquistó con su muerte

en la cruz.

Estas palabras, leídas a prisa y corriendo, no dicen mucho. Pero esta mañana soleada y aquí ante tu presencia, adquieren un valor incalculable. De hecho, a medida que pasan los minutos contigo, experimento una paz y una tranquilidad que antes no tenía.

Saber que eres quien reparas lo malo que hacemos, es, María, un consuelo tan grande y tan íntimo que no hay quien lo pueda descubrir a no ser que se entregue a ti con la confianza con la que yo me entrego a ti en este momento.

Al igual que tú eres la dispensadora y la digna reparadora del orbe, haz que en mi pequeñez repare todo lo indigno que haya a mi derredor y en mí mismo.

Oración: María, te felicito y te alabo por el dignísimo papel que desempeñas con la humanidad. Te pido que derrames sobre mí tu gracia abundante para que, con ella y por ella, pase un día muy dichoso en tu compañía y la de todos los que conviven a mi derredor. Que nunca me sienta tan mal como estos días pasados. Ahora sé que tú me dispensas los tesoros de tu Hijo y de tu amor para que crezca felizmente con ellos.

“María es puerto de los que naufragan, consuelo del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos” (San Alfonso María de Ligorio, Visitas al Santísimo Sacramento, 2).

Comentario: María, al despertar esta mañana, me encontré con unos deseos inmensos de venir a verte. No sé por qué exactamente. Percibía en mi corazón que necesitaba estar contigo. Y abriendo mi libro de reflexiones sobre ti, me encontré con estas palabras de san Alfonso.

Ellas me llevaron a pensar en seguida en mis amigos marineros que trabajan lejos de la patria para traer el pescado que alimentará a mucha gente. Pensé en sus peligros, en sus duros trabajos, en su alejamiento de sus seres queridos. Y, sin más, empecé a orar por ellos.

Igualmente, me vino a la mente, María, orar por los que sufren cárcel por causa de la fe en tu Hijo. Son muchos los que sufren persecución por causa de la defensa de su fe aún a costa de su vida. Vale tanto el don de la fe en tu Jesús que no tienen inconveniente en dar su vida por anunciar ante estas sociedad laicista que la alegría auténtica se encuentra en vosotros.

Y tú, María, eres la intercesora de la gente que sufre penalidades por cualquier causa, pero sobre todo, por causa de los dones y riquezas que provienen de la exigencia y compromiso que entraña la fe verdadera.

También María, mi pensamiento ha volado a cada habitación de los hospitales o al rincón de cada casa para, con la fuerza de mi oración, llevar energía a todos los enfermos que, unidos a ti y a tu Hijo, están contribuyendo- con su dolor- a la purificación del mundo.

Oración: Déjame, María, que te apriete en mi pecho, que te estreche con mi corazón. Cuando la noche se calle, haz que mi respiración sea el signo de que estoy unido a todos los que padecen cualquier necesidad en cualquier lugar de este vasto universo.

Y cuando salgan las estrellas, haz que siga unido a todos ellos y ellas con la ilusión de que tú les proteges siempre. Gracias.

“Las madres no contabilizan los detalles de cariño que sus hijos les demuestran; no pasan ni miden con criterios mezquinos. Una pequeña muestra de amor la saborean como miel, y se vuelcan concediendo mucho más de lo que reciben. Si así reaccionan las madres buenas de la tierra, imaginaos lo que podemos esperar de nuestra Madre Santa María (J. Escrivá de Balaguer, Amigos de Dios, 280).

Comentario: María, ¿qué tendrán nuestras madre que en todo momento están dispuestas a darlo todo sin esperar nada a cambio? Tienen sencillamente el alma llena de amor. Y éste no se puede pesar en ninguna balanza del mundo. Su calidad es tan enorme que no cabe en ninguna medida de pesar.

Y de esto, María, tú sabes más que nadie. Me imagino la de gente que cada día- en este momento- vuelve su mirada a ti. Con todos y cada uno tienes atenciones espirituales que ni siquiera podemos sospechar.

Tú adivinas nuestros pensamientos, tú, al vernos desvalidos y en peligro, nos echas una mano tan poderosa que salimos a flote una y otra vez. Perdona, María, si no sé darte las gracias. Alguna vez es por mi olvido, no porque no te tenga presente en cada instante en mi vida, a la que le aportas la novedad de un niño que abre los ojos al rostro de su madre para sentirse amado y acariciado.

En toda persona que tiene dificultades, quiero, María, que seas el tonificante de su alma. Embellece su existencia enviándoles besos de amor limpio y transparente como los que tú das de manera espiritual a cada uno cuando lo necesita y siempre. Tú estás en el cartel de la actualidad permanentemente.

A través de ti, el Señor moverá montañas.

Oración: María, esta mañana en tu iglesia, siento un júbilo especial. Me alucina el cariño tan intenso que nos tienes. Pues si el de nuestra madres de aquí abajo es admirable y bueno, el tuyo es la misma dulzura, la bondad personificada, el detalle constante para que salgamos de la rutina y, puestos en tus brazos de amor, nos lancemos a la aventura de la conquista de tu devoción ferviente. Gracias.

“La muerte vino por Eva, la vida por María” (Vaticano II)

Comentario: María, empleo esta mañana las palabras que el Concilio Vaticano II te dedica a ti cuando habla de que eres Corredentora de la humanidad.

“Con razón piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres.

Como dice san Ireneo, obedeciendo se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano. Por eso no pocos Padres antiguos afirman gustosamente con él en su predicación que el “nudo de desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María mediante su fe”; y, comparándola con Eva, llaman a María “madre de los vivientes”, afirmando aún con mayor frecuencia que la muerte vino por Eva, la vida por María”.

María, de verdad, te digo con el corazón en la mano, que esta mañana siento cómo por decir sí a Dios en el momento de la Encarnación, nos abriste a todos las puertas del cielo. Ya nadie habla de la antigua Eva, sino de la nueva por la que nos ha llegado la vida nueva que emana de tu entrega generosa al género humano.

Tan feliz me encuentro, que aquí, junto a tu altar, te presento hoy a los niños, a los jóvenes, adultos y ancianos para que los abraces a todos con tu gran cariño. Necesitan todos de tu presencia. No sé qué tienes, María, que a todos les caes bien. Quizá sea por esta obediencia enriquecedora para ti y para todos cuantos sentimos ahora la alegría de la Resurrección de tu Hijo en nuestras nuevas vidas.

Oración:  María, desde mi intimidad contigo, no me canso de alabarte con todos los hombres y mujeres de la tierra. Eres la bienaventurada, la amable, la cordial, la madre nueva que nos ha traído al Salvador de todos por tu acto de fe absoluta en la amada voluntad de Dios.

Al darte hoy las gracias, uno a mi gratitud la de todos los seres que te sienten cercana como alguien que contagia de vida nueva a quien se acerca a ti.

"En todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, después de Dios, hemos de concebir una gran confianza en la Virgen María" (Santo Cura de Ars, Sermón sobre la esperanza).

Comentario:  Lo querían echar del seminario porque su inteligencia no brillaba a gran altura. Era normal. Sin embargo, gracias a su intensa confianza con la Virgen, logró que le ordenaran de sacerdote. Y aquel hombre sencillo se convirtió en el confesor de reyes, obispos y gente ilustre de Francia y otros lugares.

Sus palabras quedan esta mañana esculpidas sensiblemente en mi vida.  Y quedan porque quiero parecerme a él en todo cuanto se refiere a su honda devoción a la Señora. Por eso, María, tú sabes muy bien que cuando tengo una alegría te la comunico; cuando la pena asalta mi vida, también te la digo. Eres mi madre y mi amiga íntima.

Si mi madre me acostumbró a rezarte, a hablarte fue con su propio testimonio. ¡Con que gozo indescriptible guardo en mi corazón el rato que te dedicaba cada noche a hablarte y a pedirte por sus hijos!

¡Con qué lentitud te hablaba! Ella, que había estado todo el día trabajando para sacar adelante a sus siete hijos- se quedó viuda a los 35- no se olvidaba nunca de rezarte. Y su mirada devota hacia ti, María, la guardo intacta en mi memoria.

Tampoco era muy inteligente. Bueno, no sé, porque desde pequeña se puso a trabajar, pero mantuvo hasta el último suspiro de su vida un gran sentido común. Y justamente, cuando le quedaba un minuto de vida, me dijo: hijo, ¿cuándo me voy al cielo? En seguida, mamá. Y rezando la Salve- su oración preferida- al llegar el amén pasó junto a ti, Virgen María  en el cielo.

Oración: Virgen María, te doy las gracias por mi madre y por todas las madres que, educadas en tu devoción, saben transmitirla a su hijos. Ellas son los pararrayos en los cuales se descarga nuestro amor y nuestro cariño.

Por eso, cuando ella falta, se redobla en mi corazón el afecto y la sentida devoción a ti. ¡Qué a gusto me siento a tu lado! ¡Cuántos favores me concedes cada día en la salud física y

en la espiritual! Gracias, Madre Virgen.

Madre de la Iglesia. “Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a maría Santísima Madre dela Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título” (Pablo VI, Discurso en el Concilio Vaticano II, 21-11-1964).

Comentario: Juan Pablo II habla de la Virgen María con estas palabras que merecen esta mañana tu meditación y tu alabanza.

“Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la madre: mujer, he ahí a tu hijo (Juan 19,26).

Así, de un modo nuevo, ha legado su propia Madre al hombre: al hombre, a quien ha transmitido el Evangelio. Lo ha legado a todo hombre. La ha legado a la Iglesia en el día de su nacimiento histórico, el día de Pentecostés. Desde aquel día toda la Iglesia la tiene como Madre. Y todos los hombres la tienen como Madre.

Entienden como dirigidas a cada uno las palabras pronunciadas desde la Cruz. Madre de todos los hombres. La maternidad espiritual no conoce límites. Se extiende en el tiempo y en el espacio. ¡Alcanza tantos corazones humanos!

Alcanza a las naciones enteras” ( Juan Pablo II, Audiencia general, 19-1-1979).

Virgen María, tengo la suerte de vivir en la tierra que llaman de María Santísima. Ayer te hablaba de mi madre. Y hoy te hablo de mi pueblo que, en cualquier rincón de ciudades o aldeas tienes tu santuario en el que te honran tus hijos. Se nos achaca de que somos muy mariano. En exceso, según algunos. Pero tú sabes, como nadie, que a través tuya se va más derecho y confiado a tu amado Jesús.

Oración: María, las palabras del Papa me han alegrado hoy un montón. Tu maternidad espiritual me engrandece de un orgullo sano. Hoy, Virgen, que tanta aberración existe contra la mujer, dirijo mi petición por ellas y cada una. Haz que habla, escriba y trate bien a todas y cada una. Gracias.

“En la sociedad actual, en la que falta mucha fe, una de las preguntas más frecuentes de alguna gente es sobre la virginidad de María”.

Comentario: María Virgen, ya sabes lo que piensa alguna gente de tu virginidad. En tu nombre, voy a elegir a varios santos ilustres que hablan de este tema. “Si alguno confiesa, de conformidad con los Santos Padres, que la santa Madre de Dios y siempre virgen e inmaculada María, propiamente y según la verdad, concibió del Espíritu Santo, sin cooperación viril, al mismo tiempo Verbo de Dios, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo indisoluble su virginidad incluso después del parto, sea condenado” (Concilio de Letrán, año 649. Contra los monoteletas. C.3;Dz 503).

Así engalanada con las joyas de estas virtudes, resplandeciente con la doble hermosura de su alma y de su cuerpo, conocida en los cielos por su belleza y atractivo, la Virgen regia atrajo sobre sí las miradas de los que allí habitan, hasta el punto de enamorar al mismo Rey y de hacer venir al mensajero celestial. (San Bernardo, Homilía sobre la Virgen madre, 2).

Debemos profesar una ferviente devoción a la Santísima Virgen, si queremos conservar esta hermosa virtud; de lo cual no nos ha de caber duda alguna, si consideramos que ella es la reina, el modelo y la patrona de las vírgenes. San Ambrosio llama a la Santísima Virgen señora de la castidad; san Epifanio la llama princesa de la castidad; y san Gregorio, reina de la castidad”.

Oración: Virgen pura, Virgen santa haz que, ante las dificultades de un mundo que aprecia poco este don, concede a quienes te aman con esta virtud, que encuentren en ti una madre y una ayuda para no dejarse llevar por el instinto, sino que en el estado que hayan elegido vivan el saludable equilibrio de la virtud.

Y gracias a los Santos Padres que han hablado de ti en lo referente a este materia de tu vida con tanta fe y convicción.

Envía tu luz a esta sociedad cuyos ejes para muchos son aquellos que se mueven en torno al placer, el dinero y el poder.

“Como el océano recibe todas las aguas, así María recibe todas las gracias. Como todos los ríos se precipitan en el mar, así las gracias que tuvieron los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes se reunieron en María” (San Buenaventura, Speculi, 2).

Comentario: María Virgen, me quedo alucinado ante las palabras de tu fiel amigo e hijo

Buenaventura. Se nota que era un enamorado de la naturaleza por la aguda contemplación de los ríos, los mares y las flores.

Pero también echa una mirada a todo el ejército digno de las personas que dieron su vida por el ideal cristiano: los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, que dieron su vida entera por amor a tu Hijo, los que supieron vivir en los principios evangélicos y las y los que hicieron de su vida una consagración virginal de sus vidas a imitación, María, de tu vida y de la de tu Hijo.

Si esta sociedad se moviera por los principios evangélicos, todo sería distinto. La convivencia entre las personas sería un pequeño paraíso. La guerra, las ideologías que luchan contra la verdad eterna se apagarían como la hoguera con el agua intensa que cae del cielo.

Quiero ser, Virgen María, una persona que sea portador de las gracias que he recibido de ti y de tu Hijo. Mi vida tiene sentido en la medida en que estoy unido a ti.

Uno a mi corazón de amigo e hijo tuyo a todos los hombres y mujeres que pueblan la tierra. Ojalá que para todos brilla el océano inmenso de tu Madre de todas las gracias. Ninguna persona que esté a tu lado, derramará de sí el agua que irá a parar al bien de los demás.

Oración: Virgen, hoy me queda extasiado ante tu presencia aquí en tu capilla. Este rato me sirve para sacar fuerzas para irme a mi trabajo, llevando en mi ser el gozo de vivir en tu presencia llena de gracias. Seré agua vivificadora que ayude a transformar la vida de cuantos me rodea, no por mí, sino por la unión que tengo contigo y con tu Hijo. Gracias.

“Mujer, eres tan grande y tanto vales, que quien quiere una gracia y no recurre a ti, pretende volar sin alas” (León XIII, Encíclica Augustissimae Mariae).

Comentario: María, ya ves que no recurro a libros, salvo la frase que introduce la frase que motiva mi meditación. Intento, Madre, que esta frase introductoria me ilumine en mi conversación contigo.

Esta sociedad en la que vivo, tiene problemas diarios de maltrato y asesinato de mujeres. No me explico que en el siglo XXI haya todavía una concepción tan antigua de la mujer. Se

las considera con menos valor que el hombre. Se abusa de ellas en lo sexual, en la parte del trabajo cobran menos dinero y, para colmo, como hoy ha tanta permisividad en las relaciones sexuales, muchos empiezan muy pronto a tenerlas como una garantía- dicen- para conocerse mejor. En el fondo- en muchos casos, como se ve- es un puro chantaje porque, al cabo de no mucho tiempo., se separan o se maltratan hasta la muerte.

La mujer vale lo mismo que el hombre. Pero esta sociedad, que avanza tanto en lo tecnológico, sigue anticuada en el trato y en el respeto que merece la mujer.

Cuando alguna vez he asistido a divorcios, la razón que esgrime uno de los contrayentes- entre otras- es que se ha enamorado de otra más joven. Lo siento, Madre, por los hijos.

Son, como dice el Papa León XIII, dos personas que se han unido pero sin las alas del amor auténtico y de la mutua aceptación de por vida. Se unen temporalmente. Una señal evidente de que no se aman de verdad de la buena.

Oración:  María, hoy mi oración va dirigida a tu corazón de Madre con el ruego de que cuides a las mujeres que contraen matrimonio. Te pido que maduren su preparación, que no se arriesguen por la sola química, sino que, tras un tiempo de estudio serio de mutuo conocimiento y aceptación sacrificial, se unan para siempre.

No es nada fácil para muchos que, sin fe, buscan otros fines distintos a los reales.

“Eres todo hermosa, amiga mía, no hay mancha en ti” (Cantar de los Cantares 4,7).

Comentario: Madre, hoy, a pesar de lo que dije ayer, dejo mi voz a los sabios y santos que hablan de tu nombre.

“ El nombre hebreo de María se traduce por Domina en latín; el Ángel le da, por tanto, el título de Señora (San Pedro Crisólogo, Sermón sobre la Anunciación de la Bienaventurada Virgen María, 142).

El nombre de María significa “estrella del mar” y se adapta a la Virgen Madre con la mayor proporción (San Bernardo, Homilía sobre la Virgen Madre, 2).

Con razón se la llama “María”, que significa “iluminada”: El Señor llenará tu alma de resplandores (Isaías 58,11), y significa además “iluminadora de otros”, por referencia al mundo entero; y se la compara a la luna y al sol (Santo Tomás de Aquino, Sobre el Avemaría, 1,c., 182).

La palabra María significa en hebreo estrella del mar, y en sirio Señora. Y con razón, porque mereció llevar en sus entrañas al Señor del mundo y a la luz perenne de los siglos (San Beda, en Catena Aurea, vol. V, p. 36).

Es tu cuello cual la torre de David, adornada de trofeos, de la que penden mil escudos (Cantar de los Cantares 4,4).

Antes que los abismos fui engendrada yo, antes que fuesen las fuentes de abundantes aguas (Proverbios 8,24).

Tus testimonios son verídicos en grado sumo, conviene a tu casa la santidad. ¡Oh Yahvé!, por transcurso de los días (Salmo 92).

Oración: María, ¡qué bello nombre y qué realidad en mi vida personal! Sin ti no doy un paso adelante ni atrás. Te llevo en mi corazón como mi amiga y Señora, mi luz para que nunca me extravíe por caminos que no se correspondan con la dignidad de ser tu hijo amado. Gracias por todo, María Virgen.

“María en la Biblia”

Comentario: También, en esta mañana preciosa de primavera, cuando mis ojos contemplan tantas y variadas flores, no hay nada mejor para hablar contigo que traerte a tu memoria , y sobre todo a la mía, palabras reveladas que hablen de ti.

“Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. Venid a mí cuantos me deseáis, y saciaos de mis frutos. Porque recordarme es más dulce que la miel, y poseerme, más rico que el panal de miel (Eclesiástico 24,26).

Amo a los que me aman, y el que me busca me hallará (Proverbios 8,17).

Y cantarán saltando de júbilo: “En ti están mis fuentes todas” (Salmo 86,7).

Tú, orgullo de Jerusalén; tú, gloria de Israel; tú, honra de nuestra nación; por tu mano has hecho todo esto, tú has realizado esta hazaña a favor de Israel. Que se complazca Dios en ella. Bendita seas tú del Señor omnipotente por siempre jamás. Amé (Judit,15,10).

¿Quién es ésta que se levanta como aurora, hermosa cual luna, resplandeciente como un ejército en orden de batalla? (Cantar de los Cantares 6,10).

Muchos hijos han hecho proezas, pero tú a todas sobrepasas (Proverbios 31,29).

Bienaventurado quien me escucha y vela a mi puerta cada día, guardando las jambas de mis puertas (Proverbios 8,34).

Oración: María, ¡felicidades! ¡Qué bien habla de ti la palabra revelada en las sagradas Escrituras! Quiero ser bienaventurado esta mañana estando un día más a tu puerta, escuchando tu palabra y admirando con la Biblia los ricos dones que Dios te ha concedido para nuestro bien.

“Un hijo bienamado desea la presencia de su madre, y la madre, a su vez, aspira a vivir con su hijo” (San Germán de Constantinopla).

Comentario: Este santo es del siglo VIII. Sus palabras, tan sencillas y cariñosas, me sirven esta mañana para estar contigo. Con él enciendo la lámpara de mi corazón para que se sienta dichoso aquí a tu lado.

Un hijo bienamado desea la presencia de su madre, y la madre, a su vez, aspira a vivir con su hijo. Por eso, era justo que subieras con tu hijo, tú, cuyo corazón quemaba de amor por Dios, el fruto de tus entrañas; era justo también que Dios, en el afecto completamente filial que tenía por su Madre, la llamase cerca de él, para que ella viviese allí en su intimidad. Así, pues, muerta a las cosas caducas, tú has emigrado hacia los tabernáculos eternos donde Dios tiene su morada, y además, oh Madre de Dios, tú no abandonarás ya su dulcísima compañía. Tú has sido la casa de carne donde él ha reposado.

El te ha atraído hacia sí, libre de toda corrupción; queriendo, si puedo expresarme así, mantente junto a su boca y a su corazón.

He aquí por qué todo lo que le pides para tus hijos, sobre todo los que peor lo pasan, él se lo concede y pone su virtud divina al servicio de tus súplicas”.

Creo que es la confianza más grande que puede surgir de mí esta mañana: ser consciente de que cuando se recurre a ti, con la voluntad puesta en tu corazón- no en nuestros caprichos- logramos que te pedimos. Puede que no sea justamente lo que te pedimos, sino otras gracias mayores que, a veces, tardamos en ver con claridad.

Hacer tu voluntad, María, me hace sentirme frágil. De esta forma desaparece mi orgullo y soberbia.

Oración: Este mañana, María Virgen, quiero expresarte la confianza que me inspiras como Madre. Y me inspiras todo porque siempre llenas mi corazón de buenos y deseos. Porque impulsas mi voluntad a hacer el bien por los demás. Eres la expresión inefable para mi vida que, aunque con mis debilidades, intento que siempre esté en contacto contigo.

“Oh tú completamente casta, totalmente llena y buena de misericordia, Soberana, consuelo de los cristianos”(San Germán, siglo VIII).

Comentario: Sé, Madre que te complaces con mi canto de hijo amigo. Eres, siguiendo las palabras de tu hijo Germán, el más seguro refugio de los pecadores, el más ardiente alivio de los afligidos, no nos dejes como huérfanos privados de tu socorro. Si somos abandonados por ti, ¿dónde nos refugiaremos?

¿Qué nos sucedería, oh santísima Madre de Dios? Tú eres el espíritu y la vida de los cristianos. Así como la respiración aporta la prueba de que nuestro cuerpo posee todavía su energía viviente, así tu santísimo nombre incansablemente pronunciado por la boca de vuestros servidores, en todo tiempo y lugar y de toda manera, es más que la prueba, es la causa de la vida, de la alegría, del socorro para nosotros.

Protegednos bajo las alas de vuestra bondad, Sed nuestro socorro por vuestras intervenciones. Concedednos la vida eterna, tú que res la esperanza incomparable de los cristianos. Pues nosotros somos pobres en obras y en los modos de actuar de Dios; y al contemplar las riquezas de la misericordia que nos muestras, podemos decir: “La tierra está llena de la piedad del Señor. Nosotros estábamos alejados de Dios por la multitud de nuestros pecados; pero, gracias a ti, nosotros hemos buscado a Dios y le hemos encontrado; y por haberle encontrado hemos sido salvados.

Poderoso es tu socorro para nuestra salvación, Madre de Dios; no se tiene necesidad de

otro mediador cerca de Dios”.

Oración: María, gracias a tu “Sí” hemos sido hechos criaturas nuevas. Hemos sido salvados del mal del pecado. Quiero ser agradecido contigo. Me encanta tu disponibilidad a los deseos de Dios. Por eso mi corazón anhela ser como música que ilumine mi conciencia, alegre mi cuerpo y me sienta plenamente unido a ti.

“Experiencia de la maternidad de María” (San Germán de Constantinopla, siglo VIII).

Comentario: Dejo hablar a este santo de hace tantos siglos. Sus palabras calan hondamente en mi alma como el rocío mañanero.

“ Es verdad, esta divina Madre ya no está corporalmente con nosotros; pero no está rota toda relación entre ella y loe exiliados de la tierra.

Sí, Virgen Santísima, tú vives espiritualmente entre nosotros; y la incesante y gran protección con que os rodeáis es la prueba de esta comunidad de vida. Todos nosotros seguimos vuestra voz; y todas nuestras voces llegan hasta tus oídos. Nos conoces para protegernos, y nosotros, por nuestra parte, te reconocemos en los socorros que nos vienen de tu mano.

No, la muerte no ha interrumpido las relaciones entre tú y tus devotos. Aquellos de los que tú has sido la salvación, no los habéis abandonado, pues tu alma está siempre viva, y tu carne no ha sufrido la corrupción del sepulcro. Tú velas sobre cada uno de nosotros, oh Madre de Dios; nadie escapa a tu mirada compasiva.

Nuestros ojos, es cierto, están impedidos de verte, oh Virgen Santísima; pero tú no dejas de vivir en medio de nosotros, manifestándote de diferentes formas a los que juzgas dignos...y, sin embargo, tu Hijo te ha llamado libre de toda corrupción a su eterno descanso”.

Oración: María, el hecho de saber que eres mi Madre espiritual, me conforta y me ayuda

en cada instante de esta jornada que ahora comienzo bajo el manto de tu amada presencia.

Quisiera que ante tu mirada de Madre, me sintiera hoy tan renovado y con tantas ganas de alabarte que, sin duda, me uno a todos los que, de alguna u otra forma, te cantan, te bendicen y te proclaman la madre espiritual. Hoy, este aspecto del espíritu, hace más falta que nunca para el crecimiento y la fortaleza de nuestra fe en la adversidad.

"La carta dogmática de Sofronio"

Comentario: "Después del sínodo de Jerusalén del 634, el patriarca de Jerusalén, San Sofronio, envió una larga carta en forma de profesión de fe. La autoridad de esta exposición de la creencia católica es muy grande porque fue aprobada por los Padres del VI Concilio Ecuménico, celebrado en Constantinopla en el 680-681. Nada ha hecho penetrar más eficazmente en el misterio de María que la comprensión del plan redentor. Es por lo que esta contemplación admirable, en donde el lugar de la Madre de Dios es visto de un modo tan fuerte y sobrio a la vez, es una de las mas grandes páginas que hayan sido escritas en su honor.

Se verá una postura análoga a la adoptada por el Papa Pío IX en la primera página de la Bula "Ineffabilis".

En cuanto a la Encarnación, yo creo que Dios Verbo, el Unigénito, del Padre, que ha nacido antes de todos los siglos y de todos los tiempos, en la impasibilidad del mismo Dios y Padre, lleno de piedad, en su amor por los hombres, por nuestra naturaleza caída, por su libre decisión, por voluntad de Dios que le ha engendrado, y con el divino consentimiento del Espíritu, sin abandonar el seno de su Padre, descendió hasta nuestra bajeza.

Según la voluntad común del Padre y del Espíritu, y según su naturaleza y su ser infinito, no sufriendo ninguna limitación, ignorando nuestras infidelidades sucesivas, obrando por naturaleza de forma totalmente divina, ha penetrado en el seno completamente resplandeciente de virginal pureza de María, la Santa y radiante Virgen, llena de una divina sabiduría, y exenta de toda mancha del cuerpo, del alma y del espíritu.

Se encarnó, El, el incorpóreo; tomó nuestra forma, El, que, según la esencia divina, era exento de forma en cuanto al exterior y a la apariencia; tomó un cuerpo como el nuestro, El, el inmaterial, y se convirtió en un verdadero hombre, sin dejar de ser reconocido como Dios".

Oración: Madre, me he quedado admirado de que hace tantos años, hablaran con tanta precisión de palabras de tu ser original y de ser Madre de Jesús. ¡Qué riqueza y profundidad de lenguaje! Madre, buenos días. Protégeme de todo mal.

“Se le ve  llevado en el seno de su Madre, a él, que está en el seno del Padre Eterno” (Carta de san Sofronio)

Comentario:  El, el intemporal, recibe un comienzo en el tiempo; todo esto, no sin motivo, sino aniquilándose verdadera y realmente por completo, por voluntad de su Padre y de la suya, y asumiendo toda nuestra miseria humana, tomando una carne consustancial a nosotros, un alma racional, semejante a la nuestra, un espíritu idéntico al nuestro.

Puesto que es en esto en lo que consiste el hombre.

Y El, se ha convertido en verdadero hombre por la sublime concepción de la Virgen Santísima.

Pues El ha querido hacerse hombre para purificar lo semejante por- lo semejante, salvar al hermano por el hermano, iluminar lo idéntico por lo idéntico.

He aquí por qué una Virgen Santa es elegida; Ella está santificada en su alma y en su cuerpo, y al ser pura, casta e inmaculada, Ella se convierte en la cooperadora de la Encarnación del Creador”.

María Virgen, gracias por haberte prestado a tan digna colaboración con el Padre y el Espíritu Santo. Gracias a tu sí ferviente y a tu fe confiada, hoy te llamo mi madre y, al igual que yo, millones de personas ahora mismo te están invocando, alabando y ensalzando tu dignidad y, sobre todo, tu atención materna para con cada ser en concreto.

Me ha hecho mucha ilusión descubrir estas palabras tan antiguas pero que te reflejan a ti y todo el misterio de nuestra fe con claridad de conceptos y palabras precisas.

Oración:  María, te invoco esta mañana, antes de que empiece la jornada, con mi corazón contento y feliz. Reconozco tu grandeza y al mismo tiempo tu humildad. Sé que ahí, desde este pequeño altar que visito cada mañana, me siento seguro a tu lado. Gracias.

“Himno de la Liturgia de san Basilio el Grande”

Comentario: Este pequeño himno data sin duda del siglo VI. La idea repetida de alegría que se encuentra en él, tiene su origen en el saludo de Gabriel, que es explícitamente, en griego, un deseo de alegría.

Mientras que en la liturgia y la piedad latinas el Ave es sólo un saludo, los orientales perciben en la palabra del ángel nuestro Gaude.

- Tú eres un motivo de alegría para toda criatura,
- Coro de los ángeles y del género humano,
- ¡oh llena de alegría!

- Templo santo. Paraíso espiritual. Gloria virginal.

- Pues de Ti es de quien Dios ha tomado carne,

- Y de quien se hizo pequeño niño Aquel

- Que, desde antes de los siglos, es nuestro Dios.

- Así, pues, de tus entrañas El ha hecho un trono,

- Y ha vuelto tu seno más amplio que los cielos.

En eslavo, donde este himno se utiliza en la liturgia, la palabra traducida por trono significa igualmente altar.

Oración: María Virgen, desde este altar de tu capilla te canto y te digo mil veces la palabra alegría; y la digo de tal forma que vaya entrando despacio en mi alma. Quiero que todo mi ser, a tu imagen, sea una forma clara de cantarte, felicitarte y pedirte que me des tu bendición.

La necesito en este día de modo especial porque tengo que resolver algunos asuntos y deseo que todo se haga según la voluntad del Evangelio.

“Escribe san Cirilo de Alejandría: Defensor de la maternidad divina de María”.

Comentario:  San Cirilo es el gran defensor de la maternidad divina. Hacía ya mucho tiempo que el título de “Madre de Dios” había sido dado a María. Nestorio, patriarca de Constantinopla, lo atacó. Cirilo, patriarca de Alejandría desde el 412 y la más alta autoridad doctrinal del Oriente, tomó parte con una apasionada violencia, y enviado por el Papa Celestino, obtuvo en el Concilio Ecuménico de Efeso, en el año 431, la condenación de Nestorio.

Por austero que sea el texto que sigue, nos ha parecido indispensable ponerlo aquí. Tiene la hermosura de una afirmación dogmática. En esta época solemne en que la Iglesia habla infaliblemente para proclamar a María Theotokos, es preciso oír la explicación de este término según su principal defensor.

Carta a los monjes de Egipto, antes del Concilio de Efeso, para ponerles contra la herejía de Nestorio: “...Me asombra que haya gente que se haga esta pregunta: ¿debe o no debe llamarse a la Virgen maría Madre de Dios? Pues si Nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿cómo la Virgen, que le ha puesto en el mundo, no va a ser Madre de Dios? Esta es la creencia que nos han transmitido los Santos Apóstoles, aunque no se sirvieron de este término. Esta es la enseñanza que hemos recibido de los Santos Padres. Y muy particularmente de nuestro Padre de venerable memoria, Atanasio, que durante 46 años iluminó la sede de Alejandría, y opuso a las invenciones de los heréticos impíos una sabiduría invencible y digna de los Apóstoles.

Atanasio, que ha invadido con el perfume de sus escritos el universo entero, y a quien todos rinden testimonio por su ortodoxia y por su piedad; Atanasio, en el tercer libro del tratado que compuso sobre la Trinidad santa y consustancial, llama varias veces a la Virgen María Madre de Dios”.

Oración:  Gracias, Madre, por la gente inteligente que ha sabido con su sabiduría transmitirnos tu maternidad divina.¡Qué honra y qué gloria la tuya y la nuestra!

“San Ambrosio muestra cómo la vida- en este texto la práctica de la virginidad- da una visión de las realidades espirituales, gracias a lo cual se percibe lo que representan algunas frases del Evangelio. Se ve esbozarse un retrato moral de María y se comienza a penetrar en su interior, como señalará Olier” (San Ambrosio).

Comentario:  Estas palabras datan del año 377. Hoy, estas palabras suenan a chino para mucha gente.¡Allá ellas!

“¿Qué más noble que la Madre de Dios? ¿Qué más espléndido que aquella a quien ha elegido el esplendor? ¿Qué más casto que la ha engendrado el cuerpo sin mancha corporal? ¿Y qué decir de sus otras virtudes? Ella era virgen, no sólo de cuerpo, sino también de espíritu. A ella nunca el pecado ha conseguido alterar su pureza: humilde de corazón, reflexiona en sus resoluciones, prudente, discreta en palabras, ávida de lectura; no ponía su esperanza en las riquezas, sino en la oración de los pobres; aplicaba al trabajo, tomaba por juez de su alma no lo humano, sino a Dios; no hirió nunca, afable con todos, llena de respeto por los ancianos, sin envidia con los de su edad, humilde, razonable, amaba la virtud.

¿Cuándo ofendió a sus padres, aunque no fuese más que en su actitud? ¿Cuándo se la vio en desacuerdo con sus parientes? ¿Cuándo rechazó al humilde, se burló del débil, evitó al miserable? Iba únicamente a las reuniones en las que, habiendo ido por caridad, no tuviese que avergonzarse ni sufrir en su modestia.

Ninguna dureza en su mirada, ninguna falta de medida en sus palabras, ninguna imprudencia en sus actos; ninguna contrariedad en el gesto, ni insolencia en la voz: su actitud exterior era la imagen misma de su alma, la manifestación de su rectitud.

Oración:  Madre, me quedo embriagado por las palabras de san Ambrosio. El, que se había convertido al cristianismo, se centró en hacer el bien a los cristianos y ensalzar el don de tu virginidad. Haz que hoy, María Virgen, sepa ver todo con mis ojos de transparencia.

“Una buena casa debe reconocerse desde la puerta,  y mostrar desde la entrada que no oculta tinieblas” (San Ambrosio).

“Así nuestra alma debe, sin estar dominada por el cuerpo, dar su luz al exterior, semejante a la lámpara que vierte desde el interior su claridad.

...Aunque Madre del Señor, aspiraba, sin embargo, a aprender los preceptos del Señor; Ella, que había dado a luz a Dios, deseaba, sin embargo, conocer a Dios.

Es el modelo de la  virginidad. La vida de María debe ser, en efecto, un ejemplo para todos. Si amamos al autor, apreciamos también la obra; y que todas las que aspiran a sus privilegios imiten su ejemplo.

¡Qué de virtudes resplandecen en una sola Virgen! Asilo de pureza, estandarte de la fe, modelo de la devoción, doncella en la casa, ayuda del sacerdocio, Madre en el templo.

A cuántas vírgenes irá a buscar para tomarlas en sus brazos y conducirlas al Señor, diciendo:” He aquí la que ha custodiado mi Hijo, la que ha guardado una pureza inmaculada”.

Y del mismo el Señor las confiará al Padre, repitiendo las palabras que amaba:” Padre santo, he aquí las que Yo te he guardado. Pero que ya no han vencido por sí mismas, no deben salvarse solas, pueden rescatar, la una a sus padres, la otra a sus hermanos.

Padre justo, el mundo no me ha conocido, pero ellas me han conocido, y ellas no han querido conocer el mundo”.

¡Qué cortejo, cuántos aplausos de alegría entre los ángeles! Ella ha merecido habitar en el cielo, la que ha vivido en el mundo una vida celeste. Entonces, María, tomando el tamboril, conducirá a los corazones de las vírgenes, que cantarán al Señor y darán gracias por haber atravesado el mar del mundo sin zozobrar en sus remolinos. Entonces todas saltarán de alegría y dirán:” Oración: “Entraré en el altar de mi Dios, del Dios que es la alegría de mi juventud. Yo inmolo a Dios un sacrificio de alabanza, y ofrezco mis dones al Altísimo”.

“Esta es la más antigua oración a la Virgen. Data del siglo III. Se llama “Sub tuum” (Bajo tu amparo).

Comentario: De antes del Concilio de Nicea es esta oración popular aún en nuestros días. Se encontró en el año 1938, en un papiro del siglo III, en una biblioteca de Manchester. La han conservado las liturgias griega y ambrosiana: “Bajo el amparo de tus misericordias nos acogemos, oh Madre de Dios, no desatiendas nuestros ruegos en las necesidades y sálvanos del peligro. Tú sola eres bendita.

Es el testimonio más antiguo de la fe en el poder mediador de María, pues se le pide no sólo que apoye nuestras oraciones cerca de Cristo, sino que además nos libre ella misma de los peligros a que estamos expuestos.

Por otra parte, la presencia de la invocación: “oh Madre de Dios”, prueba que esta denominación, de la que los más antiguos testigos- después de san Hipólito- son Orígenes y otros doctores alejandrinos, “ no era solamente un término de escuela, sino, en el sentido más exacto, un texto eclesiástico consagrado por el uso litúrgico. Es precisamente de Alejandría de donde será obispo san Cirilo, el gran maestro de la Maternidad divina.

El texto del rito romano dice: Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desatiendas nuestras súplicas en nuestras necesidades, antes bien líbranos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita”.

Oración: Virgen María, esta mañana me he quedado absorto meditando esta oración tan preciosa y tan antigua. Y me llama la atención que sigas siendo y lo seguirás siempre el amparo de cuantos te invocamos con fe y devoción sincera.

Haz que nunca me olvide de ti. Y que no sólo acuda a ti en mi necesidad, sino siempre por el placer de alabarte.

“San Efrén siente la acción de la Virgen en su vida y en las nuestras. Murió el año 373. Es el primer poeta de María).

Comentario:  Oración a la santísima Madre de Dios. Pienso que este día, María, mi intimidad contigo es esta oración de san Efrén.

“ Santísima Señora, Madre de Dios, vos que sois la más pura de alma y cuerpo, que vivís más allá de toda pureza, de toda castidad, de toda virginidad; la única morada de toda la gracia del Espíritu Santo; que sobrepasáis incomparablemente a las potencias espirituales en pureza, en santidad de alma y de cuerpo, vedme culpable, impuro, manchado en mi alma y en mi cuerpo por los vicios de mi vida impura y llena de pecado; purificad mi espíritu de sus pasiones; santificad y encaminad mis pensamientos errantes y ciegos; regulad y dirigid mis sentidos; libradme de la detestable e infame tiranía de las inclinaciones y pasiones impuras...

Anulad en mí el imperio del pecado, dad la sabiduría y el discernimiento a mi espíritu en tinieblas, miserable, para que me corrija de mis faltas y caídas, y así, libre de las tinieblas del pecado, sea hallado digno de glorificaros; de cantaros libremente, verdadera Madre de la verdadera luz, Cristo Dios nuestro; pues sólo con él y por él sois bendita y glorificada por toda Criatura, invisible y visible, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.”

Oración:  Virgen María, debía ser tan grande el amor de san Efrén  que esta mañana, al meditar sus palabras, me he sentido emocionado por todo el bien que haces siempre a la persona que se confía

plenamente a tu protección. Te canto, te glorifico y me quedo mudo meditando y saboreando tan preciosas palabras que, desde luego, indican una radiografía de la existencia humana cuando se deja llevar de sus pasiones, y no lucha por mantenerse como tú quieres ante tu presencia de Madre.

“Señora del cielo, más bella que ninguna otra, María, alma alegre, gema de toda virtud, estrella refulgente” (Stefano Quinzani).

“Comentario:  María, qué contento me siento hoy cuando medito estas palabras que adornan tu figura de Madre como la mujer más bella. Eres aurora luminosa, lirio del campo.

Ante esta jornada que se me presenta limpia, quiero que dignes escucharme. Escucha mis suspiros, mi llanto si se presenta, las contradicciones de mi corazón, la turbulencia de mis pensamientos. Quiero que seas tú quien me guíe ante todas estas cosas que se me pueden ofrecer en el día de hoy. Porque ,Madre Santa, no soy un ángel.

A pesar de lo que me ocurra, quiero ser de Dios, su amigo fiel al que ama mi corazón completamente. Por eso requiero tu gracia, para que con ella, me sienta fuerte ante los ataques de mis enemigos que buscan devorarme para que me aparte de ti.

Te pido que siga siendo tu hijo devoto. Mírame desde tu bello altar con ojos de piedad, para que mi amor sea perfecto.

Anhelo ser como esa legión de santos y de santas que, por mucho que sufrieron, nunca se apartaron de tu corazón enamorado de Madre de cada uno de tus hijos que acude a ti con la plena confianza de ser escuchado.

Oración:  Luz del mundo, haz que me mantenga en el día de hoy con el alma limpia de todo pecado. Debo luchar por mantener en mi vida el regalo de tu bondad, de tu pureza, de la alegría que me brota del corazón con toda la finura, ante ti, María Virgen, la estrella de mi vida.

“Los que tienen confianza en María no se sentirán decepcionados” (D. Bosco)

Comentario:  Una de las realidades que más acucian al hombre moderno, sobre a mucha parte de la juventud, es la frustración que experimentan por muchos y variados motivos. Uno de ellos es la pérdida progresiva de la fe. Cuando ésta falta, muchas cosas aparecen ante su vista sin horizonte, sin sentido, sin ilusión.

Comentan que su existencia transcurre en medio de una gran inseguridad: en lo laboral, en lo psicológico y en lo espiritual.

Se sienten, como dice una joven de 20 años,  frustrados incluso después de hacer el  sexo sin amor. Comenta que es un dolor  y en un engaño.

Tras esta experiencia, cuenta, he vuelto a la raíz de mi fe que, sea como sea, ha sido la que me ha permitido vivir los mejores años de vida hasta que me metí en el lío de lo fácil.

Desde que he vuelto, sabía que mi confianza en María, iba a constituir una fuerza liberadora de todo apego que me esclavice. Y, desde que emprendí este nuevo estilo de vida- recuperado al menos- noto que el gozo y la alegría han aflorado de nuevo en mi ser entero.

Mi confianza en María Virgen es total. Soy su amiga y su hija y su hermana y todo. No hay tema que no le consulte cada día cuando hago una ferviente oración tranquila a sus pies, o en casa ante una imagen que me he comprado.

María, ¡qué bien sabes tú lo que me ha costado salir de ese estado frustrante! Pero gracias por haberme concedido lo que anhelaba mi corazón marchito por el placer indigno.

Oración:  María, gracias porque soy de esas personas que, al estilo de san Juan Bosco, he captado

el mensaje de la devoción y de la confianza que mereces por nuestra parte. Haz que, desde ahora, me sienta tan unida a ti, que jamás me vea frustrada a mis 20 años.

“María aprecia la realidad, no la apariencia” (D. Bosco).

Comentario:  D. Bosco, el gran educador  y director espiritual de las almas de los jóvenes, no cesaba en sus diarios encuentros con ellos, de insistirles que la verdadera devoción a María Auxiliadora se basa en su realidad concreta de sus vidas. El los conocía muy bien. Por ellos gastó su vida entera. Le bastaba que alguien fuera joven para amarlo a fondo perdido por el amor a Dios.

Con tanta fuerza y convicción les hablaba de su propia experiencia que no fueron pocos los alumnos que llegaron a la santidad desde su misma fundación salesiana.

Le solía decir que la Virgen estaba encantada con ellos. Y este atractivo de la Señor por cada joven provenía de que la sentían, la vivían y era para ellos el consuelo, el refugio (no la huida) de sus problemas y de sus inmensas alegrías.

Algo fundamental quería que supieran: La apariencia es el aspecto falso que dais de vosotros mismos a los demás. La gente rica, que veis que trato en mis cartas y en mi trato, cuando me ven tan pobre, se quedan intrigadas. Intriga que nace en ellos y ellas porque piensan que el buen vestir, el buen comer y el poder son los valores que cuentan en esta sociedad.

Le suelo decir- igual que a vosotros- que lo que vale, vale. La apariencia- si no tiene los cimientos de grandes valores- es la mayor engañifla que un ser humano puede manifestar a los demás de sí.

¿Quién eres?, le preguntaron un día a uno de sus alumnos. Y respondió: Soy del colegio de D. Bosco. Ya se ve. Eres pobre pero tu apariencia es de total alegría.

Oración: María Auxiliadora, haz que en mi vida de hoy me manifieste tal y como soy. Fuera de mí toda apariencia falsa. Debo ser quien soy y no lo que aparento. Como tú, Madre Virgen. Gracias.

“María no hace nunca las cosas a medias” (D. Bosco)

Comentario:  D. Bosco sintió la llamada a ser sacerdote. Vivió de tal manera entregado al apostolado con los jóvenes, que todo el tiempo le parecía poco para estar con ellos.

Entre los muchos rasgos que caracterizan su vida, uno de ellos era la profunda devoción a María Auxiliadora. Con unos pocos centavos comenzó la construcción de un grandioso santuario en la ciudad de Turín. No se andaba con medias tintas: o todo o nada.

Para vivir esta devoción, escribió libritos para instruir a la gente acerca de la devoción a la Virgen. Son personas que saben lo que hacen y hacen lo que saben. Andar por la vida a medias no conduce nada más que a la infelicidad.

Los mismos alumnos cuando lo veían más sonriente, decían: A D. Bosco le pasa algo grave porque se ríe mucho.¡Qué intuición y qué ejemplo el suyo! Y era la Virgen la depositaria de todas sus ilusiones educativas, pastorales y humanas. Se desvivía por la gente joven y por la clase sencilla y popular.

Tenía presente el sí de la Virgen. No se anduvo por las ramas. Su plan era hacer la voluntad de Dios. Y ante él no cabía otra alternativa. Gente coherente, Madre Virgen, es la que necesita la sociedad y la misma Iglesia.

Oración:  María Auxiliadora, haz que mi vida transcurra por los cauces de hacer todo lo mejor posible. Y hacerlo sin lamentos, sin quejas, sino plenamente unido a ti, la fuerte y la débil que encontró en Dios toda la energía que muchos no buscan nada más que en sus dineros o en sus bienes y cualidades humanas.

Enséñame a ser una persona a carta cabal, nunca a medias.

“María es nuestra guía, nuestra maestra y nuestra madre” (D. Bosco).

Comentario:  María, me consta que mucha gente anda despistada por esta bella creación. No tienen un guía ni una guía como tú. Unos porque se han apartado de la fe, y ya no le encuentran sentido nada más que a lo hay de tejas para abajo. Y esto, por lo que se ve, no les proporciona el placer que anhelan sus corazones.

Otros no tienen l dicha de tenerte a ti por guía. Tú nos das el sentido de la disponibilidad, el sentido de obediencia al Padre y el impulso para cumplir y vivir los mandamientos del Señor. Quien vive los mandamientos está en Dios y Dios n él.

Y esta habitabilidad de lo divino y trascendente en nuestra vida, nos otorga alas para volar por encima de la escoria de lo inhumano, innoble y pecaminoso que hay a nuestro derredor.

Otros muchos, María, no encuentran en su madre terrena lo que esperaban. Han sido educados en la escuela. En ella han permanecido doce horas diarias sin el consuelo de ver el rostro de sus mamás. Y claro, cuando llegan a adolescentes, se vuelven en contra, o se convierten en agresivos, delincuentes y mal educados. Les ha faltado la mirada de su madre durante la edad clave de su vida.

Y sin guía, maestra y madre la vida se hace insoportable.

Oración:  María, quisiera que todas las madres modernas entendieran que la misión principal en su vida es la entrega y educación de los niños. Aunque se tenga menos dinero- ¡no importa!- para lograr hacer y vivir su misión fundamental en la maternidad entregada y vivida por ella y por el hijo. Que todas sientan como tú, el gozo de ver crecer a sus hijos en sabiduría y en estatura.

“Un apoyo muy poderoso para vosotros contra las tentaciones del Diablo, lo tenéis, queridos jóvenes, gracias a vuestra devoción a la Santísima Virgen. Ella nos asegura que si somos sus devotos, nos reconocerá como a sus  hijos, nos cubrirá con su manto y nos colmará con sus bendiciones en este mundo, para darnos el Paraíso” (D. Bosco).

Comentario:  De sobra conocía D. Bosco a los jóvenes. Sabía de sus tentaciones, de los peligros que corren cuando el diablo los tienta con toda clase de tentaciones.

Por eso, una y otra vez, les hablaba de ti, Virgen Madre, con el fin de que tuviesen una sólida devoción en sus vidas hacia tu persona. Les decía que eres tan poderosa contra el demonio, que quien se confía a ti, sale corriendo. En esta intimidad contigo cada día, noto que salgo airoso de muchos peligros, no por mis fuerzas y mis artimañas, sino porque tú me proteges continuamente. Gracias, Madre.

El hecho de saber que soy tu hijo amado, me lleva a portarme bien contigo y con tu Hijo. ¡Qué fácil resulta ir a Jesús mediante tu auxilio!

Sé que me cubres con tu manto de cariño cuando siento el frío de mi fe, cuando intento apegarme a cosas que no están bien.

Sé, Virgen María, que cada día y en cada instante me siento colmado con tu mar de bendiciones. Correspondo a ellas con mi gratitud y la rectitud de mi vida. Sé que mi meta final es el Paraíso, hacia el cual nos encaminamos cada instante que pasa.

¡Ay si pensáramos más en el Paraíso! ¡De cuántas faltas y pecados nos veríamos libres!

Oración:  Virgen María, en este día, aquí solito en tu capilla, me siento protegido por tu amor poderoso de Madre. Haz que, al empezar mi jornada de trabajo, te tenga presente en todo momento. De esta forma, mi trabajo lo convierto en oración y la oración en trabajo.

“Confianza y súplica a María Auxiliadora”

Comentario:  Madre, bajo tu protección busco mi refugio seguro. Te aclamo como la reina  de mi casa, de mi corazón y de todo cuanto soy. Deseo que me muestres tu apoyo para que en este día concreto, me vea libre de todo peligro, daño o desgracia.

Y te hablo, Virgen Madre, no solamente de peligros que afecten e mi integridad física, sino también y sobre todo, a mi integridad espiritual, pues son ésta nada tiene valor.

Me entrego como propiedad tuya. Por eso quiero entregarme hoy a hacer alguna obra de caridad, alentando a compañeros de trabajo que están tristes por la pérdida de seres queridos o porque sus hijos están enfermos.

Haz que sepa darte gracias por la familia o comunidad en la que vivo y habito. Que sea el amor lo que aflore dentro de mí y lo entregue generosamente a los demás.

Pongo en tus manos mis alegrías y los dolores que hoy pueda tener para que, con tu mirada, me consueles y confortes en mis necesidades.

Guía mis pasos por el camino del bien y dame tanta alegría como la que experimento ahora que hablo contigo cuando el sol comienza a salir por el horizonte.

Acompáñame en todas mis acciones; que mis aspiraciones tengan como norte y guía tu corazón de Virgen Madre.

Construye para mí un puente que vaya desde este altar al trabajo y desde el trabajo hasta ti.

Oración: María, muchas gracias por la confianza que has depositado en mí, que soy tan frágil. Contigo, sin embargo, me siento fuerte, sonrío a la vida y todo me parece de una belleza resplandeciente. Gracias, madre.

“Sonría, sonría, con la protección de la Virgen María cada día”

Comentario:  Me causó, Madre, mucha alegría este eslogan de un grupo de jóvenes cristianos. Con su gracia, simpatía y salero, con su ingenio y su humor alegraban la vida de cuantos les veían.

Decían que amar a la Virgen es tener el alma llena de juventud, de ilusiones, de alegría. El mundo necesita optimismo. Amar y hacer amar a la Virgen alegra la vida. La mujer es el símbolo más significativo del amor, el ser más querido del amor, el difusor más potente del amor.

Y mujer como María no hay,  la mujer más bella salida de las manos de Dios. María, al dar amor, llenará de alegría, de canciones y de flores el mundo; porque donde existe el amor, no mueren ni menguan nunca la felicidad, la belleza y el cantar.

Con María las caras aparecen radiantes, con la sonrisa siempre a flor de labios, como un rayo primaveral. Ser apóstol de María es ser apóstol de la felicidad.

Llevemos María al que sufre soledad, y le haremos sonreír.

Llevemos María al triste, y el que padece comenzará a disfrutar.

Llevemos maría al anciano, y lo veremos volver a los años felices de su juventud.

Llevemos María a nuestro hogar, y veremos lo que será nuestra familia con dos madres juntas, que no son rivales celosas, sino do amigas inseparables.

Llevemos María a nuestros amigos, ¡y sabremos lo que es amarnos con una mujer como Ella en medio del grupo!

No se puede ser de otra manera porque María nos trae y nos lleva a Jesús.

Oración: Virgen María, mira por dónde este eslogan me ha servido hoy para escribir mi diario junto a tu altar. ¡Que felicidad y tranquilidad me inunda! Me siento sonriente porque la sonrisa proviene de ti directamente a mi corazón devoto.

“Cántico de  la flor. (Himno etíope Maleta Tsegé)

Comentario:  El invierno ha pasado Con tu bendición se une el tiempo en el que Dios inunda la tierra  con la belleza de las flores.

Oh María, tu estación preferida es la primavera: da mi jardín tu suave perfume. Espejo dela mejor belleza, ante el que mi corazón se siente entusiasta.

Tus milagros son más numerosos que los granos de la espigas o que los infinitos granos de las

uvas.

Y el Espíritu proclama: Ha llegado el tiempo de las mieses. En la Iglesia plena de flores, tu nardo precioso me fascina por el camino de  la salvación.

Alégrate, María, por ti Adán vuelve del exilio y Eva, en medio d las flores, exulta pletórica de alegría.

María Virgen, me ha encantado este canto. Por él te amo y te considero el mejor de mis jardines. No hay flor tan linda en la creación como tu persona, creada sin pecado y como la criatura más excelsa de cuantas se Dios  formó para madre de su Hijo.

Tuviste suerte. Y por es suerte, te alabamos y te bendecimos.

Oración:  Virgen María, gracias por estas palabras e ideas que tanto bien me hacen esta mañana cuando hago oración ante tu imagen. Esta mañana me pareces más bella todavía. Me atraes más que ningún día.

Gracias, repito, por este goce que hoy me has proporcionado.

“Madre, te pedimos el don de equilibrio cristiano”

Comentario:  Virgen María Madre de Dios y de los hombres, María te pedimos el don del equilibrio cristiano, tan necesario para la Iglesia y para el mundo de hoy.

Líbranos del mal y de la mediocridad; líbranos de compromisos y conformismos que nos mantengan lejanos de mitos y de ilusiones, del desaliento y del orgullo, de la timidez y de suficiencia, de la presunción y de la ignorancia, del error,  de la dureza del corazón.

Concédenos la tenacidad en el esfuerzo, el valor para recomenzar, la humildad en éxito.

Abre nuestros corazones a la santidad, concédenos una perfecta sencillez, un corazón  puro, el amor a la verdad y lo esencial, la fuerza para comprometernos sin cálculo alguno, la lealtad para reconocer nuestros fallos

Concédenos acoger y vivir la Palabra de Dios, concédenos saber acoger el don de la oración. Abre nuestros corazones a Dios.

Abre nuestros corazones a los otros; haz que crezcamos y vivamos este equilibrio, que es la fe y la esperanza, la sapiencia y la rectitud, el espíritu de iniciativa y de prudencia, apertura e interioridad, don total, amor.

Santa María, nos confiamos a tu ternura.

Oración: María Virgen, haz que sepa , en  estos momentos difíciles, mantener mi equilibrio personal, tan maltratado en esta sociedad de consumo.

“Ser coherente” (F.Lelotte)

Comentario: Madre mía, ya ves cómo mi vida no se corresponde bien con mis aspiraciones más profundas.

Quiero se puro, pero no controlo mis pensamientos y mis miradas; no he interrumpido las malas lecturas.

Quiero ser leal pero no hago esfuerzos por llegar a serlo. Quiero ser piadoso pero no me esfuerzo nada en centrarme en ti; he abandonado mis oraciones de la mañana y de la noche.

Quiero ser sincero; pero en aquella discusión me he contradicho sin dar pruebas. No he buscado encontrar el punto de vista de lo otros.

Quiero ser humilde, pero sigo prefiriendo la alabanza aunque sepa que es mentira.

Quiero ser trabajador, pero siempre llego tarde al trabajo. Quiero ser caritativo, pero me encuentro con un pobre por mi camino y paso olímpicamente de él.

Quiero ser obediente pero rechazo la obediencia a mi madre e incluso interpreto mal los gestos de los profesores.

Madre mía enséñame a traducir en acto el ideal que me alimenta.

Concédeme esta gracia: que mis sentimientos íntimos de generosidad no se queden en el vacío. Enséñame a que en todo momento dé de mí lo que mejor que hay en mí mismo.

Oración: María Virgen, haz que pase de una vez para siempre a la vida real y que no me quede en buenos propósitos.

Virgen María, danos la vida

Por el Dr. Alvaro Susín Cruz

---

Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida

Querida Virgen María, querida Mamita linda, a tus pies, contemplando tus bonitos ojos que transparentan a Dios, acudimos a ti llenos de confianza.

Tu eres madre de todos, justos y pecadores. Por eso, imploramos tu protección y te ofrecemos nuestras buenas obras, nuestro rechazo al libertinaje y a la corrupción de costumbres. Quédate con nosotros, quédate en nuestro corazón. ¡Bendícenos Madre del Amor Hermoso, como sólo una madre lo sabe hacer!

Gloria: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Padrenuestro: Padre Nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.

Avemaría: Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Oración por la defensa de la vida y del amor verdadero

Lunes

"Hágase en mi según tu Palabra" (Lc 1,38).

En la Anunciación, la Virgen acepta ser madre de Dios. En el sí que pronuncia, tiene su coronamiento el sí de toda madre a la vida de su propio hijo. María, Madre del Autor de la vida, ayúdanos a apreciar cada vez más el gran don de la vida. Bendice a las familias y haz que sean santuarios de acogida, respeto y amor a la vida de todo ser humano. Amén.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10:10).

El hombre está llamado a participar de la misma vida de Dios, a ser hijo de Dios. La vida es una realidad sagrada que se nos confía para que la custodiemos desde su concepción. ¡Oh María, a ti confiamos la vida! Mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer por la anticoncepción y el aborto.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo" (cf. Lc 1,35).

María, por la gracia de Dios, eres Virgen y Madre al mismo tiempo. Eres por ello, modelo de todas las mujeres. Sin embargo, Satanás, envidioso y mentiroso, intenta, por medio de la anticoncepción, esterilización y el aborto, que la mujer ni sea virgen antes del matrimonio ni madre una vez ya casada. Madre, defiéndenos de los engaños del maligno.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Y el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14).

Mamita linda, en tus entrañas Jesús fue concebido. Hoy día, la vida humana se siente amenazada por una educación sexual falsa y hedonista, por la mentalidad anticonceptiva y el aborto. Enséñanos a valorar el don de la vida.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Lc 1,42).

María, haz que sepamos anunciar con firmeza y amor el evangelio de la vida, para construir la civilización de la verdad y del amor.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Junto a ti María"

Junto a Ti, María, como un niño quiero estar. Tómame en tus brazos guíame en mi caminar. Quiero que me eduques que me enseñes a rezar. Hazme transparente, llename de paz.

Madre, Madre, Madre, Madre (2V) Gracias Madre mía por llevarnos a Jesús. Haznos más humildes, tan sencillos como tú. Gracias Madre Mía por abrir tu corazón, porque nos congregas y nos das tu amor.

Martes

"Os anuncio una gran alegría, os ha nacido el Salvador" (Lc 2,10).

El nacimiento del Salvador pone también de manifiesto la alegría por cada niño que nace. Como en ti, María, el Señor ha hecho en nosotros maravillas; la primera de todas, darnos la vida para ser hijos de Dios. Madre, enséñanos a venerar y respetar a todo hombre, por pequeño que sea.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre" (Lc 2,7).

Tú, María, conociste la pobreza y el sacrificio. Eres modelo de las madres valientes que se dedican sin reservas a su familia, que sufren al dar a luz a sus hijos y que están dispuestas a afrontar cualquier sacrificio para trasmitirles lo mejor de sí mismas. Sabes que quien confía en Dios no quedará sin recompensa. Fortalece a todas las madres en su difícil misión.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"En verdad os digo, si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 18,3).

El demonio, sin embargo, nos incita a ser unos "tromes" y a saltarnos cualquier barrera que nos impida llevar una vida placentera. María, Virgen fiel, haznos limpios de corazón y sencillos.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Porque Herodes buscaba al Niño para matarle" (Mt 2,13).

Huiste con Él a Egipto. No ahorraste esfuerzos y sacrificios. Hoy día, los poderosos también se asustan por los posibles nacimientos (mentalidad anticonceptiva) o buscan al niño para matarle ya en el vientre de la madre (T de cobre...). El aborto es un homicidio de un ser humano débil e inocente, totalmente confiado a la protección de su madre. Madre que no ahorremos sacrificios para

defender la vida.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"El dragón se detuvo delante de la mujer... para devorar a su hijo en cuanto naciera" (Ap 12,4).

Jesús Niño es figura de cada criatura débil y amenazada. El rechazo de la vida de cada hombre es realmente rechazo de Cristo: "El que reciba a un niño como éste en Mi nombre, a mi me recibe" (Mí 9,37).

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Hoy he vuelto"

Cuántas veces siendo niño te recé, con mis besos te decía que te amaba; poco a poco con el tiempo, olvidándome de Ti por caminos que se alejan me perdí (2v)

Hoy he vuelto madre a recordar, Cuantas cosas dije ante tu altar. Al rezarte puedo comprender Que una madre no se cansa de esperar (2v)

Aunque el hijo se alejara del hogar, una Madre siempre espera su regreso. Que el regalo más hermoso que a los hijos da el Señor es su madre y el Milagro de su Amor.

Miércoles

"El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él" (Lc 2,40).

Madre, protege las almas de los jóvenes contra el permisivismo moral, la pornografía y toda educación sexual engañosa y hedonista, destructores de la vida de la gracia.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Y al cabo de tres días le hallaron en el templo" (Lc 2,46).

Tú, Madre, llena de angustia, buscabas a Jesús, pero, al final, lo encontraste. Hoy, por culpa del aborto, muchos matrimonios sin hijos no pueden tener la felicidad de encontrar y adoptar al hijo deseado.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto" (Lc 2,51).

La familia es la principal escuela del corazón humano. Hoy, sin embargo, muchos gobiernos han adoptado filosofías corruptoras de la juventud y tratan de suplantar el papel educador de los padres con una engañosa "educación sexual" en los colegios y la distribución de condones y anticonceptivos. Dinero y medios nos les faltan. Pero nosotros tenemos la fuerza del Señor. María, haz que sepamos reaccionar a tiempo.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Del corazón humano provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que hace al hombre impuro" (Mt 15,19).

Tu Hijo, Jesús, nos lo advierte. El que no guarda la pureza de su corazón, empezando por dominar los pensamientos y la mirada, fácilmente caerá en el pecado. Madre, haznos limpios de corazón.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Por eso dejará el hombre al padre y a la madre, y se unirá a la mujer, y serán los dos una misma cosa. De manera que ya no son dos, sino una sola carne" (Mí 10,7).

El demonio y sus secuaces, nos dicen todo lo contrario: "No hace falta que esperéis a casaros para tener relaciones sexuales, con los condones y anticonceptivos podréis disfrutar del placer y cambiar de pareja cuando queráis." Es el fruto apetecible y tentador del Paraíso. María, líbranos de todo engaño.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Madre, óyeme"

Madre, óyeme. Mi plegaria es un grito en la noche. Madre, mírame en la noche de mi juventud.

Madre, sálvame. Mil peligros acechan mi vida. Madre, llename de esperanza, de amor y de fe.

Madre, mírame; en las sombras no encuentro el camino. Madre, llévame que a tu lado feliz cantaré.

Madre, una flor, una flor con espinas es bella. Madre, un amor, un amor que ha empezado a nacer.

Madre, sonreír, sonreír aunque llore en el alma. Madre, construir, caminar aunque vuelva a caer.

Madre, sólo soy el anhelo y la carne que luchan. Madre, tuyo soy, en tus manos me vengo a poner.

Jueves

"Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5).

Es lo único que nos pides, María. Sólo en Jesús está la salvación y la felicidad. Hoy, sin embargo, lobos con piel de oveja buscan apartarnos de Jesús, prometiéndonos una felicidad fácil y sin compromisos. No nos dejes caer en la tentación.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando" (Jn 15,14). "En esto sabemos que le conocemos, en que guardamos sus mandamientos" (1 Jn 2,3).

Tú, Madre, los guardaste siempre, aun en los momentos más difíciles. No abandonaste a Jesús al pie de la Cruz. Que no nos engañemos pensando que se puede amar a Dios sin cumplir su Voluntad.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Entrad por la puerta estrecha, pues ancha y espaciosa es la senda que lleva a la perdición y son muchos los que por ella entran" (Mt 7,13).

El demonio, con múltiples medios (anticonceptivos, telenovelas inmorales, relaciones prematrimoniales, divorcio...) nos invita a todo lo contrario: entrad por la puerta ancha, fácil y cómoda que lleva al placer. Haznos vivir en la verdad: sólo Dios nos hará felices.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Ay de aquel que escandalice a uno de estos pequeños, más le valiera que le colgasen al cuello una rueda de molino y lo arrojasen al mar" (Mt 18,6).

El demonio en cada época de la historia insiste en ciertas formas para apartar a los hombres de Dios. Hoy día, lo hace sobre todo por la perversión de la moral sexual. Madre, convierte a todos aquellos que tratan de corromper a la juventud: ciertos educadores, psicólogos, obstétricos y

médicos, promotores del falso "sexo seguro" sin compromiso.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Jesús recorría ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y curando de toda enfermedad y dolencia" (Mt 9,35).

Satanás, sin embargo, manda a todos sus secuaces por toda la tierra para que promuevan el pecado; hoy día, de forma insistente, mediante la anticoncepción, la esterilización y el aborto. Engañan a los pobres y les arrebatan la única riqueza que poseen, los hijos. Madre, multiplica los misioneros del amor y de la vida.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

Mandamientos de la Ley de Dios

1. Amarás a Dios sobre todas las cosas. 2. No tomarás el nombre de Dios en vano. 3. Santificarás las fiestas. 4. Honrarás a tu padre y a tu madre. 5. No matarás. 6. No cometerás actos impuros. 7. No hurtarás. 8. No dirás falso testimonio ni mentirás. 9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros. 10.No codiciarás los bienes ajenos.

Viernes

"Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre..." (Jn 19,25).

Eva, tentada por el demonio al pie del árbol, buscó el placer del fruto prohibido, hizo caer a Adán y por esta caída trajo la muerte y quitó la gracia a todo el género humano. María , también al pie del árbol de la cruz, ofrece llena de dolores a su Hijo por todos los pecadores, para que resuciten a la vida de la gracia.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Si el grano de trigo no cae en la tierra y se pudre, no podrá dar fruto" (Jn 12,24).

Jesús nos ha dicho: "Por sus frutos los conoceréis". ¿Qué fruto se saca de la anticoncepción, la esterilización y el aborto? Impureza, lujuria, adulterio..., Madre, que nuestras familias sean generosas para con Dios.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19,26).

Madre, ¡que bien has cumplido tu misión! Sé modelo de todas las madres, que se den cuenta de que tienen un hijo en las entrañas y que Dios les llama a una entrega total de sí mismas en el amor.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo" (1 Co 11,1).

María, tú eres nuestro modelo en la escuela del amor. Con San Pablo nos dices: "No viváis ya como viven los gentiles, en la vanidad de sus pensamientos, obscurecida su razón, ajenos a la vida de Dios por su ignorancia y la ceguera de corazón. Embrutecidos, se entregaron a la lascivia, derramándose ávidamente con todo género de impureza (...) Sed, en fin, imitadores míos y vivid en caridad como Cristo nos amó y se entregó por nosotros" (Ef 4,17).

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (1 Jn 3,1).

Mamita linda, apiádate de los que han olvidado su relación con Dios y "Por eso, los entregó Dios a

los deseos de su corazón, a la impureza, con que deshonran sus propios cuerpos, pues trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Criador (...) cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío" (Rm 1,24-27).

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"María es esa mujer"

¿Quién será la mujer que a tantos inspiró poemas bellos de amor, que rinden honor, la música y la luz, el mármol, la palabra y el color?

¿Quién será la mujer que el rey y el labrador invocan en su dolor, el sabio, el ignorante, el pobre y el señor, el santo, al igual que el pecador?

María es esa mujer que desde siempre el Señor se preparó, para nacer como una flor en el jardín que a Dios enamoró. (2v)

¿Quién será la mujer radiante como el sol vestida de resplandor, la luna a sus pies, el cielo en derredor y ángeles cantándole su amor?

¿Quién será la mujer humilde que vivió en una pequeño taller, amando sin milagros, viviendo de su fe, la esposa siempre alegre de José?

Sábado

"Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo" (Co 3,1).

Jesús resucitado domina todos los acontecimientos de la historia y afirma el poder de la vida sobre la muerte. María, mostrándonos a tu Hijo, nos aseguras que las fuerzas de la muerte han sido derrotadas en él; infúndenos confianza.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Creced y multiplicaos. Llenad la tierra y sometedla" (Gn 1,28).

Dios quiere seguir creando hijos suyos hasta el final del mundo presente. Los países ricos están dispuestos a imponer el imperialismo anticonceptivo a los países en desarrollo, para evitar que crezcan y asegurar así sus recursos materiales a bajo precio. Madre, haz que no nos dejemos contagiar por el egoísmo.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"No os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis... Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,25-33).

Madre, en nuestro días, el falso mito de la "superpoblación" nos induce a cerrar la fuente de la vida por medios inmorales (anticoncepción, esterilización, aborto). Tu que viviste la pobreza, enséñanos a confiar en Dios por encima de todo.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jn 11,26).

Bienaventurada tú, porque has creído, María. Hoy, sin embargo, muchos están perdiendo el sentido de Dios, con lo que fácilmente acaban por perder también el sentido del hombre, considerándolo como un "material" disponible a todas las manipulaciones: clonación, aborto, anticoncepción, eutanasia... Madre, acrecienta nuestra fe.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Padre, perdónales porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34).

Hablan de libertad, responsabilidad, amor...y engañosamente inducen a la corrupción moral. Virgen fiel, enséñanos a amar de verdad.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Hoy te quiero cantar"

Hoy te quiero cantar, hoy te quiero rezar, Madre mía del cielo. Si en mi alma hay dolor, busco apoyo en tu amor, hallo en ti mi consuelo.

Hoy te quiero cantar, hoy te quiero rezar, mi plegaria es canción. Hoy te quiero ofrecer lo más bello y mejor que hay en mi corazón. (bis)

Porque tienes a Dios (2) Madre, todo lo puedes soy tu hijo también soy tu hija también y por eso me quieres.

Dios te quiso elegir (2) como puente y camino que une al hombre con Dios (2) en abrazo divino.

Domingo

"Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dioles poder de venir a ser hijos de Dios" (Jn 1,11-12).

¡Quién como tú, María, ha recibido al Señor! Enséñanos a recibir con gozo y alegría a todo ser humano que viene a este mundo. Haznos descubrir el fin eterno al que está llamado todo ser humano.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz" (Jn 18,37).

Hoy se quiere igualar la verdad con el error, el bien con el mal. Se quiere dar como buena toda forma de corrupción moral: relaciones prematrimoniales, anticoncepción, aborto... Existe una guerra declarada de los poderosos contra los más débiles. Estamos ante una conjura contra la vida. Madre, ayúdanos a no conformarnos a la mentalidad de este mundo, rechazando toda componenda y ambigüedad.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5,29).

Nadie como tú, María, lo has vivido: "He aquí la esclava del Señor." Eres modelo de médicos , obstétricos y enfermeras que saben también estar al pie de la cruz defendiendo la vida, sin dejarse amedrentar por las presiones y estando dispuestos incluso a perder el trabajo por obedecer a Dios, autor de la vida. Madre, danos fortaleza.

Un Padre Nuestro y tres Avemarías.

"Todos perseveraban unánimes en la oración, con María, la Madre de Jesús" (Hch 1,14)

Hoy necesitamos orar también junto a ti, María. Se nos pide amar y respetar la vida de todo ser humano y trabajar con constancia y valor, para que se instaure la cultura de la vida y del amor."

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo" (I Jn 1,4).

Al final, tu corazón inmaculado triunfará, María. Por muchos engaños, poder y astucia que derroche

el demonio, Cristo ya ha vencido en la cruz. Nos toca a nosotros ahora luchar la batalla de la vida y del amor. Madre, danos confianza en la victoria.

Un Padrenuestro y tres Avemarías.

"Somos libres"

Somos libres, Señor, somos libres. Enséñanos a ser mujeres y hombres completos. Que nuestra sexualidad no sea una razón de muerte y esclavitud. Permite, Señor, que sea una fuente de vida y amor, que sea como Tú quieres. Ayúdanos a vernos libres de la influencia negativa del mundo, Señor. Que con tu ayuda, transformemos la visión que muchos tienen de la sexualidad, que la consideran como si fuera una simple fuente de placer. Gracias, Señor, por la sexualidad, este maravilloso regalo tuyo. Gracias, porque nos has llamado a la libertad.

Letanías de la Virgen:

Señor, ten piedad. Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad. Señor, ten piedad. Cristo, óyenos. Cristo, óyenos. Cristo, escúchanos. Cristo, escúchanos.

Dios, Padre Celestial, Ten misericordia de nosotros. Dios, Hijo Redentor del Mundo, Ten misericordia de nosotros. Dios, Espíritu Santo, Ten misericordia de nosotros. rinidad Santa, un solo Dios, Ten misericordia de nosotros.

Santa María, ruega por nosotros. Santa Madre de Dios, protege a todas las madres. Santa Virgen de las Vírgenes, protege a todos los jóvenes. Madre de Cristo, cristifícanos. Madre de la divina gracia, consérvala en nuestros corazones. Madre de la Iglesia, manténnos fieles al Papa. Madre purísima, haznos limpios de corazón. Madre castísima, guárdanos de toda impureza. Madre y Virgen, enséñanos a amar. Madre santa, impúlsanos a ser santos. Madre Inmaculada, guárdanos de toda malicia. Madre amable, haznos sencillos. Madre admirable, en ti confiamos. Madre del buen consejo, defiéndenos del error. Madre del Creador, haznos eficaces defensores de la vida. Madre del Salvador, llévanos a tu Hijo, Jesús. Virgen prudentísima, haz que evitemos todo pecado. Virgen digna de veneración, apiádate de la juventud. Virgen digna de alabanza, haznos alegres. Virgen poderosa, manténnos firmes en la fe. Virgen clemente, enséñanos a compadecernos de los demás. Virgen fiel, haznos perseverantes en el amor. Ideal de santidad, haznos santos en el día a día. Morada de la sabiduría, descúbrenos la verdad. Causa de nuestra alegría, acompáñanos siempre. Templo del Espíritu Santo, guarda nuestro corazón. Honor de los pueblos, defiéndelos de la cultura de la muerte. Modelo de entrega a Dios, haznos generosos. Rosa escogida, descúbrenos la belleza del amor auténtico. Fuerte como la torre de David, danos una voluntad fuerte. Hermosa como torre de marfil, haznos bellos para Dios. Casa de oro, mantén nuestro cuerpo limpio. Arca de la Nueva Alianza, manténnos unidos a Dios. Puerta del Cielo, guíanos hacia el cielo. Estrella de la mañana, guíanos en la noche de la fe. Salud de los enfermos, apiádate de nuestra indigencia. Refugio de los pecadores, conviértenos. Consoladora de los afligidos, en ti esperamos. Auxilio de los cristianos, socórrenos. Reina de los Ángeles, defiéndenos del maligno. Reina de los Patriarcas, mantén unidas a nuestras familias. Reina de los Profetas, haznos profetas de la Vida. Reina de los Apóstoles, haznos apóstoles del Evangelio. Reina de los Mártires, acude en nuestra debilidad. Reina de los que viven en fe, acrecienta nuestra fe. Reina de las Vírgenes, en ti confiamos. Reina de todos los Santos, sé nuestro modelo. Reina concebida sin pecado original, guárdanos del pecado. Reina elevada al cielo, llévanos a Jesús. Reina del Santísimo Rosario, enséñanos a orar. Reina de paz, haznos pacíficos.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo. Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. Ten misericordia de nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Oremos. Te pedimos, Señor, por la intercesión gloriosa de la Bienaventurada siempre Virgen María, que seamos librados de las tristezas de este mundo y nos concedas las alegrías del Cielo, por

Jesucristo nuestro Señor. Amén.

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!

Vida, dulzura, y esperanza nuestra. Te pedimos por todo nuestros niños, jóvenes y matrimonios.

¡Gracias, Mamita linda por conducirnos a Jesús!

Fuente: El Dr. Susín es un misionero laico español que ha estado sirviendo los pobres en Perú y Chile durante los últimos años. Ha publicado artículos y resúmenes de documentos del Magisterio de la Iglesia, disponibles a la venta en las oficinas de Vida Humana Internacional.

Defensa de la Santísima Virgen María Por Magaly Llaguno

Hace algún tiempo leí comentarios que me molestaron mucho en el libro "Mujeres e Iglesia, Sexualidad en América Latina", publicado por la organización antivida "Católicas" por el Derecho a Decidir. 1 En él se ataca y critica no solo a la Iglesia Católica y a sus enseñanzas sobre la moral, sino también a la SantísimaVirgen María y a la maternidad.

La editora y una de las autoras de ese libro, Ana María Portugal, usa el término "marianismo" relacionándolo con la SantísimaVirgen y en un sentido peyorativo, al criticar la valoración que hacen la Iglesia Católica y sus fieles, de la maternidad y la castidad. 2 Dicho término, que es común entre las feministas radicales, lo define como "el culto de la superioridad espiritual femenina, aquel que encarna simultáneamente el ideal de crianza/maternidad y castidad". 3 Añade: "¿Acaso el culto mariano a la Virgen Dolorosa, no es la apoteosis masoquista de la opresión de las mujeres?"4 En uno de los capítulos del ya mencionado libro, la misma autora afirma : "El modelo hispánico de mujer sigue siendo el de la Virgen María a pesar de la modernidad, de la píldora y las relaciones pre-matrimoniales."5 En el video de las "Católicas" por el Derecho a Decidir titulado "Las lágrimas de Eros", en el cual se promueve la anticoncepción, el aborto y el lesbianismo, se hace una afirmación idéntica, mientras se muestra una imagen de la SantísimaVirgen María.6

Y en el ya mencionado capítulo del libro "Mujeres e Iglesia, Sexualidad en América Latina", Ana María Portugal se refiere a la "hetereosexualidad impuesta" como "una opresión para todas las mujeres", y afirma que la mujer puede descubrir "otras expresiones" como por ejemplo "vivir su sexualidad...con una mujer". 7 ¿Es este el "modelo" de mujer que la autora cree debemos imitar las mujeres?

Una de las muchas veces que he meditado sobre nuestra Madre Celestial la Santísima Virgen María, al darle gracias a Dios por ella sentí que tenía que escribir algo en respuesta a los ya mencionados comentarios. Me dió dolor en el corazón el recordar el modo en que las feministas se refirieron a ella, y me pregunté a mí misma cómo es posible que alguien - y especialmente otras mujeres - puedan atacar a la mujer más santa y más digna de toda admiración. Pensé que probablemente es porque verdaderamente no la conocen.

Tomemos por ejemplo la valentía de María. La Biblia nos relata solo algunos ejemplos, pero estoy segura de que hubo muchísimos más. Cuando era muy joven todavía, se enfrentó a la posibilidad de ser rechazada por todos y apedreada hasta morir, si accedía a ser la madre del hijo de Dios. Sin embargo, le dió al ángel un "Sí"incondicional y demostró al hacerlo no sólo su coraje sino también su obediencia a Dios Todopoderoso; obediencia que todos los hijos le debemos a Dios incondicionalmente. María no cuestionó la voluntad de Dios y confió totalmente en El, lo cual debemos hacer todos los que aspiramos a entrar al Reino de los Cielos.

A pesar de que recibió el inmenso honor de ser la Madre de Dios, permaneció humilde. A través de los escasos versículos sobre ella que existen en la Biblia, podemos vislumbrar una mujer de una pureza y una generosidad extraordinaria. ¡Y qué prueba tan grande de valentía y de aceptación a la voluntad de Dios dió María, al permanecer junto a Jesús a través de su crucifixión y muerte!

Todas esas virtudes las debemos imitar los cristianos.

Por último, Dios honró a toda mujer y demostró el valor extraordinario que le da a la maternidad biológica, al escoger a una mujer para enviar a su hijo a la Tierra. Puesto que es Dios Todopoderoso, para quien nada es imposible, lo podía haber enviado de otra forma. Y Jesús demostró el incalculable valor de la maternidad espiritual de María, al darla desde la cruz como madre a todos los mortales. Tanto la maternidad biológica como la espiritual, son maravillosos atributos de la mujer y regalos de Dios, por los cuales debemos estar inmensamente agradecidas a El.

Recemos por todas las feministas radicales que rechazan a la Santísima Virgen María como su modelo de mujer, y especialmente por las que se autodenominan católicas, para que se den cuenta de que sólo se podrán realizar plenamente como hijas de Dios, si imitan a María Santísima.

La autora es directora ejecutiva de Vida Humana Internacional.

Notas: 1. Para obtener información sobre esta organización anticatólica que está ejerciendo su influencia en EE.UU., Latinoamérica y otros países, consulte la sección " Católicos disidentes" en el website de Vida Humana Internacional : http://www.vidahumana.org/vidafam/anticath/disidentes_index.html. 2. "Introducción", Mujeres e Iglesia - Sexualidad y aborto en América Latina, Cristina Grela, Frances Kissling, Rocío Laverde, María Ladi Londoño, Sylvia Marcos, Rose Marie Muraro, Ana María Portugal, editora, Catholics for a Free Choice - Católicas por el Derecho a Decidir. 3. Ibid. 4. Ibid. 5. "La Iglesia quiere tenernos encadenadas con la culpabilidad", Mujeres e Iglesia - Sexualidad y aborto en América Latina. 6. "Las lágrimas de Eros" (Sexo e Iglesia), video de Católicas por el Derecho a Decidir. 7. "La Iglesia quiere tenernos encadenadas con la culpabilidad", Mujeres e Igles ia - Sexualidad y aborto en América Latina.